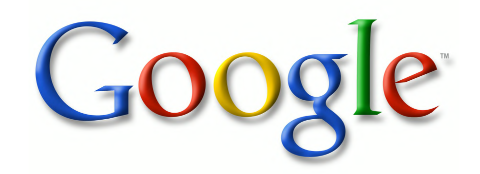


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

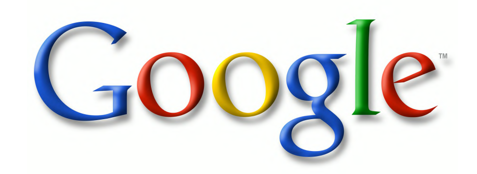
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



✓ 53.c.9.





HISTORIA DE UN CORAZON

RICARDO

I

HISTORIA DE UN CORAZON

RICARDO

POR

EMILIO CASTELAR

TOMO PRIMERO

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

[illegible]MEN — 13

1877

Propiedad del editor.



IMP. DE T. FORTANET.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS VAPORES DEL VINO Y LOS VAPORES DE LA IDEA.

Nuestro Madrid es pueblo esencialmente sóbrio, y para persuadirse de que nuestro Madrid es pueblo esencialmente sóbrio, no hay como pasearse por sus calles, y ver cuán desprovistas se hallan de aquellas fondas, de aquellas galerías, de aquellas tiendas por París esparcidas en abundancia, y que ofrecen al paladar toda suerte de licores y manjares. En el año de 1866 todavía era menor el número de establecimientos consagrados á lo que pudiéramos llamar comida pública. Exceptuando las tabernas, con sus frios pedazos de bacalao frito, y sus torti-

llas pertenecientes á la edad de piedra; los figones, donde los mozos de cuerda restauraban sus fuerzas, con aquella olla tan provista de tocino como desprovista de carne; las fondas de rúbrica, en su mayor parte inhabitables, Madrid no tenía más comedores oficiales que cierto salon de los entresuelos del Café Suizo, completamente abandonado del público; la casa de Lhardy, que de uvas á peras mostraba en su escaparate algunas cabezas de jabalí, como disponia en sus cocinas algunas comidas de encargo; y el llamado, á la francesa, restaurant de Farrugia, sito á la entrada de la Carrera de San Jerónimo, casi en la desembocadura de la Puerta del Sol, donde un aficionado al bien comer se arruinaba, por dar platos buenos á bajo precio, y por fiar demasiado en las pagaderas, más estrechas ciertamente que las tragaderas, de sus comensales y parroquianos. Entónces, aunque el Café Español existia ya, y daba de comer en los cuartitos del callejon de Gitanos,

todavía no se levantaban los salones de Fornos, que luégo pasaron á socorrido asunto de arengas tribunicias y tema favorito de oposiciones políticas. Madrid mostraba su sobriedad histórica, que tanto disgusta á los extranjeros, y tanto cuadra á nuestro histórico carácter.

Mas la noche del 21 de Junio de 1866 varios jóvenes se habian reunido á cenar en el entresuelo de Farrugia, y habian prolongado la cena hasta la madrugada siguiente. No conozco pueblo alguno en Europa donde se duerma ménos que en Madrid. Á las doce de la noche, á la una, y áun las dos de la madrugada, están las calles céntricas concurridísimas, y concurridos los cafés, esas colmenas de murmuracion, donde acuden las gentes en tropel, para aguzar sin duda los aguijones de la calumnia. El Casino prolonga sus veladas hasta el alba, y el Ateneo mismo, que de severo y austerísimo se precia, hasta mucho despues de entrada la media noche. Comienzan las tertulias cuando en otras

partes comienza el sueño; y concluyen los teatros cuando les da la gana á nuestros empresarios, los cuales emplean más tiempo en levantar un telon, que emplearian en levantar una montaña. Esta sobra de desvelos, esta falta de sueño, da á nuestro Madrid achaques quizá irremediables. La noche cuelga sus cobertores de sombras, para que bajo ellos nos entreguemos al reposo. Hasta las combinaciones químicas de nuestra atmósfera, hasta el ministerio que desempeña la luz en la elaboracion de los gases vitales, convidan á unir las tinieblas interiores de nuestro sueño con las tinieblas que envuelven al hemisferio. El insomnio agita los nervios, y los nervios desvelan así la fantasía como la sensibilidad, exacerbándolas; y la exacerbacion de la fantasía y de la sensibilidad concluyen por llevarnos, tanto en la vida pública como en la vida privada, á exaltaciones y á delirios, muy contrarios á aquella armonía entre todas las facultades, y á aquel equilibrio

entre todos los humores, verdadero secreto de la robustez de nuestras fuerzas y de la salud de nuestra vida.

Pero vaya usted con homilías, ni siquiera con ejemplos, á corregir las costumbres. Varios jóvenes velaban, pues, allá por la madrugada del veintidos de Junio, en el entresuelo de la fonda de Farrugia, prolongando excesivamente opípara cena, comenzada en la noche del veintiuno. Componíase aquella sociedad de pisaverdes madrileños, de algunos calaveras hastiados, de muchos estudiantes que habian concluido su licenciatura, de dos ó tres literatos, los cuales movian las lenguas, miéntras la generalidad movia y apuraba las copas. Aunque el aspecto del entresuelo, tan bajo de techo como todos los entresuelos madrileños, nada tenía, á la verdad, de espléndido, la mesa era esplendidísima: candelabros de bronce dorado, despidiendo mares de luz; guarnicion de plata fina; vajilla de Sevres; cristalería de Venecia y de

Bohemia; cubiertos de oro á los postres. Los trajes que vestia aquella juventud eran bien diversos y varios. Llevaban los unos el frac negro con que acababan de investirse en la Universidad para su profesion y su carrera; llevaban los otros sus relucientes trajes de paseo, que brillaban con esa profusion de cadenas, botones, anillos á la corbata y á los dedos, que tanto en extrañas tierras nos critican; y sólo dos ó tres ostentaban las prendas raidas, propias á aquellos que comienzan la vida en lucha con la miseria. Como sucede en todas las reuniones, dos ó tres parlaban, y los demás se avenian á las opiniones de los parlantes, ó las desechaban y combatian por lo bajo con rumores y protestas. Los tres más decidores eran: Arturo Diaz, optimista decidido, á quien le parecia el mundo un eden verdadero; Federico Trives, desdichado pesimista, á quien le daba por filosofar á roso y belloso acerca de nuestros males irremediables, y de nuestros desengaños contínuos; y final-

mente, Jaime García, dado por completo á la política, con esa febril exaltacion propia de sus veinticinco años. Los tres llevaban la conversacion, y los demás, ó reian, ó aprobaban, ó disentian por lo bajo, ó lanzaban interjeciones á diestro y siniestro, echándoselas de hábiles interruptores. Ninguno de ellos frisaba en los treinta años; ninguno, pues, tenía motivo para mostrarse muy amargado de la vida, muy herido del desengaño, muy experimentado en nuestros dolores y tristezas, que se acrecientan, y se enconan, y se exacerban con el curso y el movimiento de esta nuestra desdichada y trabajosa existencia. Allá, á eso de las tres de la mañana, cuando comenzaban á despuntar los albores del dia, la conversacion tomaba entre los tres amigos un tono verdaderamente elevado, y un aspecto verdaderamente filosófico.

—Despues de todo, decia Arturo, cuando se examina el mundo, hasta en sus cosas más nimias se echa de ver...

—Que no puede ser peor, le interrumpió Federico.

—Que necesita una reforma, dijo Jaime.

—Una reforma radical, radicalísima, gritaron todos.

—No, mil veces no, replicó Arturo.

—¿Ya vuelves á tus halagüeñas fantasías, á tu embriaguez de felicidad? preguntó el descontentadizo al contento.

—Dejadme acabar, y vereis cómo os satisfago á todos. Cuando yo era muchacho tenía por único libro cierta obra, que se llamaba *Almacen de los niños,* obra preciosa.

—¡Preciosa! A este Arturo todo le parece bien. Si sale á la calle, y le echan sobre la cabeza el agua de las macetas, y lo manchan, dice: «perfectamente; despues de haber bebido tanto, necesitaba refrescarme.» Si le dan con una teja en mitad del cráneo, y lo descalabran, repite: «perfectamente tambien: necesitaba, despues de comer tanto, esta sangria.» ¡Obra

preciosa! Madama Genlis, su autora, fué una cotorrona fastidiosa, hija de cierto noble arruinado, favorita de Felipe Igualdad, enemiga implacable de la pobre reina María Antonietta, quizá por odio á su belleza; escritora más pesada que un predicador cuaresmero, y sólo propia á disgustar á los niños de la lectura, y meterles en la cabeza mil rancias ó insustanciales historietas.

—Pues mira, Federico, no te libras de la que voy á referir.

—Venga, venga, gritaron todos.

—Andaba un dia cierto viandante por los campos, cuando vió las calabazas, fruta tan gorda, por los suelos, y las bellotas, fruta tan menuda, por las encinas. ¡Qué mal hecho está el mundo! exclamó en seguida. Esos hermosos frutos tan colosales, confundidos con la tierra, y esos otros, pequeñillos y ruines, al aire. ¡Cuánto más valía lo contrario; las calabazas arriba, y las bellotas abajo! Al poco tiempo,

como hiciera mucho calor, entráronle ganas de sestear un rato, y se tendió á la sombra de la encina. Durmióse, y áun roncó largamente. Y, cuando más metido estaba en el sueño, le despertó una bellota, que, desprendida del árbol, fué á darle en la punta de la nariz. ¡Oh! Bien hecho está, sin duda alguna, el mundo, exclamó. Si las calabazas hubieran estado arriba, y me caen sobre la faz, como me han caido las bellotas, ¡ay! me aplastan y desnarigan. Bien está el mundo, tal como es. No pretendamos en manera alguna arreglarlo.

—¿Veis que insustancial historia?—¿No tenía yo razon? ¡Te parece el mundo muy hermoso! La vida, que nadie explica y que nadie comprende, es un dolor eterno. Estamos sujetos á llevar la cadena perpétua de nuestro organismo como el condenado perpétuamente á presidio. Todo placer acaba en pena: el amor en hastío, el beber en borrachera, la comida en hartazgo ó indigestion, el goce de las artes en cansancio,

la juventud en alteradas pasiones, la pasion más pura en amargos desengaños. De cada satisfaccion cumplida nace una necesidad nueva; y de cada necesidad nueva una aspiracion incontrastable; y de cada aspiracion incontrastable un nuevo dolor acerbísimo. Desde el mineral frio é inerte hasta el hombre, á medida que crece el sentimiento, á medida que crece la inteligencia, crecen tambien las tristes aspiraciones sin satisfaccion posible en la tierra. No querais ser grandes hombres, no lo querais, jóvenes que veis ahora el dintel hermoso de la vida al través de las primeras ilusiones y de los primeros amores del alma; si llegais á poetas, á filósofos, á oradores inmortales, ¡ah! las penas de todos los séres creados se prenderán á vuestro corazon; las lágrimas que desde el principio al fin de los tiempos vertieran ó viertan todas las generaciones, se condensarán en vuestros ojos; las espinas sembradas en todos los planetas se pegarán á vuestros corazones; y con-

cluireis por renegar de vosotros mismos y por maldecir al Sér que os ha creado. Cada animal tiene satisfechas sus necesidades. En el círculo donde vive, el radio de su deseo no va más allá del cumplimiento y satisfaccion de sus instintos. Pero nosotros debemos desear siempre algo que jamás pueda cumplirse. No tenemos alas, y quisiéramos volar; volaríamos, pues desearíamos salir de nuestra atmósfera; salíamos, pues necesitábamos ir á otro sistema planetario; íbamos, pues querríamos abrazar y contener en nosotros mismos el Universo; lo conteníamos y lo abrazábamos, pues ya no podíamos satisfacernos sino en Dios; llegábamos hasta Dios, pues habíamos de estar inquietos por algo más allá; que nadie ha visto aún donde se encuentran trazados los límites de nuestras constantes aspiraciones y de nuestros inagotables deseos. Así nadie tampoco ha sondeado el dolor ni ha adivinado su pavoroso fondo. Vivir es batallar. El arte mismo que se ha inventado para

consolarnos, jamás nos habla sino de penas, de pasiones desgraciadas, de tragedias horribles ó de ridiculeces cómicas, provocadoras de una risa cien veces más amarga que todos los dolores juntos. Mirad por todas partes. Para comer, una carnicería, donde se degüella á séres inocentes qué ningun mal os han hecho. Para vestiros, el despojo de millares de animales sensibles ó el deshile de millares de sensibles plantas. Aquí un esbirro, allá un cuerpo de guardias, acullá un hospital, más léjos una casa dé socorro, al fin de tal calle la cárcel, un poco más léjos el presidio, en este extremo el manicomio, en aquel otro el garrote y los jueces mezclados en su ministerio con los sayones y con los verdugos...

—Chico, chico, dijo Arturo riéndose, tienes la borrachera muy triste, Federico.

—Olvidas, añadió Jaime, que á todos esos males opone la ciencia moderna profundísimas reformas.

—¿Reformas dices,—preguntó Federico,—reformas?

—Sí, reformas, gritaron todos.

—¡Reformas! ¿Para qué estudias tú, Ramiro? preguntó, dirigiéndose á uno de los que llevaban su flamante frac de ceremonia.

—Estudio para abogado.

—Y tú, Luis, ¿para qué estudias? Le preguntó á otro vestido tambien de etiqueta.

—Estudio para médico.

—¿Y qué quieres decir con esas preguntas? Le dijo Arturo.

—¿Y qué quieres indicar con esas reticencias? Le volvió á decir Jaime.

—¿No lo comprendeis?

—Nó. Respondieron ambos á una.

—Pues teneis bien pocas entendederas. Les pregunto eso para demostraros que siempre el mundo será lo mismo. Hay médicos, como en tiempo de los Faraones; hay abogados, como en tiempos de Sila ó de Mario. Es decir, las

mismas enfermedades que habia hace cuarenta siglos. Nuestro cuerpo está hoy, despues de la redencion universal, tan sujeto á constiparse como ántes de que apareciera ningun Redentor. Nuestra voluntad está sujeta tambien á los antiguos achaques, puesto que hay abogados. Se codicia la mujer del prójimo, se captan las herencias, se me niega lo mio, se roba lo tuyo, se calumnia, se mata como en el primer momento en que aparecimos sobre la faz del planeta. No me hableis de progreso miéntras haya médicos y abogados en el mundo.

—Vamos, misantropía, pura misantropía, gritó Jaime.

—Romanticismo trasnochado, añadió Arturo.

—Misterios del alma, aseveró Ramiro, por aseverar algo.

—En nuestra edad, dijo Luis, se ven las cosas de esa suerte cuando nos ha faltado la mujer que amábamos, ó nos ha vendido el amigo con quien compartíamos toda nuestra vida.

—¿Y sabeis á qué se reducen esos abandonos de la mujer amada, y esos desengaños del amigo preferido? Preguntó solemnemente Arturo.

—¿A qué?

—A que el amigo no ha contestado en la cátedra á la lista por vosotros, ó que la mujer amada no ha salido á misa en la hora conveniente, por dolerle las muelas ó los callos á su bendita mamá, la aborrecible futura suegra.

—Justo, dijo Jaime, y en cuanto sucede esto, el cielo parece de papel ahumado, las estrellas como la ceniza del cigarro frio, el Universo entero como una casa de dormir á dos reales.

—Para mí las acciones más desagradables tienen los orígenes y los móviles mejores, dijo Arturo. Yo nunca echo las cosas á mala parte. Todo me parece bien, y estoy contento hasta cuando tengo dolor de muelas; porque bien pudiera tener otra cosa peor. Tú, ¿quieres saber otro cuento?

—Por Dios, Arturo, que no sea tan desustanciado como el cuento de las bellotas y las calabazas.

—Lo peor es, dijo Ramiro, que al hablar de calabazas nos ha entristecido este optimista, pues nos ha recordado nuestras angustias ántes de los exámenes, y nuestra incertidumbre el dia que escribimos la primer carta á la novia.

—Vamos, gritaron los demas, refiere tu cuento.

—Cierto dia entraba un musulman muy piadoso en mezquita consagrada por la devocion de su gente. Llevaba el propósito de quejarse porque no tenía babuchas, cuando se encontró con un desgraciado que no tenía piernas. Desde entónces ya no volvió á quejarse.

—Insulseces tuyas.

—Id á saber en qué consiste la felicidad. Para el pobre, en tener dinero; para el rico, en tener salud; para el hambriento, en el hartazgo; para el harto, en el hambre. Y vaya de cuento...

—Arturo, Arturo, exclamó Federico, basta, basta.

—No; cuenta, cuenta. Ya sabes que á Federico todo le parece mal, así tus cuentos como tu silencio, dijo Luis.

—Véngate, gritó Ramon.

—El que no haya estado en Lóndres, y no haya conocido aquella sociedad, jamás podrá medir la distancia existente entre un Lord de los palacios aristocráticos y un pordiosero de las sucias calles. Cierto ricacho inglés padecia la enfermedad corporal de su raza, la desgana, como el hastío es la enfermedad íntima y espiritual. Acababa de asistir á un gran banquete; y habiéndole pasado bajo las narices toda suerte de platos apetitosos y de olorosísimos vinos y licores, ni unos ni otros le provocaron el menor deseo. Si queria llevarse un bocado á la boca le venian náuseas; si una copa al labio, invencibles mareos. Por fin se fué, desesperado de su suerte y dolorido de su enfermedad,

cuando al llegar á la calle, tropieza con un pobre, haraposo, descalzo, macilento, demacrado, con todas las señales de la miseria, el cual le dice: «Una limosna, señor, que tengo hambre.» El lord le miró de arriba abajo, y le echó al rostro esta exclamacion: «Tienes hambre, ¡y te quejas!»

—No negarás, Arturo, que este cuento tiene gracia, dijo Ramon.

—No negarás que tiene filosofía, añadió Luis.

—Dejadme en paz con vuestra gracia y vuestra filosofía. Lo que no tiene maldita gracia es la vida; lo que no tiene ninguna razon suficiente que lo justifique es nuestro picarísimo mundo.

—Pues mira, Federico, mis tesis optimistas se hallan completamente justificadas.

—¿Cómo?

—De esta suerte: Un hambriento puede ser más feliz que un harto.

—Si tu lógica no fuese tan arbitraria, dedu-

cirías otra consecuencia más legítima, Arturo.

—¿Cuál?

—Que hambrientos y hartos en este pícaro mundo son por igual desdichados.

—No lo creas. Voy á referirte otro cuento.

—Mira, tus cuentos son tan inoportunos como los refranes de Sancho.

—Y tan sabios.

—Alábate, que no tienes abuela.

—No me alabo en verdad.

—No haces otra cosa.

—Si los cuentos fueran de mi invencion, me alabaría alabándolos. Pero como són de ajena invencion, si alguna vanidad tengo, proviene del arte de saberlos aplicar oportunamente.

—Tus oportunos cuentos resultan importunidades contínuas.

—Veámoslo. Cierta vez se encontraba enfermo ún rey de la India, en tal grado, que languidecia á la vista, y casi, casi, llegaba diariamente á trance de muerte. Sus padres, sus her-

manos, sus ministros, sus próceres, sus cortesanos clamaban á todos los médicos del reino y de los reinos circunvecinos, sin hallar jamás quien acertase con aquella extrañísima enfermedad de languidez y desmayo, no osbtante las contínuas consultas y las sapientísimas disertaciones. Al fin supieron que léjos, muy léjos se encontraba un médico sabio, muy sabio. Mandaron por él á toda prisa, y lo trajeron al cabo con todo cuidado. El médico miró la lengua del enfermo, le tomó el pulso, le palpó el cuerpo, observó todos los fenómenos de su vida y todas las funciones de su organismo, llegando, por último, á decir, que para aquella extraña enfermedad sólo existia un remedio posible, á saber: que el rey se pusiera por la noche la camisa de un hombre feliz. Oir esto y buscar por todas partes el precioso remedio, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos. Soldados, ciudadanos, embajadores, pregoneros, comisarios de todas clases y categorías corrieron desalados

en busca del hombre feliz que á toda costa necesitaban. Anuncios por aquí, pregones por allá, reclamos de este lado, ofertas del otro, y no parecia un hombre feliz por ninguna parte. Ya las esperanzas se agotaban y el pobre enfermo se moria. Desesperando de encontrar dechado tan raro en las ciudades, decidieron correr por los campos donde habita toda tranquilidad y donde se allega fácilmente ese reposo tan fácil de confundir con la ventura. Nada, nada, nada. Cierta noche, corria por las orillas del Ganges uno de los comisarios gozándose en el seno de aquella hermosísima y exuberante naturaleza, extrañado de que por allí no reinase la felicidad. El rio repetia las infinitas bellezas del cielo; exhalaban los bosques embriagadoras esencias; y lucian en tanto número las luciérnagas aladas, que semejaban un diluvio de estrellas. Y tanta vida, tan exuberante, tan prodigiosa, no producia ninguna felicidad, ninguna en el mundo, ni siquiera una apariencia engañosa.

Dirigíase ya hácia la ciudad el emisario, caballero en su jaco, maldiciendo de su mala estrella, llorando la suerte de su patria, destinada á verse tan pronto destituida de aquel rey sin rival en la tierra, y oye una voz que decia: »Cuán feliz soy.» Al momento de oir esto, se exalta de alegría, gira á todas partes como arrebatado por una tromba, se orienta con cuidado, se endereza al sitio de donde partia la voz, y da con una cabaña bajo cuyos juncos se encontraba de rodillas un penitente perdido en sus místicas contemplaciones y en sus éxtasis religiosos. ¿Es V. feliz, le preguntó, para cerciorarse de tanta ventura? Completamente feliz. ¿Lo es V.? volvió á preguntar. Le digo á V. que lo soy, que me siento feliz, feliz, feliz en absoluto. Entónces, pronto, pronto, deme V. su camisa. ¡Ay! El hombre feliz no tenia camisa.

—Vamos, Arturo, todos tus tiros te salen por la culata.

—No te parece perfectamente demostrado.....

—Que los reyes se mueren sin remedio; que los humildes no tienen camisa; que el mundo es suplicio contínuo, y la vida contínua muerte.

—No bromeemos, dijo Jaime. No digamos cosas impropias del tono con que departimos desde el principio de esta conversacion.

—Si querrás que lloremos.

Le observó Ramon.

—Tanto como llorar, no; pero digamos gravemente cosas graves.

—Pues oigámoslas de tus labios, Jaime, ya que tan ligeros te parecen mis cuentos, replicó Arturo picado.

—Y tan siniestros mis pensamientos, dijo Federico.

—Nosotros tenemos una fuerza tan grande como las fuerzas del Universo.

—Oigamos.

—Nosotros podemos, á nuestro arbitrio, ser

los motores de la sociedad como Dios el motor de los cuerpos celestes.

—¡Ilusiones, murmuró el pesimista!

—¿Dónde está esa fuerza? ¿Cómo se llama?

—Está en nosotros, y se llama voluntad.

—¡Ah! ¡Ah! Gritaron algunos como desencantados.

—Todo depende de todo. La voluntad no dedepende absolutamente de nada ni de nadie.

—De los motivos que la determinan, gritó Federico.

—Y que puede contrariar á su arbitrio, replicó Jaime.

—¡Bravo! ¡Bravo! Gritaron los licenciados.

—La voluntad resulta de la fuerza universal. Es el Cosmos amor ú odio. Podríamos vivir sin pensar y no podríamos vivir sin querer. Todos los séres se mueven al impulso del deseo. Todos los séres, hasta los más ínfimos, aman ó aborrecen; el infusorio y el leon. Digan lo que quieran los bumanos, la máquina de vapor que

conduce la vida es el corazon. La voluntad; hé ahí la causa de las causas. Aguzémosla, impulsémosla, dirijámosla; y habremos conquistado el mundo.

Una salva de aplausos respondió á estas palabras de Jaime, y el eco de esos aplausos le entusiasmó en términos, que le obligó á encarecer sus ideas, á reiterar sus sentimientos, á insistir sobre el tema capital de sus disertaciones.

—¿Podeis negarlo, vosotros que teneis por amigo el héroe de la voluntad? ¿Quién no le admira? El que no le conozca. Nacido en la opulencia se levanta como el trabajador, al mismo tiempo que se levanta la aurora. Corriendo á hacer el bien de los demas, se recata y se oculta como si fuera á perpetrar una mala accion, á cumplir una mala obra. Le hemos visto pasarse dias enteros cuidando como una mujer al niño de una lavandera ausente; recluirse como un médico en hospital infestado con los enfermos y contagiosos; gastar como una hermana

de la caridad sus rentas en socorrer esta desgracia, acudir á aquella necesidad, devolver la paz á una familia desgraciada. ¡Cuántas veces ha recogido el suspiro último de un colérico abandonado por todos los suyos, y lo ha amortajado y lo ha conducido al cementerio sin separarse de él hasta haberle arrojado la última paletada de tierra mezclada con oraciones y con lágrimas. ¡Cuántos matrimonios le deben la paz que disfrutan, porque él, de sus ahorros, ha fabricado su nido, dando al novio pobre útiles para el trabajo y á la novia dote y ajuar. ¡Cuántos jóvenes, pervertidos por la vagancia en estas grandes capitales, han salido de la cárcel merced á sus predicaciones, con el ánimo fortalecido para emprender el camino de la virtud y recabar un nombre sin mancha en una vida sin ninguna sombra! ¡Qué vocacion la suya! Muchas tardes hemos ido de paseo al Prado y á Atocha. En el montecillo que divide este último lugar de los altos del Retiro, toman el sol

gran muchedumbre de vagos, y al par juegan á las cartas. No habia medio de detenerlo. Su empeño constante es luchar constantemente con el vicio. Se insinuaba entre ellos como un mero curioso; les dirigia algunas preguntas sobre las combinaciones de sus cartas; les hablaba de sus familias y de sus obligaciones; y concluia por apoderarse de ellos en tales términos y persuadirlos con elocuencia tan persuasiva que dejaban el juego y seguian todos sus consejos. Acabado esto, les repartia algunos pescozones y algunas pesetas, y les amenazaba con una inquisicion contínua de sus actos, y les decia que iba á probar en lo porvenir su arrepentimiento y su enmienda. Cuántas veces me ha dicho que no comprende cómo las misiones allá entre los indios pueden tener más mérito que las misiones aquí entre los cultos y civilizados europeos; mayores peligros que entre los salvajes y en los bosques se corren aquí, en el descenso á los infiernos de este mundo europeo, en el contacto

con sus llagas interiores, en el contagio con sus terribles pestes morales capaces de apagar hasta la luz de la conciencia y corromper hasta el fuego más puro de la vida. Yo nunca olvidaré el pasado cólera, el dia en que Madrid, angustiado, parecia próximo á desaparecer todo entero, en aquella enfermedad recogida de la atmósfera, del seno mismo de la vida. Han trascurrido seis meses y no se ha olvidado el terror. Las calles desiertas ó llenas de luto y duelo, los ataudes cruzándose por todas partes, los médicos rendidos á la enfermedad ó al cansancio, las familias dispersas, los moribundos sin auxilios materiales ni religiosos, los enterradores sin fuerzas para dar sepultura á tantos montones de cadáveres; la capital agonizando bajo aquella pesada losa de su atmósfera irrespirable en que se ahogaban hasta las aves del cielo; y entre tanta angustia, él, de pié constantemente, como si el sueño y el hambre no dominaran su naturaleza, despojando su casa de la última sá-

baña y del último colchon, corriendo á pedir limosna cuando tenia agotados todos sus recursos; verdadero genio de caridad á la cabecera del moribundo, verdadero ángel de la muerte al pié de los cadáveres.

—Hélo ahí, gritaron todos.

Y, en efecto, apareció Ricardo.

CAPÍTULO II.

EN LAS TEMPESTADES SOCIALES.

—Vamos, sois incorregibles, gritó Ricardo entrando azorado en aquel comedor donde se mezclaban los vapores del vino y la combustion de las bujías y el humo de los cigarros, componiendo una atmósfera verdaderamente irrespirable.

—Ricardo, gritó Jaime, llegas en el momento mismo en que recitaba, sacando del calor de tu amistad calor para mi elocuencia, la apología del alma más grande que he conocido en este mundo.

—Pero, ¿cómo teneis esa seriedad tan estóica

en presencia de sucesos tan graves, preguntó Ricardo.

—Ya vereis, dijo Federico, ya vereis como una desgracia nueva sobreviene á probar la verdad inagotable de Dios y la paz y la ventura de que gozan ¡ay! en esta vida todos los humanos.

—El mal es un accidente, exclamó Arturo, porfiado en sostener sus polémicas con Federico; el bien supremo está siempre en el conjunto de todas las cosas.

—Pero con vuestro eterno disputar, esta es la hora en que no sabemos las noticias traidas por Ricardo.

—¡Pobre España! exclamó éste. No he nacido en su seno; pero pertenezco por mi sangre á su raza, y la amo como si fuera mi patria. Y en este momento la guerra civil estalla en sus calles; y la revolucion vuelve de nuevo á sacudirla violentamente y desgarrarla con dolores intensos.

—La revolucion, gritó Jaime fuera de sí, la revolucion tan anhelada. Han concluido los poderes protervos. El nuevo dia que asoma por el Oriente, trae una nueva edad al género humano. Las ideas perseguidas van á estallar en volcanes que iluminen y fecunden la tierra.

—¡Viva la libertad! gritaron á una todos los jóvenes allí reunidos.

—No me toca, dijo Ricardo, mezclarme en vuestras competencias. Aunque siento por la libertad el mismo culto que sentís vosotros, no puedo tomar las armas por ninguno de los combatientes. Mi ciudadanía está en otra parte y allí está mi derecho. Pareceríame un asesinato verter la sangre de mis semejantes cuando no tengo razon alguna ni motivo para combatir aquí; pero el dia será terrible luchando como luchan entre sí estos leones de España, cuyo valor tiene toda la virtud y toda la intensidad de los antiguos tiempos. No seré combatiente; pero seré enfermero, médico, cirujano, todo lo

necesario al alivio y al consuelo de nuestros semejantes. Que vayan unos á morir y otros á matar. Vamos nosotros á combatir desarmados por el bien de todos.

—Permíteme, Ricardo, una observacion muy oportuna, dijo el misántropo Federico.

—Despáchate, porque urge el tiempo y se oyen las primeras descargas.

—No hay cosa peor que entrar desarmado en una contienda armada. Eres el blanco de los tiros que disparan ambos contendientes. Eres la víctima de todas las cóleras que estallan en los aires, y el cebo de todos los odios que pelean con tanta furia. No te interpongas, no, entre esos combatientes que, ciegos de ira, consumirán á quien crea calmarlos.

—Ya sabes, Federico, que no tiene mérito en mí correr peligros. Una fuerza superior á mi voluntad me arrastra contra mi propio deseo. Sería imposible para mí, completamente imposible oir las descargas, ver los combatien-

tes, presenciar el sacrificio de éste, la herida de aquél, las agonías del moribundo, la soledad del cadáver insepulto, y no correr á derramar todo el bien que atesoro. Cuando hacemos aquello que no es dado evitar, ni tenemos mérito ni demérito. No me rueges que evite peligros á los cuales me llama mi conciencia y me arrastra con sus ímpetus la incontrastable Naturaleza. Tomaré todas las precauciones que el instinto de conservacion aconseja; pero arrostraré todos los peligros, que la necesidad imprescindible de hacer bien me imponga.

— Ricardo, exclamó Jaime entusiasmado, no trates de permanecer indiferente en esta pelea á cuyo éxito se libran más que intereses de nuestra patria, intereses de toda la humanidad. Tú, por el corazon que en ese pecho late; por la inteligencia que te ilumina; por la enérgica voluntad que te dirige, perteneces á la legion de los profetas, cuyos ojos descubren las cimas de lo ideal desde las tristes playas de la realidad; á

la legion de los combatientes cuyos nombres en la cruzada del pueblo están por siempre escritos; á la legion de los mártires que fecundan con su sangre el pensamiento de este siglo; eres nuestro, y el clamor que hiende los aires y que encrespa las pasiones, te llama y conjura como á todos, á pelear y á morir por la emancipacion de las conciencias opresas, por la realizacion de los desconocidos y vulnerados derechos.

—No estais en lo justo. Así como á Federico le perturba su afecto hácia mí en el consejo que me da de abstenerme te perturba á tí el amor á tu idea en el consejo que me das de intervenir. Déjame escuchar mi vocacion y cumplir en la vida mi especial ministerio. Hartos elementos de guerra hay hacinados en el suelo, hartos gérmenes de odio sembrados en los corazones, hartos hábitos de muerte esparcidos en los aires, hartos abismos de perdicion abiertos á nuestras plantas para devorarnos, como insondables sepulcros: déjame que en este mar de

hiel vierta yo una lágrima; que en este bramido de iras, levante yo una palabra de consuelo; que en este choque de dos combatientes feroces interponga yo lo único que tengo, mi pobre corazon, para ver si puedo amortiguar el golpe. Hablamos demasiado cuando ha venido el momento de la accion. Nada hay en estos conflictos supremos tan criminal como la indiferencia. Aquel que crea necesaria á su patria la revolucion, que vaya á las barricadas; aquel que crea necesaria á su patria la autoridad, que vaya con el Gobierno; en cuanto á mí, no hay más que hablar; en esta lucha, veré combatientes que caen y los curaré y los consolaré; vencidos que huyen y los protegeré; semejantes mios que padecen y los socorreré. Nadie podrá separarme de este camino que he trazado en medio del océano de pasiones procelosas tan tumultuariamente levantado en esta hora suprema. Cada cual á su puesto. Yo tengo ya escogido el mio.

El 22 de Junio de 1866 fué un dia terri-

ble que jamás podrá borrarse de nuestra memoria. Al concluir el otoño anterior y entrar el invierno, sufrimos el cólera; al concluir la primavera y entrar el verano, sufrimos la revolucion. No pueden calcularse de antemano con seguridad las explosiones de una sociedad agitada como no pueden calcularse los estallidos de un volcan hirviente. Las escorias están frias; las cenizas heladas; en la cima del monte reinan el silencio y la muerte; en la falda brotan la vegetacion y la vida; si algo se descubre es ligera nube de humo, blanquecina y abrillantada como el ala de un ave misteriosa que se pierde en el azul de cielos esplendentes; si algo se oye es la respiracion natural de una fragua que trabaja con órden y regularidad incontrastables; pero súbitamente, tras largos períodos de reposo, el suelo se estremece y tiembla; bocas incandescentes y humeantes se abren; vapores rojizos, en cuyos senos retumba tempestad gigantesca se elevan; lluvia de piedras en-

cendidas, semejantes á misteriosos aerolitos cae; rios de lava roja como hierro candente corren; átomos de minerales parecidos á los copos de la nieve en lo finos y al rescoldo en lo ardientes, llenan la atmósfera y dificultan la respiracion; hedor de gases sufurosos trastornan los sentidos; cataratas de agua hirviente que, mezclándose con las cenizas forman sedimento destructor, se precipitan por todas partes; y allá en las alturas, una columna gigantesca de rayos y centellas colosales, brilla con fulgores indecibles miéntras aquí en la tierra las piedras chocan con las piedras y las raíces del monte misterioso se agitan como si hubiera perdido sus bases el planeta y comenzado la ruina de todo el universo.

Algo semejante sucede en la sociedad. No sabeis dónde ha ido á posarse la idea que despedís de vuestra pluma, como no sabeis donde ha ido el ácido carbónico que lanzais por vuestra respiracion ó el fluido electro-magnético que re-

cogeis y despedís por el conducto de vuestros agitados nervios. Pero lo cierto es que la idea vaporosa, la idea etérea, la idea vaga estalla en revoluciones misteriosas donde un nuevo espíritu se elabora y produce. Quizás los poderosos de la tierra no atendieron á la tragedia que en Madrid se representaba el 22 de Junio. Diríales el telégrafo, sublevacion en los cuarteles, revolucion en las calles, centenares de muertos, millares de heridos, triunfo del Gobierno, órden restablecido, la paz reina en Madrid. Y se darian por satisfechos en sus tronos. Pero aquella erupcion habia conmovido á París sin que París lo advirtiese; trastornado á Roma sin que lo supiera Roma. El trono de los emperadores y el trono de los papas de Occidente sufrieron, al estremecerse nuestras piedras, un estremecimiento de muerte. La batalla de Sadowah se daba en los campos de Bohemia, y la batalla de Madrid en las llanuras de Castilla. Coincidieron por aquellos dias los dos sucesos y

coincidieron más los resultados. En Sadowah, se elevaba la revolucion dirigida por el Poder; en Madrid la revolucion dirigida por el pueblo; en ambas partes la revolucion. Aquello y esto trajeron al cabo el nuevo dia de un génesis social. La esclava Hungría se emancipó; la muerta Venecia resucitó en sus lagunas; unióse bajo la tutela de un pueblo protestante la Alemania imperial ántes desmembrada, y el cesarismo de París y la teocracia de Roma cayeron bajo este doble golpe en los senos del abismo. No sabía el soldado aleman lo que realizaba en aquel momento angustioso; no lo sabía tampoco el revolucionario español, que, despues de haber pasado largo insomnio, se lanzaba á las calles con el descuido y la alegría con que ligero cazador se lanza á las montañas; uno y otro estaban muy léjos de adivinar que eran verdaderos instrumentos de idea tan superior á ellos como necesaria á la constante renovacion y al progreso constante de nuestra humanidad en la tierra.

El dia 22 de Junio fué un dia calurosísimo. A las dos de la mañana, algunas nubes manchaban el cielo y algunas gotas caian de estas nubes tempestuosas. Por los bordes del horizonte se encendian lejanos y débiles relámpagos; en los giros de los aires iban como en los senos de las almas torrentes de electricidad. El sol surgió espléndido y disipó todos los vapores. Lucia, pues, nuestro cielo con ese azul que no tiene rival en Europa, y brillaba el sol en toda su lumbre y con todos sus arreboles. ¡Ay! la escena á que el cielo indiferente sonreia y que el sol espléndidísimo iluminaba, era una escena de exterminio á cuya tristeza hubieran cuadrado mejor espesísimas tinieblas y torrentes de lágrimas. Si algun observador hubiera podido abarcar Madrid ántes de amanecer, como lo abarcaba desde la cima de los campanarios don Cleofás en *El Diablo cojuelo*, viera vagar por todas partes hombres del pueblo que discurrian de aquí para allá con sigilo y que se daban

al oido misteriosas consignas. A pesar del tiempo y de la estacion, iban los más envueltos en largas capas y ocultaban bajo estas capas fusiles, retacos, toda suerte de armas. Las habitaciones de los principales responsables de la pública tranquilidad, estaban, al parecer, habitadas por tranquilo sueño y envueltas en tranquilas sombras. Ni una luz se veia en la Presidencia del Consejo; ni una luz en el palacio habitado por la aristocrática persona que gobernaba á Madrid; ni una luz en la capitanía general y en el gobierno militar de la plaza. Solamente en el ministerio de la Gobernacion habia velada á causa de despachar el ministro negocios urgentes tras una comida en casa del Nuncio, que se prolongó hasta las altas horas de la noche. Pero nadie presentia la terrible, la horrorosa, la trágica jornada que en aquellos momentos avanzaba sobre la capital, próxima á verse bien pronto envuelta en las ráfagas de una increible tormenta.

Italia es la tierra de las conjuraciones; Fran-

cia la tierra de las revoluciones; España mezcla siempre la conjuracion á la revolucion. No espereis aquí aquellos sigilosos complots que tan admirablemente urden nuestros hermanos de allende los Alpes y en que brillan su imcomparable astucia; pero no espereis aquí tampoco una de esas revoluciones de espontaneidad tan natural como las dos destructoras de Luis Felipe y Napoleon III allende los Pirineos; nosotros mezclamos, por una antigua tradicion propia del carácter español, á las revoluciones con más apariencia de naturales y espontáneas una sombra necesaria de conjuracion italiana. Y esta mezcla tenía el 22 de Junio. El pueblo, que estaba impaciente por sublevarse, habia de ser apoyado en su gran maniobra por dos fuerzas perfectamente organizadas y perfectamente advertidas; por los artilleros así del cuartel de San Gil como de la subida al Retiro, y por el regimiento de infantería que se hallaba en la Montaña. No pude saber por qué especie de inad-

vertencia ni por qué especie de precipitacion los artilleros del Retiro no tuvieron las fuerzas que aguardaban en el Prado para que apoyasen su salida, ni los artilleros de San Gil la espera suficiente para que el órden reinara y la disciplina se estableciese en sus filas desbandadas. Aquellas fuerzas faltaron; unas, como la artillería del Retiro salieron contra la revolucion; otras, como la infantería de la Montaña, ya sublevada, cejaron al súbito influjo de un valerosísimo general; y otras, como las reunidas en San Gil, se desparramaron en tropel confuso por las calles sin direccion y sin guía, despues de haber manchado aquel dia extraordinario y de haber oscurecido aquella revolucion general con inútiles y cruentas inmolaciones de sus mejores jefes.

Lo cierto es que la revolucion se generalizó por todo Madrid y la batalla se empeñó en todas las calles; batalla al cabo entre el ejército y el pueblo. El jefe militar que los revolucionarios

designaran, y que vino despues desde Soria á Madrid disfrazado de pasiego, y anduvo aquella noche por nuestras calles disfrazado de cura, hombre valerosísimo, resbaló con su caballo por la plaza de Santo Domingo y cayó en la acera como herido de muerte, siendo necesario recogerlo, recluirlo en el primer escondite á mano, y preservarlo á las primeras persecuciones de la policía y á las primeras violencias de la batalla y de la victoria. Así el pueblo quedó huérfano de toda direccion regular y entregado á la furia de sus instintos y al ímpetu de su coraje. Pocas veces se habrá dado en las calles de una ciudad batalla más cruenta. El fuego se generalizó por todas partes y en todas direcciones. Las barricadas se levantaron por ensalmo como si una fuerza interior las erigiese y las tornase en volcanes de grandes erupciones. Al ver los artilleros esparcidos por do quier, algunos de ellos con cañones que arrastraban á brazo, creia el vecindario tener de su lado la parte mejor de la guar-

nicion y se animaba hasta el punto de salir las damas con menosprecio de las balas y riesgo de la vida á presenciar desde los balcones la fácil y esperada victoria. Pero bien pronto los ánimos más optimistas se convencieron de que comenzaba uno de esos dias cruentos, por la historia registrados con dolor, y que las generaciones trasmiten á las generaciones como parte de la pasion eterna desde el principio de los tiempos sufrida por la humanidad, dias señalados sentre las amarguras de su vida y entre las espinas de su corona.

A las nueve de la mañana todo el mundo se convenció de que no quedaba á los revolucionarios sino sus fuerzas, y todo el mundo se preparó á cumplir fielmente con sus más estrictos deberes. La universalidad de los generales corrió á inscribirse en las legiones de la resistencia, con tal presteza y en tanto número, que por las calles hormigueaban uniformes bordados, bandas y plumas como en dia de parada ó en dia

de besamanos. Contrastaba aquel lujo oficial con las caras pálidas, los ojos inyectados en sangre, las manos crispadas, los trajes descuidados, la estóica serenidad de los hijos del pueblo que salian por las esquinas y las bocas-calles, armados de sus desiguales armas, á comenzar la batalla y á sostener la ereccion de las barricadas. No sé cuál orador ha dicho que no debia vestir la toga viril quien no hubiese asistido á una de nuestras grandiosas revoluciones. La idea se sube á la cabeza de las gentes, que parecen transfiguradas; la pasion estalla con tal empuje, que inspira el menosprecio de la vida; la actividad y la fuerza se centuplican como en todas la crísis; un entusiasmo contagioso os posee; una impaciencia de pelear os arrastra; y llegais á la abnegacion mayor y al sacrificio de cuanto os liga al mundo por esa especie de magnetismo que unos combatientes envian á los otros, en cuya virtud todos se sostienen erguidos en el humo de la guerra, y todas es-

peran ó bien á la muerte ó bien á la victoria.

¡Qué siniestros ruidos! Las piquetas arrancan las piedras; los trabajadores levantan las barricadas entre canciones políticas y gritos de entusiasmo; las campanas tocan á rebato como anunciando el incendio de las almas; las voces de combate resuenan con su estridor terrible; los pasos de las patrullas y de los regimientos agobian el suelo segun retiembla; el tambor redobla sus toques siniestros de ataque, y la corneta su paso de carga; el nutrido fuego de fusilería como un trueno que precediera á granizada de plomo fundido, acompaña las descargas de artillería á cuyos estampidos las casas se bambolean cual si zozobraran en aquella tormenta; y á todo este estruendo imposible de idear ni de fingir no habiéndolo oido, se unen las injurias, los votos, las imprecaciones, los mútuos insultos con que los combatientes se persiguen, como si despues de haber sembrado en el suelo tantos cuerpos ó heridos ó exánimes,

quisieran ciegos de furia destruir tambien y aniquilar las almas.

Jamás los que en semejante dia vivieron podran olvidarlo. En el cuartel de San Gil, en el parque de artillería contiguo, la batalla se empeña cuerpo á cuerpo al arma blanca cuando no bastan los tiros y en las escaleras y en los corredores y en los salones, pareciéndose los combatientes á fieras rabiosísimas encerradas en la misma jaula. Da horror ver cómo los de dentro cazan desde las ventanas á los de fuera, y cómo los de fuera cuando penetran ciegos de terror y de ira tras el espectáculo de sus compañeros muertos, tras el peligro de sus propias vidas, en la embriaguez de la cólera, en el delirio de la venganza inmolan, sin darse punto de reposo, á cuantos encuentran al paso. No querais verlos, si no los habeis visto, á estos combatientes de las calles cubiertos con el polvo y el humo y la sangre, desgarrados los trajes, amoratados los rostros, saltándoles de las órbitas los

ojos, negras las manos, cargados con sus fusiles que arden y con sus sables que gotean sangre, abalanzándose sobre sus presas y despidiendo al mismo tiempo entre resuellos de ira injurias de muerte. El combate creció tanto, que se oia en los dos extremos de Madrid con la misma violencia que en el centro. Fuego en la plaza de San Gil; fuego en la plaza de Santo Domingo; fuego nutrido por los alrededores de San Ildefonso; fuego nutridísimo en las calles del Desengaño y Fuencarral; fuego por Anton Martin y Atocha; fuego en el mercado de la Cebada; fuego en las aceras de la Magdalena; combates parciales y aislados; escaramuzas contínuas y pertinaces; encuentros sangrientos cuyo total resulta mucho más desolador que cualquier gigantesca batalla. No olvidarán jamás los que pelearon aquel dia, cómo se desplomaban las barricadas; cómo caian los cuerpos acribillados por las balas; cómo resollaban los heridos al desangrarse y retorcerse en

el suelo; cómo la metralla arrastrába en nubes de humo y polvo piedras y hierro candente; cómo los piés se resbalaban en la sangre de que aparecian empapadas las piedras; cómo se tropezaba á cada paso con un cadáver; cómo habia necesidad de tenderse sobre aquel suelo humedecido para libertarse de los tiros lanzados de uno y otro lado que sembraban en rededor vuestro la ruina, la desolacion, la muerte. Cuando vino la noche, nada más terrible que el silencio despues del estruendo. El pueblo acaba de ser vencido. A las órdenes imperiosas de los vencedores, las casas se iluminaban con los farolillos destinados á las fiestas, y en aquella soledad, estos aparecidos de los dias de júbilo semejaban las antorchas en los cementerios. Por todas partes se oian los gritos de los heridos ó se deslizaban como sombras los cuerpos de los fugitivos esquivándose á la persecucion y á las delaciones. Algunas barricadas se mantenian de pié y luchaban sus defensores

con mayor desesperacion, y, por consiguiente con mayor coraje á medida que llegaban peores noticias, cual si buscasen, decididos á dar la muerte ó recibir la muerte, una venganza para los desmanes de los suyos y un consuelo á la propia y decisiva derrota. Entrada la noche, algunos luchaban todavía desde las casas; pero en los estertores de la última rabia. Era de ver, apagados los reverberos por la interrupcion de las cañerías del gas, encendidos los mústios faroles en las altas ventanas, á los siniestros resplandores de aquella luz, las barricadas en ruinas, los despojos en confusion, la sangre coagulándose entre las piedras, los vencidos huyendo, los centinelas atisbando recelosos, los cadáveres todavía insepultos con la cabeza en la acera y el cuerpo en el arroyo, los caballos sin ginete de aquí para allá corriendo espantados, desbocados, como si hubieran visto condensarse en los aires todo el odio de esta cruenta guerra de las calles, verdadera guerra de exterminio.

Pero entre esta desolacion universal cruzaba como un ave que no quisiera posarse en la tierra el alma de Ricardo. Temperamento ardentísimo, voluntad exaltada, inteligencia abierta á todas las ideas de este siglo, corazon ardiente al fuego de la pasion más pura por la libertad, habia ahogado todos estos ímpetus de su naturaleza para consagrarse al bien y verter el bálsamo de sus consuelos sobre todas las exacerbadas heridas. En cuanto la batalla comenzó, Federico se encerró en su casa; Arturo se dió á meditar sobre las ventajas que vendrian á la humanidad de aquellos acontecimientos, preguntando cuanto sucedia con el más vivo interés y yendo á los sitios de mayor peligro por mera curiosidad; Jaime cogió la bandera tricolor y la carabina para encaminarse á las barricadas donde le aguardaban sus amigos y le pedian sus ideas; miéntras que Ricardo, de los jóvenes licenciados seguido, se dió á la caridad, al bien, á interponerse como un sacerdote entre

los combatientes, á curar como un médico á los heridos, á correr como una hermana de la caridad tras la camilla del moribundo y la mortaja del muerto.

Aún no acababa de dejar la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo, cuando ya tenia ocasion de ejercer sus instintos y desempeñar su cuasi divino ministerio. Sorprendidos en la cama, llamados por la alarma, algunos oficiales se dirigian desde sus casas á los cuarteles para ponerse á la cabeza de sus respectivas compañías. No habia medio de ocultarse; el vistoso uniforme los denunciaba desde léjos, y aquella carrera de su casa á su cuartel, debia ser bien peligrosa, porque los insurrectos se hallaban diseminados por todas partes y apercibidos á detener á sus enemigos. Subia uno de estos oficiales, jóven de pocos años y de gallarda figura, por la Red de San Luis en demanda del cuartel de San Mateo, cuando varios insurrectos desembocan por el mercado que se llama del Cármen, y atisban

al flamante militar casi á la puerta del Ateneo. Verlo y apuntarle sus carabinas fué obra de un abrir y cerrar de ojos. Ricardo conoció con el prodigioso instinto que Dios ha puesto en todos los llamados á redentores de sus semejantes la difícil posicion del oficial y los medios más seguros de salvarlo. Así es que, al momento dejó el silencio profundísimo que habia guardado desde la Carrera de San Jerónimo; y volviéndose al grupo que le seguia, gritó con voz de trueno: ¡Abajo los tiranos! ¡Viva la libertad! Los jóvenes que le seguian, se extrañaron mucho del grito; pero lo siguieron y le secundaron unánimes con todo entusiasmo. Los insurrectos, que seguian atisbando al jóven militar, se sintieron movidos de curiosidad al ver semejante grupo de auxiliares no prometido ni esperado. El oficial, conociendo que no tenia defensa alguna en aquel apuradísimo trance, se arrimó á la pared muy resignado, y aguardó la muerte con heróica calma, pues nada podia hacer con-

tra el número y la superioridad de sus contrarios, y nada intentar sino rápida y vergonzosa fuga.

¡Muchachos! gritó de tal suerte y con tales pulmones Ricardo, que todos tornaron la cabeza hácia él y se prendieron á sus labios.

—¡Viva la libertad!

—Vivaaa... gritaron á una cuantos le escuchaban con ese entusiasmo propio de nuestros ardientes corazones españoles.

—Pues bien, muchachos... Y poco á poco Ricardo se habia interpuesto como quien se desliza entre la carabina del barricadero y el cuerpo del militar.

—Pues bien, muchachos, gritaba Ricardo con todos sus pulmones, uno de vuestros oradores lo ha dicho, las manchas de sangre que no se ven fácilmente en la roja púrpura de los tiranos resaltan á más no poder en la blanca inmaculada bandera de los pueblos.

La hermosura varonil de Ricardo; su ancha

frente, la cual irradiaba ideas en todos estos trances supremos; la avasalladora mirada que atraia la atencion hácia los profundos abismos de sus ojos; el elegantísimo dibujo de sus labios trazados como para despedir torrentes de elocuencia; su ademan humilde al par que imperioso; su gesto artístico sin dejar de ser natural; las oportunas palabras dichas en este instante; el oportunísimo recuerdo invocado, le ganaron todas las voluntades en esta tierra semi-semítica nuestra, tan dispuesta y decidida á seguir é imitar á todos los oradores por lo mucho que tienen de profetas.

—Señorito, mire que le voy á descerrajar el tiro guardao para ese perro de melitar calcunda y condenao que quiere tratarnos como á perros rabiosos, le dijo el barricadero con esa mezcla de cortesía y de familiaridad tan reconocidas por todos en nuestro pueblo.

—¿Le vas á matar? le preguntó Ricardo con calma.

— Lo voy á freir y á todo el que se ponga por delante.

— ¡Grande hazaña!

— Chico, ese es otro faccioso, dispara, gritó uno de los amotinados.

— Faccioso, porque quiero recordaros vuestro deber; faccioso porque despierto en vuestras almas dormidas la luz de la conciencia; faccioso porque defiendo á un hombre inerme contra seis ó siete trabucos cargados hasta la boca; faccioso porque deseo evitar á esta hora de resurreccion un crímen, y á esta causa del pueblo una mancha indeleble de sangre; faccioso porque os conjuro á seguir el ejemplo de todos nuestros liberales jamás manchados con un asesinato; los facciosos sereis vosotros, los que creeis una grande hazaña ir diez contra uno; yo tengo idea más alta de la libertad, y yo me creo incapaz de eso, porque late en mi pecho un corazon lleno de sentimientos populares y consagrado desde los primeros latidos de

mi vida á la adoracion de la democracia que se asienta en los principios eternos del derecho y en las divinas ideas de la justicia.

No hubo remedio. Despues de un párrafo así, tan meridional por el calor, tan español por el estilo, tan varonil por el arranque, tan elocuente por la forma, tan popular por la claridad del fondo, inspirado en el bien, dicho disputando un hombre á la muerte, enderezado al corazon de las muchedumbres, tan fáciles á todos los sentimientos vehementísimos, la causa del militar estaba ganada, y él á salvo. Una tempestad de aplausos respondió á la palabra de Ricardo, y entre las aclamaciones se deslizó la víctima próxima á caer un minuto ántes en el suelo herido por seis ó siete balas, y siguió su camino hasta ponerse en salvo.

—Buena la hemos hecho, exclamó un vejete del pueblo.

—Miste qué Dios, dijo una pescadera.

—Si á mi marío lo coge la tropa, lo pone el

pellejo como una criba á balazos, añadió otra mujer del mercado.

—Todavía voy á tener que defenderos á vosotros de vosotros mismos, exclamó Ricardo.

—Si empezamos así... dijo otro armado de todas armas, retaco en la mano derecha, palo en la izquierda, pistola en los sendos bolsillos, tres ó cuatro navajas de Albacete en el cinto.

—¿Y os creeis valientes? les preguntó Ricardo.

—¿Pues no hemos de serlo, si lo fuimos desde el vientre de nuestra madre?

—¿Y los valientes se atreven á matar á hombres desarmados, que quizá participan de sus ideas y que van dirigidos por compromisos de honor como vuestros compromisos al cumplimiento de su deber?

—Tiene razon el señorito, dijo uno de los interlocutores.

—Sobre todo, yo estoy aquí á vuestro lado. Yo no me retiraré á mi casa hasta que haya

concluido el combate. La gente que ese hombre mande puede matarme á mí como á vosotros; las balas que á sus órdenes se disparen pueden llegar á mi cuerpo como al vuestro. Pero nunca debemos estar tan bien con nuestra conciencia como al resolvernos á morir. Y no es de hombres honrados, repito, ensañarse con un enemigo inerme. De otra manera debemos presentarnos, como soldados del pueblo, á defender su causa y si caemos en la demanda, como mártires, á dar cuenta á Dios de nuestras acciones y de nuestra vida.

Una ovacion verdaderamente entusiasta siguió á estas palabras, y Ricardo pudo continuar su camino miéntras los interlocutores se apostaban perfectamente para recibir á las tropas y empeñar la pelea.

Tomó el jóven Red de San Luis arriba, pasó por la fuente, vaciló entre dirigirse bien á la calle de Fuencarral, bien á la calle de Hortaleza; pero, oyendo fuego hácia su izquierda, pre-

firió la calle de Fuencarral por creer mayor allí el peligro y mayor la necesidad de sus socorros. En efecto, al término de esta calle, hácia la izquierda, acababa de empeñarse una batalla en regla y se oia el tiro de fusilería mezclado con el estampido de los cañones, y lo que aún era más horrible, las mútuas injurias y los mútuos insultos de los combatientes.

—Verdugos del pueblo, decia el pueblo á los soldados.

—Ladrones, pillos, incendiarios, asesinos, decian los soldados al pueblo.

—¡Viva la reina! gritaban unos á cada descarga.

—¡Viva Prim! respondian los otros. Y aquí lanzaban los mismos ó mayores insultos á sus respectivos lemas.

Ricardo llegó por fin á un sitio donde habia todas las dificultades del mundo para pasar. Apostados los insurrectos tras de barricadas á medio construir; apostados los militares en las

bocas de las calles, al abrigo de las esquinas, en el dintel de las puertas, se erguian, se mostraban, salian unos y otros en medio del arroyo ó de la acera, en las cimas de los improvisados reductos para descargar sus respectivas armas, volviendo á desaparecer prontamente como si de los abismos surgieran y tornaran á los abismos. Las balas, por consiguiente, caian como una lluvia espesísima. La sangre, por doquier corria, difundida como si fuera un licor baladí por las aceras, además de haber salpicado horriblemente las paredes. El cuerpo de un guardia civil estaba tendido y abandonado al pié de baja ventana herméticamente cerrada. Al caer habia abrazado con tal fuerza su fusil, que lo mostraba casi confundido con su cuerpo. Un perro, doliente y plañidero, dando ahullidos que hubieran despedazado, no ya los corazones, las piedras, lamia la herida abierta en la frente de su amo y husmeaba en los oidos, en los labios como para prestar al cuerpo inanima-

do su propio aliento é infundirle su propia vida. Ricardo volvió la cabeza y encontró que nadie le seguia porque á todos sus compañeros les faltára el ánimo necesario para arribar hasta aquel sitio. Y, en efecto, dos balas se pegaron dos dedos más arriba de su cabeza; un metrallazo se llevó gran fragmento de la esquina donde se habia guarecido; un caballo, que sin duda acababa de dejar su ginete tendido por alguna parte, se desplomó acribillado á sus plantas. Ricardo no podia dejar el cadáver de un semejante suyo á la intemperie, ni prescindir tanto de su propia conservacion que se expusiese á morir por recoger un muerto. Pero le dolia ver cómo un animal solamente velaba y cuidaba y plañía y lloraba aquel cuerpo humano, por sus semejantes, los humanos, al odio y á la guerra tristemente inmolado. Y se tendió en el suelo, para preservarse mejor de las balas, y se arrastró como una culebra, y cogió por los piés el cadáver, y lo empujó hácia sí con tal ímpetu,

que pudo llevarlo tras una esquina, y meterlo en el zaguan de una casa, donde á lo ménos le preservaba de los rayos del sol, que habian sobre él amontonado enjambres de voraces moscas.

Todavía no estaba acabada semejante operacion, cuando aparecieron dos mozos de cordel llevando en una camilla pálido jóven, perteneciente á las filas del pueblo, y herido de muerte. Los dos marusos que no estaban por morir tan jóvenes, al verse en medio de aquellas ráfagas de plomo derretido, dejaron la camilla en medio del arroyo, y corrieron á salvarse como alma que lleva el diablo, desapareciendo bien pronto de aquella terrible escena. La única precaucion que tomaron para preservar al desgraciado mortal caido en sus manos, fué envolverlo y ocultarlo de tal manera en las cubiertas de la triste camilla, que pudiese muy fácilmente asfixiarse. Así, bajo aquella especie de paño mortuorio, palpitaba un cuerpo con sacudimientos casi epilépticos, y resonaba un que-

jido contínuo. Las balas podian bien pronto concluir con aquel dolor; porque cruzaban en todas direcciones, y rozaban casi con la cubierta de aquel triste lecho ambulante. Una de ellas fué á dar en el pié delantero y derecho de la camilla, volcándola casi, y descubriendo al desgraciado é interesante enfermo. Unos minutos más allí, en aquel peligro inminente, y no habia remedio, era blanco de los tiros y pasto de la muerte. En tal situacion, Ricardo solamente pidió consejo á su corazon, y solamente oyó la voz de la humanidad, que resonaba en su conciencia, exaltada por el culto al deber, por el amor al sacrificio. Así corrió desde su esquina á la camilla con la celeridad misma con que corrian las balas, y se abalanzó al cuerpo del herido, para preservarlo de las asechanzas del peligro, con riesgo de su propia existencia. El infeliz mortal, que sufria dolores acerbos, y que deseaba la vida como todo aquel receloso de morir pronto, se agarró á su protec-

tor inesperado como aquel que se ahoga en el fondo de las aguas, en la oscuridad de la próxima muerte, en las angustias de la asfixia, en los etsremecimientos de la agonía se agarra al que va á salvarlo, y lo ase con fuerza, y lo oprime con fuerza y consigo lo ahoga. En efecto, una bala atravesó el ala derecha del chambergo de fieltro que llevaba Ricardo, y otra bala agujereó los faldones de su levita dejándole ambas intacto y salvo. Mas no era posible continuar allí, porque no era posible que ni uno ni otro salieran ilesos de tamaño riesgo.

—Usted no debe ser un mortal, sino un verdadero ángel, dijo el herido, abrazando cada vez con más exaltacion á su salvador.

—Soy un amigo de todos cuantos sufren.

—Nadie sufre tanto como yo.

—¿Puede V. ponerse de pié?

—Imposible.

—Se necesita salir pronto de aquí.

—Salgamos.

—Pero, ¿cómo?

Otra bala vino á dar en otra pata de la camilla, y á derribarla de tal manera que la posicion del pobre enfermo resultaba á cada momento más insostenible.

—Mi madre...

—¡Madre mia! Exclamó Ricardo al oir aquella exclamacion del infeliz enfermo. Póngase usted de pié, y apóyese en mi brazo.

—No puedo.

Y al decir esto, cascos de metralla levantaron las piedras de alrededor, envolvieron á los dos en nubes de polvo y de humo, y rozaron con la almohada de la camilla, quemando casi la cara del herido. Una de las piedras hirió levemente la mano de Ricardo, á pesar de esta levedad de la herida, terriblemente ensangrentada. Entónces, nuestro heróico jóven, sacando fuerzas de flaqueza, recogiendo todo su aliento, con un impulso verdaderamente sobrehùmano y una

energía incontrastable, sin saber cómo, por uno de esos actos en la desesperacion inspirados, cogió enfermo, colchonetes, almohadas, cubierta, y lo trasportó á sitio seguro, cayendo al llegar, á lo que podríamos llamar el puerto, como desmayado y exhausto de tanto esfuerzo, en el duro suelo.

Los amigos de Ricardo, que se hallaban guarecidos en sitios de refugio, corrieron hácia donde estaba el jóven caido, en cuanto notaron su desmayo, para socorrerle y salvarlo. Pero el accidente habia sido un vértigo, y Ricardo, con la elasticidad propia de sus cortos años, se puso pronto de pié, y se convirtió hácia su protegido, que le miraba con ojos de indecible agradecimiento.

—Ricardo, gritaron sus jóvenes amigos. Os habian llevado el botiquin.

—Bueno está eso.

—Te metiste en la boca del lobo.

—Ni el valor más probado sigue á la teme-

ridad insensata. Cualquiera diria que eres un suicida: dijo el licenciado en medicina, que hacía una triste figura con su frac empolvado y su sombrero de ceremonia, en aquella hora solemne y en aquella crítica situacion.

—¡Vaya! Que me preservé perfectamente. No asomaba ni las narices, por temor de que bien una bala del pueblo ó bien una bala del ejército me dejaran frio. Pero, ¡cómo resistirme á socorrer este herido! Vamos, tú, Galeno, pronto, pronto, mira lo que tiene este pobre herido, y cúralo.

—Mañana debia casarme, dijo el herido con voz fatigosa. ¡Pobre María!

—Deje V. pensamientos tristes, y piense en curarse y ser útil á su familia y á su patria, le dijo Ricardo.

—¿Qué hubiera sido de mí sin V.? Cuando vea á mi madre le diré; por este jóven tienes hijo, y á mi novia, por este jóven tienes tu amante esposo.

—Es necesario proceder rápidamente á la curacion, exclamó el licenciado.

—Y aquí estamos amenazados, dijo Ricardo, de una nueva irrupcion de combatientes é imposibilitados para toda maniobra.

—El edificio más cercano á nosotros y más alejado del combate, pensó el jóven médico, es la iglesia de San Ildefonso.

—Pues vamos á la iglesia de San Ildefonso, exclamó Ricardo con esa firme resolucion que tenía en cuanto trataba de hacer bien á los demas, y esparcir como una sombra benéfica sus sentimientos de caridad y emplear sus arranques de próvida virtud.

Los jóvenes dispusieron la camilla como Dios les dió á entender; arreglaron al enfermo con presteza, y se dirigieron solícitos y con esmeradísimo cuidado hácia el punto convenido. Al llegar se encontraron con un espectáculo bien propio de las revoluciones. Los apostados allí habian cogido un jóven, que muy apuesto y erguido, adornado con un rico uniforme de San Juan de Jerusalem, se dirigia

al palacio de los reyes, y lo tenian preso en el depósito señalado á los cadáveres. Por de pronto no hicieron caso alguno de él, y se limitaron á encerrarlo. Pero luégo vinieron noticias de que varios liberales apresados por las tropas del Gobierno habian sido, sin formacion de Consejo verbal siquiera, instantáneamente fusilados; tristes noticias, que no tenian fundamento alguno, y que nacen y se acrecientan y se abultan grandemente en las revoluciones, á cuyo calor se eleva, cual en los climas tropicales, tanta vida, pero tambien tantas monstruosidades. Mas ¿cómo dudarlo, cuando se trataba de enemigos? Y ¿cómo no creerlo, cnando lo decian muchos que llegaban fugitivos, con el humo de la batalla todavía en el rostro, y que juraban haberlo visto? Así es que inmediatamente se acordaron de los rehenes que tenian, y decidieron por ende fusilar sumariamente al buen caballero de San Juan de Jerusalem. Ricardo llegaba en el momento mismo en que se

constituia el Consejo, y entraba en el depósito de cadáveres á deponer á su herido, exánime, agonizando, medio muerto. Y áun no ha llegado, miéntras sus compañeros aparejan vendas, hilas, bálsamos, cordiales, merced á un caritativo farmacéutico de la vecindad, se entera de todo cuanto acontece. No hay remedio; el Consejo de Guerra se ha formado, el sumario procedimiento se ha concluido, la sentencia se ha dado, el palaciego va á morir en desquite de las falsas ó verdaderas barbaridades atribuidas al Gobierno y á sus tropas. Imagínese el terror de la víctima é imagínese tambien la compasion de Ricardo. Al pronto se le ocurre salir, hablar, mover los corazones de aquellos jueces improvisados, como habia movido en la Red de San Luis, por un arranque de elocuencia, los corazones de los improvisados combatientes. Pero dos recursos iguales empleados en un solo dia, no podian darle de ninguna manera idénticos resultados. Así es que al ver los peligros del

jóven y la urgencia de salvarlo, se dirigió á un rincon oscuro de aquel lóbrego sitio, al hueco de una capilla, y le dijo que tomara su traje y que le diera su uniforme. A pesar del instinto de conservacion, que á todo se sobrepone, el sanjuanista se negaba, receloso de que tanta abnegacion le costara á su patrocinador la vida. Pero Ricardo le observó que él tenía muchos conocidos entre los revolucionarios, y por lo mismo celebrarian su extratagema y respetarian su vida. A tal observacion nada tuvo ya que oponer el favorecido, y de prisa, temblando, entre el eco de los votos que le condenaban á muerte y los aplausos de la muchedumbre que aplaudia aquel acto de justicia, se cambió de traje, y se deslizó en medio del concurso hasta recabar y conseguir su libertad.

Acabado, pues, el proceso, publicada la sentencia, todo á viva voz, todo sumariamente, fueron varios, que representaban el papel de soldados, al depósito y cogieron la víctima

dándole algunos minutos para reconciliarse con Dios y disponer verbalmente su última y suprema voluntad. Ricardo se engañó de medio á medio; nadie le conocia entre aquellos tropeles de sublevados reunidos por la casualidad y que pronto por la casualidad serian disueltos, tan anónimos y tan irresponsables como la ráfaga del huracan en la atmósfera y como la onda de la tormenta en el mar. Así es que dirigiéndose hácia ellos les dijo, con aquella dulzura propia de su carácter.

—No tengo nada que disponer; no tengo para qué reconciliarme con Dios por una razon muy sencilla, por no ser la persona que buscais.

—No diga V. eso, le replicó el que mandaba el peloton.

—Pues lo digo porque debe decirse siempre la verdad. Ibais á fusilar á un palaciego y tendreis que fusilar á un liberal. He mudado con él de traje porque creia mi cuerpo más seguro que el suyo de vuestras balas. Pero si á toda costa

quereis una víctima, yo estoy aquí, inmoladme. Sólo os digo cómo habreis perdido vuestra pólvora y vuestras balas porque inmolareis uno de los vuestros. Me olerá principalmente á polvora el cerebro; pero si lo examinais despues de atravesado por vuestros proyectiles, percibireis que huele tambien á liberal, y á liberal avanzado, avanzadísimo. Vaya en gracia. Cúmplase vuestra voluntad soberana.

—No queremos oir más excusas, dijo uno de los individuos del peloton, movido por esa manía de hablar que aqueja á los revolucionarios en todos los momentos más críticos.

Si no es V. el palaciego que buscamos, al cabo, es V. su natural sustituto, y como ha mudado con él de traje, quizá tambien ha mudado de pellejo y con él se ha ido tambien todo cuanto V. tenía de liberal. Ha burlado V. la justicia del pueblo, y por burlar la justicia merece el mismo castigo que el anterior por provocarla.

—Ademas, ¿quién nos ha dicho que V. no es usted? dijo un revolucionario.

—Justamente, añadió otro, un sanjuanista dejamos y un sanjuanista volvemos.

—Pues no, que estaríamos aquí como procuradores ó jueces, para identificar las personas,

—Yo no recuerdo la fisonomía de la cara del otro.

Dijo un oficial de carpintero con uno de esos barbarismos tan frecuentes por los barrios bajos de nuestra culta capital.

—Pongámonos en el caso de la ordenanza. Nos dicen que llevemos al sanjuanista encerrado en el depósito de cadáveres, hemos encontrado uno, lo llevaremos; y todo está concluido porque hemos llenado perfectamente nuestro deber y obedecido al pié de la letra nuestras precisas é invariables instrucciones.

Ricardo, que tanto habia socorrido á todos en estos trances, no tenía quien le socorriera á él. Sus compañeros, únicos autorizados á testificar

la identidad de su persona, acababan de irse con el herido á una botica cercana para apercibirle mejor todos los medicamentos, y cuidarle, si quier fuese interinamente, con mas recursos y con mejor esmero. Así es que, entre aquellos revolucionarios de pelo en pecho, nadie reconocia á Ricardo, y nadie, por consiguiente, podria deponer en favor de su persona ni socorrerle en aquellas supremas angustias. El jóven pertenecia á esas almas grandes, que no se curan de todo cuanto pueda argüir en su contra miéntras no les arguya tambien clara y distintamente su conciencia, y que confian su justificacion á los sucesos y á los tiempos en la seguridad de que Dios y su justicia no se ausentan jamás de esta nuestra tierra. Le apretaba mucho el trance en que se habia metido, pero aún aguardaba salvarse porque le parecia imposible que el hacer bien pudiera traerle un mal irreparable. Pero en aquel momento los anuncios todos eran desconsoladores y desesperantes para la mejor na-

turaleza del mundo: la más dada á esperanzas, la más mecida en ilusiones, la más segura de las humanas bondades podia creer de que aquella tragedia llegaba á un desenlace espantoso. La plaza ofrecia bien extraño aspecto. Algunos revolucionarios, subidos en las torres, tocaban las campanas á rebato; otros, desde los tejados, seguian la marcha de los combates y anunciaban todo cuanto entreveian con repetidos clamores y gritos; multitud de mujeres apilaban las barricadas y multitud de niños traian piedras en espuertas; varios milicianos improvisados hacian evoluciones que les preparaban al combate; y el Consejo de guerra sentado á la puerta de la iglesia para presenciar el cumplimiento de su sentencia, mandaba al peloton que se formase á la entrada del mercado para que cumpliese su cometido y sacrificase al reo, satisfaciendo por completo el voto de la conciencia popular allí representada y la vindicta de la revolucion ofendida. Al

salir Ricardo, un rumor resonó por toda la plaza.

—Miren qué papagayo, decian unos.

—Miren que cangrejo cocido, gritaban otros.

Sin embargo, sus ventajas personales lucian de una manera extraordinaria en aquella hora suprema. Su cabeza parecia llevar una aureola de santidad. Su frente irradiaba más que nunca la luz del pensamiento. Sus ojos fijos en una idea, quizá en una interior vision, tenian esa sublimidad del martirio que puede entreverse en la vida y no puede pintarse en el arte. Todo su ser llegaba á una de esas transfiguraciones que alcanzan los sentimientos sublimes y las grandes ideas. Bien pronto aquella multitud volvió en sí misma, á la vista del jóven, al encanto de su varonil hermosura, al prestigio de la juventud, al reclamo de sus propios generosos sentimientos que pueden extraviarse un momento, pero no pueden perderse por completo. Un rumor de admiracion siguió á los extremecimientos del odio. Una vivísima idea de

compasion sucedió á las antiguas ideas inspiradas por la ira.

—No le mateis, no le mateis, gritaron las mujeres primero.

— No le mateis.

Dijeron luégo los jóvenes.

Los mismos jueces que pudieron condenarle ausente, no podian herir aquella frente elevada y sin una ligera nube; aquellos ojos serenos que irradiaban caridad; aquellos labios abiertos como para bendecir, aquella juventud que iba á la muerte con serenidad heróica, sin duda por creer que jamás se le podia acabar la vida. Pero, á mayor abundamiento, apareció allí, aclamado, seguido de una gran muchedumbre, puesto, digámoslo así, en el pavés de la revolucion, el jóven y heróico demócrata Jaime García, que pasara toda su jornada en una batalla constante. Cuando llegó, cuando vió á Ricardo vestido de aquella manera, fué de risa y broma su primer frase. Pero bien pronto la idea que tenía de sus

virtudes le inspiró el pensamiento propio de la situacion, el pensamiento de que sería debido aquel cambio de traje á una de esas acciones heróicas cuyo secreto móvil se encuentra siempre en la abnegacion sin límites de aquella alma grandiosa nacida para el sentimiento y el ejercicio de lo sublime en la tierra. No hay para qué añadir cómo se pondria y qué reconvenciones dirigiria á sus correligionarios en cuanto supo que Ricardo corrió, por sus impulsos al bien, grave peligro de muerte. Despues de estas escenas los dos jóvenes se dieron á un reposo momentáneo y á una mútua comunicacion de sus respectivas impresiones.

—¿Qué crees de esta jornada, Jaime?

—La creo completamente perdida.

—¿Por qué batallar con la seguridad de un desastre?

—Por cumplir un deber imperioso, por salvar la honra, por satisfacer la conciencia.

—La libertad, la primera de nuestras facul-

tades, ¡cuán cara nos cuesta! ¡á qué subido precio la compramos! ¡qué sacrificios tan cruentos nos exige!

— Sobre todo, en estos pueblos que no tienen idea tan clara de su derecho como los pueblos sajones. La opinion jamás logra abrirse paso por los grandes y amplios respiraderos que tiene en todos los pueblos libres. Se condensa en el silencio, se irrita con la persecucion, se exacerba y estalla en estas explosiones, que son bellas, pero que son tambien devastadoras, como las explosiones de un volcan.

— Una fuerza desorganizada se encuentra en frente de otra fuerza organizada. Un pueblo combate con un ejército. El pueblo tiene más sangre que dar, más sacrificios que hacer; su resistencia será más heróica, su empuje más fuerte, su ímpetu más avasallador; pero el cálculo vencerá á la impericia, la ciencia dominará á la vida, y la fuerza que brota de un poderoso organismo arrollará á la fuerza anárquica y desorganizada.

— Lo mismo creo y lo mismo digo, Ricardo; no hay esperanza alguna de que triunfemos hoy. Tantos esfuerzos serán por el pronto inútiles. Tanta sangre se evaporará y se desvanecerá tristemente en lo vacío. Mañana, de seguro, no habrá más que algunas piedras removidas en el suelo, algunos cadáveres tendidos por las calles, algunos charcos de sangre que se borran de la tierra. Nuestros enemigos vencerán y se regocijarán de su victoria. El fuerte látigo con que nos cruzan las caras, será más agudo. El pesado hierro con que nos abruman los hombres, será mucho más grave. Nuestra esclavitud no tendrá esperanza ni remedio por el pronto. Pero levántate de aquí; en idea cruza con tu inteligencia los tiempos por venir, escudriña sus secretos, y verás cómo este sacrificio tan cruento no podrá ser un sacrificio perdido. Ahora echamos las bases graníticas de ese nuevo planeta de la justicia que ha de elevarse erguido y brillantísimo sobre el viejo planeta de la tiranía y

del feudalismo. Los huesos que hay esparcidos en esas calles, y que parecen frios, alimentarán mañana la combustion de la vida universal, purificados en el fuego de la libertad, y avivados por la transfiguracion sublime que traen consigo todos los grandes sacrificios. La sangre que ha caido sobre esta tierra estéril, será de una fecundidad prodigiosa. En sus inciertos vapores van disueltas muchas ideas. Nosotros no podemos saber la trascendencia que el hecho de hoy podrá tener en todos los tiempos, ni la virtud creadora que alcanzará mañana un pensamiento quizá prematuramente sembrado en la conciencia pública. Pero hay dias creadores, y este es uno de ellos; hay dias en que los pueblos pasan de un hemisferio á otro hemisferio del tiempo, y nos suceden las mismas extrañas cosas que les pasaban á los compañeros de los grandes descubridores y de los grandes navegantes, cuando iban á cruzar esas líneas ecuatoriales que dividen y separan los hemisferios del pla-

neta. Parece que los astros cambian de posicion; parece que la aguja imantada, cuya constante fijeza nos señalaba el rumbo, se perturba y rueda como tomada de un vértigo. Pero no por eso el mundo se ha acabado. Entramos en nuevos mares, en nuevos continentes, en nuevos horizontes. La naturaleza se renueva y se engrandece. La vida toma aspectos más brillantes. El mundo nuevo parece el eden perdido en nuestra memoria, que renace en nuestras esperanzas...

Cuando estaban más embebidos en la conversacion resonaron más cerca los tiros, y tuvieron que levantarse ambos jóvenes é irse cada cual á continuar su respectivo ministerio. Jaime, que luchaba, cogió el mando de sus pelotones, y les señaló el sitio que cada cual debia ocupar en la próxima lucha. Ricardo, que consolaba, organizó su peloton tambien de médicos y de cirujanos improvisados, los cuales se habian provisto de todo lo necesario para aliviar, para

curar, para llevar la salud allí donde llevaba la desastrosa guerra el dolor y la muerte. El ruido de fusilería y el ruido de cañon eran formidables. Los vencedores, que tal nombre debia darse ya á las tropas, venian por tres puntos distintos: por la calle de Colon, ganada ya la de Fuencarral; por la calle de Valverde, sometida ya la del Desengaño; por la Corredera alta de San Pablo, vencidos los barrios que más resistencia ofrecian, al extremo Norte de Madrid. No habia más remedio que esperar allí á una resistencia inútil, ó retirarse en órden para buscar mejores fuerzas y mayores núcleos de combate. Eran las tres de la tarde, y la batalla duraba desde las tres de la mañana, en aquellos largos y calurosos dias del solsticio de verano. Las tropas venian furiosas, pues les habian opuesto una resistencia sublime en todas partes.

Jaime no creyó que debia retirar en tropel y á la desbandada sus gentes, sino conducirlas con órden, y ántes de disolverlas, probar su

ánimo y sus fuerzas en porfiado combate. Sabía que la jornada era ya completamente perdida; pero queria que por lo ménos se conservase incólume y entera la honra. Su tránsito desde la plazuela de San Ildefonso á la calle de Jacometrezo, en que luchó horas enteras con todo el ímpetu de aquel ejército ensoberbecido, pasará á la posteridad entre los actos más gloriosos de la guerra de las ciudades, y entre los esfuerzos más enérgicos y más sublimes del humano valor. Un puñado de hombres resueltos peleó cuatro horas en tan corto espacio con gran número de veteranos victoriosos. Esquina por esquina, casa por casa, piedra por piedra, fueron defendiéndose con ese heroismo inspirado por la fe en los grandes principios, que suele rayar en sublime locura. Aquellas gentes parecian los soldados de la desesperacion. Por lo mismo que mantenian una causa ya vencida, redoblaban su ímpetu y sus esfuerzos. Jamás se vió en la guerra de las calles, donde tan fácilmente corre

el contagio, así de la esperanza como del desaliento, una porfía parecida á aquella porfía. En nuestra patria el valor es una cualidad universal, y con el valor, ese desprecio á la vida, esa indiferencia ante la muerte, esa abnegacion de todo interés personal y egoista, ese pundonor sublime que de un ciudadano hace un soldado, de un soldado un héroe, de un héroe un mártir, pasando bien pronto la historia más vulgar de los hechos diarios á la poesía de la leyenda. Pero, junto al heroismo de la guerra, todavía resaltaba más el heroismo de la caridad, personificado en Ricardo. Al fin los combatientes estaban sostenidos por el comun empuje, por la rabia comun: el esfuerzo general que nace de todas las voluntades particulares, el humo de la pólvora que embriaga, el vértigo de la batalla que ciega, los sustentaban y los tenian á todos en esa tension tan propia para las acciones maravillosas, miéntras que los héroes de la caridad no luchaban y recibian una lluvia de balas; no

se embriagaban en la pasion comun, y á cada paso se veian frente á frente con la muerte, participando de todos los dolores del combate y de todos los peligros, sin participar, ni de su entusiasmo, que conjura el dolor y aminora el peligro, ni del esplendor de la gloria. Pero, ¡cuántos heridos recogió en aquella larga calle de amargura! ¡Cuántos moribundos disputó á la muerte! ¡Cuántas muertes que, sin él, hubieran sido un estremecimiento de terrible desesperacion, fueron por él, por sus palabras de consuelo, por sus arrebatos de cariño, un tránsito dulce de esta vida triste á otra vida mejor! Su caridad conjuró muchos males, y su presencia en todos los conflictos endulzó muchas amarguras.

Ya no habia un solo defensor de la libertad en las barricadas del pueblo al caer la noche del 22 de Junio. Madrid parecia un cementerio. A todas las alegrías y á todas las esperanzas que alumbró la aurora, siguieron tristezas dignas

de envolverse en las tinieblas. Aquella jornada que pudo decidirse á favor de la libertad, con los elementos hacinados y las huestes reunidas, resultó una jornada de desgracias irreparables y de irreparables desastres. Mas en la calle de Jacometrezo, unos cuantos liberales se habian encastillado en formidable casa, decididos á vender caras sus vidas ántes de entregarse. Decíase que estaban entre ellos los primeros cazadores de Castilla; y así debia ser, porque asestaban los tiros con tal tino, que donde ponian la mirada ponian tambien la bala. Cuantos se acercaban á penetrar por las puertas, á escalar los balcones, á abrir una brecha cualquiera en paredes ó ventanas, caian rodando acribillados por tres ó cuatro balazos. Conocíase la serenidad, la sangre fria, el ojo certero, el hábito antiguo de la guerra, en la economía de todo alarde inútil, de todo esfuerzo vano, resueltos sin duda alguna á hacer poco estruendo y mucho daño, á no desaprovechar ninguno de

los medios de combate. La casa, en la oscuridad, sólo iluminada por los fogonazos, en el silencio sólo interrumpido por las descargas, cerrada como una tumba antigua, y defendida como una fortaleza inexpugnable, tenía indudablemente algo de extraño y de siniestro y de fantástico. Los combatientes, apénas visibles, que entreabrian una ventana, lanzaban un disparo y desaparecian, semejábanse á duendes y fantasmas. Y á la verdad, sólo almas en pena, malhalladas con el reposo, podian empeñarse en combatir, cuando todo estaba perdido; en sostenerse contra la fatalidad incontrastable de los hechos, cuando todo estaba resuelto. El ejército habia acometido el ataque con heroismo, pero no habia logrado ninguna ventaja cierta. Por fin, resolvieron entrar por una casa vecina que daba á un callejon, donde no podian ir las balas, y derribando tabiques, penetrar en las habitaciones con seguridad, y dar cuenta de los héroes, sin misericordia. No habia remedio;

estaban perdidos. Por la calle no podian escapar, sitiados de las tropas; en las habitaciones no podian defenderse diez contra mil, próximos á ser aplastados por el número. No hay para qué decir, pues el lector lo habrá adivinado, cómo debia encontrarse entre aquellos últimos combatientes el animoso Jaime. ¡Y su muerte era segura! No pudo seguirle Ricardo, entregado á cuidar de sus enfermos, en una carpintería de la calle de la Salud, convertida, por la caridad, de taller en hospital, donde yacian vencedores y vencidos, combatientes del ejército y combatientes del pueblo, los cuales departian entre sí, y se auxiliaban, y se consolaban, despues de haber peleado tan porfiadamente. Como la calle de la Salud desemboca en la calle de Jacometrezo, y el postrer combate se sostenia tan cerca, cada uno de aquellos tiros resonaba en el corazon de Ricardo, y le abria una herida en el alma. Hubiera querido estar á un tiempo con los combatientes y con los en-

fermos. Y cuando se hallaba más perplejo, entra un vecino de la calle de Jacometrezo, precipitado, despavorido, con el traje en desórden, con los cabellos erizados y los ojos errantes, como presa de una fiebre, y cogiendo del brazo á Ricardo, lo lleva á un cuarto perteneciente á la carpintería, que está solo, y le dice:

—Van á morir.

—¿Quiénes?

—Jaime y los heróicos defensores del reducto último que resta á la libertad.

—¡Jaime! Voy á morir con él, dijo Ricardo, dirigiéndose á la puerta.

—Espere V.

—No me detenga, porque es inútil.

—Espere V., porque sin mis instrucciones tambien es inútil todo sacrificio.

—¿Podremos aún salvarlos?

—Podremos con mucho riesgo.

—No hay riesgo que me intimide. Yo prefiero una muerte cierta á una vida de remordi-

mientos, y remordimiento inextinguible sería para mí saber que Jaime estaba en peligro, y que no habia agotado todos los medios de salvarlo.

—Los oficiales, desesperados de tomar la casa frente á frente, y deseosos, como es natural, de economizar sangre, penetrarán por una casa contigua, y de esquina, y penetrarán inmediatamente, derribando tabiques, y como los revolucionarios están resueltos á vender caras sus vidas, morirán todos sin remedio.

—Pues á morir con ellos, gritó Ricardo con entusiasmo.

—A salvarlos, si es posible, dijo su interlocutor con más calma.

—¿Cómo podremos salvarlos?

—Yo conozco un escondite que está dentro de la carbonería, donde sólo se necesita levantar una losa grande, que tiene abierta una cruz profunda, y desde allí van al fin de la calle de Tudescos, donde llegarán sin ningun tropiezo y

sin ninguna novedad. Es más; yo conozco al oficial que manda el peloton destinado á entrar en la casa sitiada, y á coger, quizás á matar, á los sitiados. Si se ve cara á cara con él, muéstrele esa sortija, y dígale: si V. salva á esos hombres, si V. nos salva á todos por el amuleto que traigo aquí, es de V. Luisa. Todo esto se podría hacer con seguridad de éxito, y todo esto se malogra por no poder llegar hasta la casa.

—¿Cómo no poder llegar? La voluntad no conoce imposibles. Llego yo.

—¿Usted?

—Llego ó muero. Quíteme, aunque sea á manotazos, el polvo. Abróchome la levita con aire marcial.

—Pero el ejército creerá que va V. á socorrerlos, y de un tiro lo dejarán á V. frio.

—Para engañar á un ejército siempre hay alguna estratagema. La guerra es, ha sido y será siempre una mezcla informe de emboscadas y de mentiras.

—Mas si salva V. de los unos, tenga seguridad de caer en manos de los otros, que le descerrajarán un tiro al lucero del alba.

—Ya veremos cómo nos arreglamos para que reconozcan en mí un auxiliar.

—La verdad es que ese uniforme...

—¡Oh! Este uniforme, del cual me apoderé esta tarde por otra estratagema, que rescató una vida, paréceme llave salvadora para abrir la primera puerta de nuestra peligrosísima aventura.

En efecto', Ricardo salió á la calle con verdadera resolucion, y pasó ante los soldados con aire tan marcial, que le tomaron, merced á la oscuridad, por uno de sus oficiales. El vecino, que le acompañaba y que le diera aquellas instrucciones, se quedó á cierta respetuosa distancia, siguiendo con anhelo indescriptible el número de dificultades que necesitaba vencer para salir airoso de tan grave empeño. Su ademan resuelto, su aire imperioso y marcial, su ascen-

diente sobre los soldados, como quien tiene costumbre inveterada de ejercerlo, valiéronle el paso franco hasta el sitio donde se dirigia.

—¡Tanto tiempo detenidos ante esa morada! Ahora la inspeccionaré, y veremos si pueden defenderse mucho tiempo. Para vencer á la resolucion, no hay como la resolucion. Pronto nos darán debida cuenta esos rebeldes intratables de sus acciones y de sus personas. Pronto los veremos rendidos á nuestras plantas. Esa última tabla de la sublevacion caerá en nuestras manos, como ha caido todo Madrid, merced á vuestro bizarro comportamiento. Ánimo, ánimo, y á concluir esto en seguida, con la mayor decision y el más resuelto empeño. Ánimo, ánimo, muchachos; que ayer érais bisoños, y hoy, curtidos en estas batallas inmortales de un dia, sois ya veteranos.

Y diciendo estas palabras, pudo acercarse al pié mismo de la casa. Los soldados le miraban con asombro y le seguian con envidia. Algunos

quisieron acompañarle, arrastrados por esa atraccion invencible que ejerce el valor sobre los valientes. Pero Ricardo los disuadió con arte, persuadiéndoles, por lo contrario, de que su trabajo, puramente de inspeccion, necesitaba, para el éxito más completo, de una sola voluntad. El peligro comenzaba entónces. Como les habia parecido á los unos un oficial amigo, debia parecerles á los otros un oficial enemigo. Los unos le habian dejado pasar; los otros no debian dejarle subir. Ricardo, instruido en gimnasia, trepó de una manera tal, que parecia tener maña bastante para burlar las paredes. Agarrándose á un barrote, cogiendo el hierro de un balcon, pegándose como un lagarto á cualquier superficie, verificaba su peligrosísima ascension. El sigilo habia sido tanto, que los sitiados no advirtieron aquella extraña visita, hasta que tocaba con las manos en la deseada meta y vencia la última resistencia. Pero, advertidos, resonó una descarga tan fuerte, que

todos los soldados, y el consabido vecino, dieron con un grito de horror irreproducible, inexplicable, como se exhala de los peligros y de los trances supremos, al animoso jóven por completamente perdido y muerto. Afortunadamente no le tocaron las balas, y su robusta voz, dominando el estruendo y diciendo «Jaime,» anunció á éste que les acudia algun auxilio y que se presentaba el salvador de todos los desgraciados, el incomparable amigo del alma, el heróico hermano en sentimientos y en ideas, Ricardo de Jura.

—¿Vienes á morir conmigo, tú, á los demás hombres tán necesario?—le preguntó Jaime abrazándole, al verlo entrar salvo por el balcon.

—Vengo á salvarte.

—¿Para qué la salvacion?

—Para que guardes y conserves esa vida consagrada á la libertad y á la patria.

—No quisiera ver el nuevo dia. Las tinieblas de una noche eterna son el único refugio y la

única esperanza de mi alma. Los vencidos solamente pueden esperar su salud de la muerte.

—Esa desesperacion no es propia de tus ideas ni propia de tu siglo. Los hombres de otras edades y de otras civilizaciones, creian que al eclipsarse una causa no recobraria jamás su luz. Nosotros sabemos de antiguo que el ideal de este siglo no puede extinguirse. A este dia nefasto seguirán dias faustos, como tú mismo decias esta tarde al sostenerme y alentarme en mis dudas y en mis tristezas.

En esto, la pared que separaba á los soldados, de aquel puñado de valientes, los cuales apénas subian á diez, retemblaba á los golpes dados por la piqueta de los zapadores; y resonaba tan tristemente como puede resonar la piqueta del enterrador en los cementerios, abriendo la siniestra fosa.

—Jaime, es la muerte.

—Ricardo, vuélvete á la calle y déjame morir á mí.

—No puedo retroceder, y aunque pudiera, no retrocederia.

—Yo, despues de esta jornada, no puedo vivir.

—Tengo un medio de que os salveis todos.

—No porfíes. El único beleño á la derrota es el sopor de la muerte.

—Jaime, que es un suicidio.

—Ricardo, que es una necesidad. Despues de haber llevado tantos de los nuestros á un sacrificio inútil, solamente nos resta ya sacrificarnos tambien y morir.

—Mirad; abajo, en la carbonera, hay una piedra que conduce á una alcantarilla, y por ella podeis salir muy léjos, sin temor de que nadie os moleste, porque está prevenido y dispuesto todo en vuestro favor.

Mas, despues de muchas dudas, decidieron todos, miéntras Ricardo bajaba á descubrir la piedra y á levantarla, como en efecto la descubrió y levantó, que no se iria ninguno si no se

iba precedido de su jefe, precedido de Jaime. Y la resolucion de Jaime aparecia verdaderamente incontrastable. Primera batalla y primera derrota de su vida, no le era dado resignarse á su desgracia. El mundo estaba á sus ojos desierto desde el punto en que estaba la libertad vencida. Se reconvenia á sí mismo con amargura, como si él no hubiera hecho cuanto estaba en su mano por salvar los caros penates de sus ideas, áun á costa de los mayores sacrificios. Así combatió, cuando ya no quedaba ni esperanza, con los diez amigos más resueltos que habia tenido á mano, fascinados todos por la grandeza de su alma. Habia realmente en aquella heróica resolucion algo del sublime dolor de Bruto despues de la batalla de Filipos y del sublime holocausto de Caton despues de la batalla de Farsalia. Pero, en tanto que Ricardo porfiaba, la pared cedia y los soldados entraban á someter la última resistencia. Cosas horribles hay en este planeta sembrado de horrores; mas

ninguna tanto como esta lucha á oscuras, cuerpo á cuerpo, en el seguro de una casa y en el silencio de la noche. Quien hubiera visto la proyeccion de las antorchas en las paredes medio destruidas; las reproducciones de los rostros, encendidos por todos los arrebatos juntos, en los espejos mal alumbrados; la caida de los cuerpos de unos y otros, empeñados en combates parciales á brazo partido; el salpicar de la sangre caliente, que manchaba tantos objetos destinados al amor de las familias y al culto de la vida; quien hubiera visto esto entre fogonazos, disparos, juramentos, insultos, hubiera visto una de las escenas más horribles que pueden manchar toda una época y ennegrecer toda una existencia. Jaime cayó á un tiro como exánime, en cuanto los soldados y el oficial aparecieron tras los escombros tintos en sangre y alumbrados por las siniestras antorchas, como una evocacion mágica é infernal. Así que Ricardo vió esta catástrofe, dijo á los combatientes:

—Huid, que vuestro jefe es muerto.

Y todos huyeron.

Y luégo, volviéndose al militar, exclamó:

—Tome este anillo, que Luisa es de usted.

Súbita alegría iluminó el rostro ántes enrojecido por el odio. Una palabra de compasion cayó de aquellos labios ántes contraidos por la ira, y ahora entreabiertos como para respirar el placer. La voz de que cesara el fuego se dió instantáneamente, y esta voz detuvo á los soldados en la pieza contigua. Ricardo, que experimentó el efecto de su amuleto, pidió el cuerpo de su amigo y su propia libertad. Ambas le fueron concedidas. Y entónces pudo ver que Jaime respiraba todavía; pudo trasladarlo, en brazos de cuatro soldados, á su propia casa, sita en la calle de Alcalá, y pudo descansar un momento de las emociones de aquel dia y consagrarse al ejercicio de la caridad, salvando de la muerte á su amigo del alma.

CAPÍTULO III.

EN EL HOGAR.

Al dia siguiente, miéntras Jaime reposaba despues de penosa noche, trabajada por la fiebre y por el delirio en el primer sueño á fuerza de cuidados y de medicinas conseguido, Ricardo se iba un momento á vecina casa para concluir de arreglar un matrimonio desarreglado á causa de esas desavenencias tan frecuentes en algunas familias, y tan dolorosas para aquel corazon que no podia soportar el espectáculo de los ajenos dolores sin socorrerlos y consolarlos. En el camino hablaba consigo mismo, y decia:

—Despues que hemos recorrido el mundo y

gustado sus amarguras, y visto sus desengaños, y probado cómo la gloria sabe á cenizas, cómo el poder suena á hueco, cómo la ambicion jamás encuentra satisfacciones á la altura del deseo, nos recogemos en nosotros mismos, y adivinamos que todas las nobles aspiraciones anhelosas por lo infinito se abrevian y se reducen al nido del hogar donde finalmente encuentra el alma desasosegada la verdadera ventura posible en este mundo. De suerte, que ni pienses en recoger, como Prometeo, la lumbre del sol; no hay lumbre como el amable fuego de un hogar bien provisto: ni te armes como los dioses antiguos del rayo que hierve en las nubes; no hay rayo como el reflejo de una mirada amorosa: ni pasees la imaginacion por los espacios infinitos é inconmensurables; no hay espacio como la santa casa donde te acuerdas de tus padres y donde esperas del legítimo amor la venida de los hijos: ni te sumerjas en los embates y en los oleajes alterados de las pasiones; no hay pasion como

aquella que jamás cansa ni hastía, y que en espacio brevísimo resume y compendia la vida entera, y se dilata hasta la eternidad: ni te afanes por el arte y por sus inspiraciones, porque no hay poesía, ni arte, ni inspiracion, como la que exhala aquella religion purísima que se llama la religion de la familia y el culto á sus dulces y profundos sentimientos. La humanidad es un objeto demasiado colosal para que nosotros podamos conseguir, no ya su felicidad, pero ni siquiera su mejoramiento, miéntras una débil esposa puede ser feliz en el nido de nuestros amores, y bajo las ténues alas y el pobre calor de nuestro corazon. Dediquémonos, pues, á hacer la felicidad de esos seres, y miéntras no podamos conseguirlo para nosotros mismos porque no llame la pasion á nuestro pecho, sembremos la felicidad doméstica, imposibilitados como estamos de sembrar por lo escaso de nuestras fuerzas y lo grande del objeto, la pública felicidad.

Y diciendo esto, subió á un cuarto tercero de modesta casa en la calle del Caballero de Gracia, y llamó á una sonora campanilla. En aquel humilde albergue, se albergaba la pobreza, es verdad; pero la pobreza modesta, limpia; la pobreza que se encuentra tan alejada de la fortuna como de la miseria. El suelo de ladrillos brillaba como si fuera de acero bruñido; las sillas, de Vitoria, no tenian ni una mancha, ni un átomo de polvo; sobre la mesa de pino pulimentado campeaban dos búçaros de fresco barro y llenos de suaves y olorosas flores. Un espejo era todo el adorno de las blancas paredes, pero espejo de luna reluciente y de brillantísimo marco. Al través de espesas cortinas de algodon cerníase la luz derramando dudosa sombra que daba frescura al cuarto. Habitábalo antigua doncella de la madre de Ricardo, que, originária de la América española, nunca habia querido casarse miéntras viviera su señora en Nueva-Orleans, y se casó en cuanto vino á

España y dió con la gente de su raza, de sus costumbres y de su habla. Tenía como unos treinta años, y gozaba, segun su aspecto, de la mejor salud y robustez, en compañía de una hermosísima niña, á la cual estaba unida como la flor al tallo, ó como el tallo á la flor. En cuanto entró Ricardo, hija y madre le recibieron á una con el mayor contento. La niña se cogió á sus rodillas pidiendo un millar de besos, y la jóven le tendió la mano con verdadera franqueza, que no excluia profundísimo respeto.

—¿Salvó V., Micaela, á los revolucionarios aquí refugiados?

—Los salvé á todos.

—¿Cómo se arregló V. para salir tan pronto de ellos?

—La pobreza es industriosa. Los repartí entre mis amigas, y á estas horas se encuentran ya en el puerto.

—¿Y cómo va de asuntos domésticos?

—¡Ay, señorito!

—¿Se aflige V?

—¿Pues no he de afligirme?

—¿Qué sucede?

—Mi marido.....

—Siempre con historias.

—No.

—Me quiere mucho.

—¿Qué más puede V. desear?

—Quiere mucho á su hija.

—Miel sobre hojuelas.

—Le quiere á V.

—Pues si á todos nos quiere, ninguno podemos quejarnos.

—Yo un poco puedo y debo quejarme.

—¿Por qué?

—Porque algunas veces pasamos apurillos.

—¿Quién no los pasa en el mundo?

—Pero los nuestros son más de sentir.

—Naturalmente, cada cual se duele de los suyos.

—Son más de sentir, porque.....

—Acabe V.

—Porque son más fáciles de evitar.

—Dígame V. en qué consisten; si un profano puede saber sin escrúpulo esas contrariedades matrimoniales, dígamelo clara y lisamente.

—Pues mire V., en que tenemos.....

—¿Ya se corta V.?

—En que tenemos alguna falta de cuartos.

—Y eso...

—Si no ha entibiado el cariño de mi marido, ha disminuido la felicidad del matrimonio.

—Vamos, ¿acabará V.?

—¡Ah!

—¿Suspira V.?

—Sí.

—¿Se ha desahogado ese pecho?

—Completamente.

—¿Y por qué no lo ha dicho V. ántes?

—Porque tenía tanta vergüenza.....

—Ya sabe V. cómo la hemos tratado siempre.

—Con la mayor confianza.

—Y ya sabe V. cómo andan los negocios de casa.

—Lo sé todo.

—Yo, que era ríquísimo por mi padre, me quedé con una sola de mis haciendas, y no quise tocar á uno sólo de sus pesos duros en cuanto llegué á la plenitud de la razon.

—El señorito ha hecho cosas que ningun otro mortal quizás hubiera hecho en su lugar.

—Obedecí á mi conciencia. Una fortuna, adquirida por la esclavitud, en la esclavitud sustentada, era fortuna para mí imposible. Renuncié á todo cuanto habia heredado de mis padres. Emancipé mis negros y les repartí mis haciendas, de acuerdo con mi santa madre. El dia que hicimos eso, no teníamos más abrigo que el abrigo de Dios.

—Cuya misericordia no podria faltar á quien de esa suerte realizaba y cumplia su justicia.

—En efecto; cuando más pobres nos creíamos, nos encontramos más ricos. En la familia de mi

madre todos tenian un nombre honrado é ilustre; pero ninguno tenía una posicion desahogada. El único tio millonario, ántes de saber nuestra resolucion, sin duda por acumular sobre una sola cabeza inmensa fortuna, le legó á mi madre una cuantiosa herencia. De ella vivimos y viajamos despues que se acabó la guerra americana, en la cual combatí por la libertad de los negros y por la unidad de la patria. Mas yo no dispongo de cuanto quisiera, porque me tiene mi madre por pródigo, y no me deja usar de nuestra riqueza á mi arbitrio, entregándome sólo una renta que al principio de cada mes ya está gastada por duplicado. Le doy todas estas explicaciones á fin de que comprenda, cómo para la tranquilidad de su casa, no puedo hacer otra cosa más que desprenderme de este solitario. Ahí le tiene, último resto de mis alhajas.

Y sacando de su bolsillo la cartera, extrajo un anillo que tenía grueso brillante, y se lo entregó á Micaela.

—Señorito, es V. Dios en persona, la Providencia misma hecha hombre. Ya no dependerá mi pobre Anton de las agencias de provincias que llegan ó no llegan; dependerá de un comercio que pondremos en esta misma calle para competir con todos los merceros, los cuales se han hecho ricos. Y habrá paz en mi casa, y tranquilidad en la familia, y salud y alegría. Donde no hay harina, todo es mohina. Al perro flaco, pulgas. En comenzando á subir, se llega hasta la cima. ¡Qué alegría! V. nos ha casado; V. nos ha dotado. Y ahora que la estrechez turbaba un poco la paz doméstica, V. nos vuelve el alma al cuerpo con este donativo que es una verdadera fortuna. ¡Qué dicha! ¡Qué alegría!

—¡Cómo esa palabra alegría me resuena en el alma!

—La tengo completa.

—¡Envidiable suerte! ¡Cuánto diera yo por verla alguna vez en mi hogar, aunque mi hogar fuese una cabaña!

—Es verdad, señorito. Mamá.....

—¡Oh! Mamá no ha recobrado desde su viudez ni por una hora la calma. Nuestra casa parece un convento. Los lutos y los duelos no han cedido un minuto. Las lágrimas no se han secado en sus ojos. Las largas noches se pasan en largos insomnios; los dias entre oraciones y recuerdos. Alguna vez procura sonreirse al verme, pero bien pronto vuelve á inclinar la cabeza sobre el pecho y á despedir un sollozo tan amargo que sacude hasta el fondo del alma y desgarra hasta la fibra última de las entrañas. Yo me he criado oyendo llorar, suspirar, gemir perpétuamente. Yo no he visto jamás, desde que alcé la cabeza de la cuna, un rostro placentero. La luz del mirar de mi madre ha llegado siempre hasta mí al través de mares de lágrimas, y el fuego de su amor ha vivido velado entre las nubes de una tempestad contínua. Yo no conozco esos dias en que las familias celebran fiestas, recuerdan aniversarios felices, se

sientan á la mesa para una comida ó una cena de esparcimiento, se acercan á la lumbre á referir historias gratas y renovar el culto á los muertos. Mi madre es una santa; pero entregada como las santas de la Edad-media á una perpétua penitencia. En vano le he pedido, le he rogado, le he instado para que considerase cuánto necesitaba su hijo de alguna alegría, de algun contento, del algun reposo en el hogar. Siempre me ha dicho que debia casarme pronto á fin de tener una compañía placentera á mi lado, y en seguida ha añadido que me casara por amor; solamente por amor, muy penetrado, muy persuadido de que estaba perdidamente enamorado de la mujer elegida, y muy resuelto á vivir, á respirar solamente en la felicidad del amor. Y al decir estas palabras con una elocuencia verdaderamente arrebatadora, me cogia ambas manos con sus manos; me llenaba de besos; me regaba de lágrimas amarguísimas, y concluia por caer ó en el sueño de un desmayo parecido á la muerte,

ó en los sacudimientos de un ataque nervioso parecido á la epilepsia. Imagínese V. qué vida mi vida; siempre en estos dolores contínuos; siempre con estos espectáculos de horror ante los ojos; siempre con el acento de los sollozos en el oido; siempre amargado; en el pan, la hiel; en la noche, el quejido; en cada hora del dia, la reproduccion de un estremecimiento de pena, viendo sufrir á la persona más querida del alma, á la única que debia consagrar hoy su existencia á mi ventura. Nadie puede penetrar en esta situacion verdaderamente angustiosa; nadie, porque mi madre se aleja hasta de los criados; y solamente V. ha observado alguna vez cómo se retuercen sus brazos, cómo se extravian sus ojos, cómo se parte su pecho en estas exaltaciones de su carácter, y en estos delirios acerbos de sus amargas penas. Yo he dudado de su cariño y me he arrepentido luégo de esta duda, al verla tan próvida, tan amante, tan consagrada á mí; combatiendo, por sonreirse, con sus pro-

pios dolores, tratando de alentarme con la esperanza de alguna trégua á sus sollozos; pero vencida al fin por la intensidad del dolor y entregada completamente á su invencible dominio. Mi casa, de esta suerte, es un desierto, y de esta suerte mi vida entera es un holocausto. La sociedad nos está completamente vedada, pues las puertas del sepulcro no se abren sino á los muertos. Los placeres y los esparcimientos del mundo, completamente prohibidos, porque mal se puede aspirar á ninguna alegría cuando se habita de contínuo con el dolor. Ni siquiera los viajes han logrado distraernos y calmarnos. En vano hemos recorrido el mundo á ruegos mios para procurarnos algun alivio ó algun olvido en el conocimiento del mundo, en el trato con nuevas gentes, en la separacion de aquellos lugares, testigos de nuestra vida anterior, y por lo mismo, llamadas á despertar dolorosas memorias. Los años, léjos de aminorar, han acrecentado la pena; el movimiento, que para la

juventud es un aliciente á la distraccion, para la edad madura es un cansancio que fatiga así las fuerzas del cuerpo, como las fuerzas del alma. Hemos llegado á la patria de nuestros abuelos, y nos hemos establecido en este Madrid que tantas veces saludamos desde América. Mi madre, descendiente de antiguos vireyes castellanos, ama quizá tanto como el Nuevo Mundo donde hemos nacido, este viejo mundo en que reposan las cenizas de sus padres. Yo creí que el oir la lengua española y su incomparable melodía; el respirar este aire acariciado tantas veces desde léjos en contínuas esperanzas; el ver esta luz espléndida reverberada por un cielo azul que serena hasta las tempestades del alma y que acaricia los globos de nuestros ojos, daria al desgarrado corazon de mi pobre madre algun bálsamo capaz de cicatrizar sus abiertas y profundísimas heridas. Engañéme completamente. Al descubrir estas costas; al penetrar en esta tierra querida; al recorrer sus

campos benditos; al orar en sus iglesias góticas; al ver sus históricos monumentos, el ánimo advierte que teatro hubiera sido éste en otro tiempo para su felicidad, cuando era capaz de ser feliz esa alma desolada. Así, despues de haber hecho un esfuerzo para visitar algun sitio célebre, su melancolía crece y vuelve á sumergirse su corazon despedazado en las penas contínuas que la ahogan, exacerbadas por las dichas con que habia soñado su deseo y por la triste realidad de su tormento. En cuanto á mí, nada en el mundo me interesa, sino el dolor. Cuando corro á los campos de batalla como en la tremenda guerra americana; cuando me pierdo en las revoluciones, como ayer mismo; cuando peleo en los tristes hospitales con la peste; cuando busco por las bohardillas la desnudez para vestirla y la miseria para aliviarla, me impulsa siempre el deseo de averiguar si hay en la tierra algun sér tan desdichado como el sér que me dió la vida, y, por consecuencia, tan desdi-

chado como yo. Y siendo imposible llevar un rayo de alegría dulce á mi hogar, lo llevo á los extraños hogares. Y siendo imposible la felicidad en mi pecho, quiero gozarme en labrar la ajena felicidad. Al cabo sé que una palabra puede serenar tempestades como las oidas en mi alrededor, siempre rugientes; que una lágrima de compasion puede ahuyentar dolores como los á mi lado siempre despiertos; que un diamante puede ser seguro talisman para una familia, miéntras que para nosotros el cielo parece de bronce y la tierra entera erizada de espinas, entre las cuales jamás brota ni puede brotar una flor. Muchas veces he querido seguir el consejo de mi madre; he querido amar, he querido elegir entre tantas jóvenes como pasan á mi lado, una compañera de mis penas, y una esposa del alma. Y al ver que ninguna ha conseguido fijarme, he imaginado que me encontraba como aquel Satanás, compadecido por Santa Teresa de Jesús; he creido que me encon-

traba ¡ay! imposibilitado de amar. Pero, ¿á dónde íbamos, si pudiera ser feliz; á dónde íbamos imposibilitado de alejar á mi madre, en cuya compañía quiero vivir y morir, imposibilitado de hacer feliz á mi esposa, que al cabo concluiría por contagiarse de desesperacion.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir todos los lamentos que el infeliz Ricardo expresaba en el seno de aquella fiel mujer, único confidente posible de sus penas, á las cuales creia tributar el mayor tributo de consideracion, vertiendo torrentes de compasivas lágrimas.

CAPÍTULO IV.

LA DESESPERACION.

La casa de Ricardo era en efecto la tumba de su madre. No habia más que acercarse á su gabinete para convencerse de que vivia Carolina en brazos de la muerte. El suelo estaba alfombrado de paño negro; las paredes tapizadas de negra bayeta; las ventanas cubiertas de cortinas igualmente fúnebres; sobre las mesas veíanse siempre-vivas, violetas, cruces, libros de rezo, en tal manera, que parecía encerrada aquella mujer en triste catafalco cual si asistiera á sus propios funerales, y celebrara sus propias exequias. Un largo traje de merino ne-

gro, sencillo en demasía, pero ajustado á su elegantísimo cuerpo, la amortajaba entre sus anchos pliegues; una toquilla negra cubria su cabeza peinada con la sencillez correspondiente á su tocado, pero con limpísimo esmero. Como el rostro, á pesar de su demaçracion, no habia perdido la hermosura; como los ojos, á pesar de su fiebre, no habian perdido el poder; como el cuerpo, á pesar de sus maceraciones ó de sus dolores, no habia perdido la esbeltez; asemejábase á una imágen de la penitencia trazada por artista, cuya hábil mano tuviese empeño en asociar al dolor acerbo la perfecta hermosura.

A veces solia abandonarse por completo á la desesperacion, cuya fuerza no se aminoraba jamás en aquellos sus agitados nervios, y en aquella su vivísima sensibilidad. Entónces la palidez de la muerte caia como una sombra con matices entre verdes y amarillos sobre sus hermosas facciones; copioso sudor producido por la extrema debilidad y el pertinaz desmayo ba-

ñaba su cuerpo; la postracion la rendia hasta el punto de no poder estar de pié; y la razon se escapaba de su inteligencia como si sólo quedaran ya en aquel organismo medio roto, pavesas de la vida, crepúsculos del alma; y en aquella alma medio extincta la capacidad necesaria al sufrimiento. Y como jamás podrá el dolor tener esta exaltacion contínuamente, ni revolcarse en estos espasmos de violencia, habíanse acostumbrado sus ojos y sus facciones á una contraccion casi perpétua, reveladora de contrariedad casi contínua. Sus largos párpados se entornaban como al peso de sueño incontrastable; su cabeza se caia sobre el pecho como la flor marchita inclinándose sobre el tallo; las mejillas mostraban surcos hondísimos de esos que deja el pensamiento con sus hondas tristezas; la frente mostraba arrugas numerosas; y los extremos de los labios una dejadez tan irremediable y tan duradera como la de aquellos que han dejado la vida. No respiraba; suspiraba. Y

cuando sobre aquel suspiro queria poner algo más doloroso todavía, no suspiraba en verdad; amargamente sollozaba. En la frecuencia con que se llevaba la mano á la garganta, veíase que la anudaba una pena terrible. Toda su vida era afliccion. Así, los músculos que la atonomía moderna llama músculos del dolor, estaban casi siempre en su frente contraidos; las cejas arqueadas como á la interior contemplacion de una idea fija; y el labio superior vibrante cual si á todas horas le agitase el afan ó la necesidad de gemir.

Imposibilitada Carolina de toda expansion, su tristeza la conducia necesariamente á concentrarse dentro de sí misma y á vivir de sus propios dolores, como vivia y se alimentaba en los infiernos el Conde Ugolino de la carne cruda de sus hijos. Esta idea fija de su pena irremediable le congestionaba el cerebro con una congestion tan pesada, que la obligaba y constreñía á tener siempre la cabeza sobre la palma de

la mano para auxiliarla á soportar tanta pesadumbre. Y sin embargo, esta pena, ¡ah! no habia alterado sensiblemente su hermosura. Diríase que aquella mujer era la Niobe antigua, tal como la hemos admirado en los Museos de Florencia, embellecida y como transfigurada por la intensidad misma de su desesperacion. Cuántas veces quedaba como fuera de sí; cuántas veces miraba y no veia más objeto que los negros círculos producidos por la irritacion de sus pupilas; y pugnando por abrir su alma á pensamientos ó esperanzas múltiples, sólo sentia el pensamiento y la esperanza de la muerte. Y á medida que más rodaban en su cabeza estos torbellinos de ideas fúnebres, más se contraian y cerraban sus labios con el sello de un tenaz y profundísimo silencio. ¿Qué palabra habria en el humano lenguaje, bastante á llevarle algun consuelo en aquella desolacion tan duradera como su vida? Ni siquiera la luz que todo lo vivifica, que todo lo anima, que todo lo colora,

que despierta la vida en los organismos, y la alegría en la vida, llegaba hasta el interior de aquella alma desierta. Ni siquiera le quedaba el lenitivo último de los desgraciados; departir de sus penas, comunicarlas, hacer que penetren hasta el alma de otros séres y provoquen la consoladora y necesaria compasion. Pasaba contínuamente de las tristezas á las aflicciones, y de las aflicciones á las tristezas. Estos dos estados eran al cabo los dos estados naturales y perpétuos de su alma, envuelta en los senos del misterio y obligada por la propia delicadeza de sus sentimientos y por la piedad maternal y el culto necesario de la honra vinculada en su hijo á un perpétuo silencio.

Nada hace á los humanos tan desgraciados como faltar á la entera vocacion de su vida. Eminentemente sociales como somos, la fuerza que mantiene la sociedad es el amor, como la fuerza que mantiene el Universo es la atraccion. El amor primero, esencial, necesario, es el que

acerca entre sí, une, confunde en sus placeres y en sus efusiones indecibles á los dos opuestos sexos. Pero, aparte de esta primera y genuina acepcion del amor, hay otros muchos grados conocidos en la lengua comun por las palabras afecto, cariño, simpatía, amistad, que nos unen con el suelo en que nacimos, con el hogar que habitamos, con la religion que en la primera edad recibimos, con los semejantes que vemos, grados varios constitutivos de esta entidad superior que llamamos sociedad. El sér más social, es el sér que más siente, porque es el sér que más atrae. La pureza y la intensidad de los grandes sentimientos crea y mantiene la sociedad. De consiguiente, la mujer más sensible, más tierna, más afectuosa, tambien es mucho más sociable que el hombre. Como sucede en la vida comun, que junto á una mujer inteligente y hermosa, suele formarse una abreviada sociedad, sucede en la vida universal, y en las grandes y permanentes sociedades hu-

manas. El hombre, fuerte de temperamento, llamado á la guerra, con voraces instintos de odio, cazador, guerrero, es mucho ménos social que la mujer; como el águila, como el milano, como todas las aves carniceras y rapaces, unas obligadas á vivir en las sombras para tender sus emboscadas; otras en los altos y solitarios peñascos para lanzarse sobre sus presas, indudablemente son mucho ménos sociables que los ruiseñores, cuyos coros de amor resuenan por la primavera en nuestros floridos campos, y que las golondrinas, siempre en bandadas, viajeras misteriosas, benditas entre todos los pueblos, y cuyos dulces píos y cuyos parabólicos vuelos y cuyos consoladores regresos de las largas emigraciones á nuestros patrios techos, nos anuncian la vuelta del calor y la resurreccion de la vida. Así, pues, la mujer tiene el dón de despertar todos los grandes afectos, y como tiene el dón de despertar todos los grandes afectos, tiene el dón tambien de servir como

base incontrastable y primera á la humana sociedad.

Una mujer que falta en el mundo á esta vocacion primera de su naturaleza, á este ideal luminoso de su vida, á este llamamiento de la sociedad, es el más desgraciado de todos los séres, como lo son generalmente todos aquellos cuyos medios y cuyas facultades no corresponden por uno de esos accidentes, denominados infortunios, al fin primordial para que fueron criados. Carolina habia nacido para amar y ser amada en el seno de la familia, y para procurar á cuantos se agrúpaban á su lado bajo la techumbre del hogar la primera y la más necesaria de todas las felicidades, la felicidad doméstica. Carolina habia nacido para irradiar desde este centro de amor íntimo la luz y el calor de sus amores, en amistad, en afecto, en cariño, en obras piadosas y caritativas sobre toda la sociedad de su tiempo, animando desde las inspiraciones que mueven á la libertad, hasta las inspiraciones que mueven

al culto y á la práctica de la poesía y del arte. Vestal en la casa, y en la familia sacerdotisa; númen y musa de muchas grandes obras sociales por su inteligencia y por su hermosura, sus ideas y su sangre la impulsaban á despedir esas corrientes de electricidad que en la sociedad sirven para grandes operaciones; en la sociedad, necesitada como la naturaleza de una mecánica y de una química especial que distribuya las fuerzas, que condense las ideas, que cristalice los organismos, que produzca y mantenga la vida. Habia faltado Carolina por una série de accidentes, todos infortunados, á este fin supremo de su existencia, y en realidad se habia precipitado desde las sonrosadas alturas del alto ministerio que le deparaba naturaleza, al hondo abismo de una irremediable desgracia, que la reducia tristemente á ser incompatible ya con toda sociedad.

El sentimiento provoca el sentimiento. Un suspiro triste os sumerje en la tristeza, aunque

vuestro ánimo se halle naturalmente alegre como el ver una persona en el borde de un abismo os produce vértigo semejante al que experimentaríais si en su lugar os encontrárais. La comunicacion del sentimiento se parece al estallido de una chispa eléctrica. La mirada que recoge de lo interior una idea, y la concentra en las retinas, como se concentra la luz en los focos de los espejos ustorios, y la despide sobre otra mirada, produce instantáneamente en el choque de los ojos una misteriosísima centella, la cual penetra hasta en lo íntimo del sér, y agita hasta las entrañas del alma. La palabra, ese sonido tan ténue, combinando letras y vocablos, si recoge de lo íntimo del sér grandes sentimientos, concluye por dominar á un auditorio frio é indiferente, por hacerlo reir si quiere provocar la risa; por hacerlo llorar, si quiere provocar el llanto; por llevarlo á la compasion, cuando se enternece; al odio, cuando se indigna; á todas las emociones más distantes en aquella hora de

la voluntad y de la idea del que escucha arrastrado á pesar suyo por la rápida y misteriosa comunicacion de las profundas emociones. Hay almas que son grandes conductoras de los sentimientos y de las ideas, como hay cuerpos que son grandes conductores de la electricidad. El alma de Carolina era una de estas almas. Dios le habia dado los dones que más sirven para despertar en los demás los sentimientos experimentados en ella misma; le habia dado el dón de una mirada comunicativa, y el dón de una palabra elocuente. Pero aquella naturaleza franca, irradiante, efusiva, habia tenido que encerrarse en sí misma como si fuera una triste naturaleza egoista, dada la concentracion natural é inevitable del dolor.

Carolina, desde la hora terrible de su desgracia, se hubiera retirado del mundo y se hubiera ido á un convento para recoger en su corazon el amor divino, ya que le habia sido negado el humano amor, á no tener junto á sí el hijo de sus

entrañas, lazo único que la ataba á la sociedad y á la tierra. Un alma como la suya, que en el matrimonio podia haber encontrado felicidad tan grande, se habia visto obligada á vivir con un esposo á quien no habia amado jamás. Y aún con éste, con su marido, á pesar de todas sus ideas, de una pureza inmaculada; á pesar de sus honrados instintos; á pesar de sus castas inclinaciones, no habia podido ser ni tan consecuente, ni tan fiel como se lo aconsejaba su conciencia y se lo imponia su propia voluntad. Luégo se prendó de otro mortal, y ni tuvo valor para seguirlo, ni valor para rechazarlo. Cayó en sus brazos un momento, el cual decidió de su vida por toda una eternidad. Al esposo que le diera un hijo, una fortuna, un apellido, sino ilustre, ilustrado por la riqueza y por la política en aquella altiva sociedad americana, le habia correspondido, arrastrándole á la locura primero, y á consecuencia de la locura, á una muerte desastrosa, cuya agonía

fué un estallido contínuo de maldiciones que concluyeron por levantar entre tantas interiores tristezas, una espesa nube de remordimientos en la conciencia sombría de la atribulada esposa. Cuando asociaba el dia de su union al pié de los altares con Jura, y el dia de su viudez, pensaba que no habia sido buena esposa y que no habia amado, como era de su deber, y como lo prometiera por inviolable juramento, necesitaba contenerse con ambas manos la cabeza, víctima de vértigos horribles, para no perder completamente la razon. Cuántas veces se levantaba airada contra sí misma por un impulso ciego, y se reconvenia con las reconvenciones amargas que hubiera podido dirigir á otro sér cualquiera. En ninguna memoria estuvo jamás tan presente y tan viva una culpa; en ninguna conciencia estuvo jamás tan presente y tan vivo un remordimiento.

Luégo, otro de los sentimientos de su vida habia sido el amor ciego al mulato Antonio.

Cuanto más ahondaba en su corazon y en su memoria, más veia que aquella pasion resultaba la pasion única de su vida. En todos los espejismos de su imaginacion; en todas las ilusiones que se levantaban de sus sentimientos; en todos los recuerdos de su memoria, las únicas horas placenteras y los únicos instantes felices se relacionaban con aquellas serenatas de amor, con aquellos versos de profundo sentimiento, con aquellas encendidas miradas que penetraron hasta los abismos de su sér, y que en él difundieron una pasion inextinguible. Pero, ¡oh pena de las penas! Este amor habia tropezado en la realidad, y de tan irremediable tropiezo, habia provenido tambien una irremediable desgracia. El sér tan amado habia subido hasta el cielo de aquel amor purísimo, y lo habia manchado con el hálito de un placer pasajero que diera al cabo frutos de perdicion eterna. Los dos amantes que acaso habian nacido el uno para el otro, que en realidad se buscaban y se-

guian, como se buscan y siguen unos á otros los mundos suspensos en el espacio por la misma atraccion, debieron, á causa de este minuto de placer, convertido en un infierno perdurable, separarse por toda una eternidad, y huir uno del otro como pueden huirse y esquivarse los séres que á muerte se aborrecen. Y habian huido y se habian separado, para que esta mútua separacion, ¡ ah ! no pudiera realizarse sin que en mil pedazos se destrozaran y de arriba abajo se desgarrasen aquellos dos corazones. Querer á un mortal y no verlo ; y no hablarle, y no sentirlo á su lado, y no compartir con él todas las ideas al par de todos los sentimientos, y no asociarlo á su misma suerte, á sus dolores, á sus alegrías, y no tenerlo bajo el mismo techo, y no recoger en su mirada la luz de la vida, en su aliento el aire para el pecho, ¡ oh ! es el dolor de los dolores, dolor á cuyos golpes y estremecimientos se destrozaba, concluyendo por ver siempre ante sus ojos nublados de lágrimas,

sin tranquilidad alguna lo presente, sin esperanza lo porvenir, sin alivio el mal que la postraba, sin compasion los humanos corazones, vacío el mundo y vacíos hasta los cielos, cuyo esplendor se ocultaba y desaparecia tras el sudario de negrísima tristeza. Así es que amaba y maldecia á Antonio; deseaba tenerlo á su lado con el corazon, y de su lado lo rechazaba con la conciencia, resultando de tal estado una horrible batalla, en la cual se aguzaban cada dia más para atormentarla sus dolores y sus remordimientos.

Pero no hay término ni límites en el sufrimiento. Aún la atenaceaba más las entrañas otra pena intensísima: la separacion de la hija que naciera de su culpa y de su caida; la separacion de la hija de Antonio; aquella hija, pedazo verdadero de su corazon, parte integrante de su alma. En noche siniestra, el hombre que se habia aprovechado de un momento, en el cual su voluntad estaba como perdida y como enage-

nada, asaltó la casa que conocia tanto, entró en el gabinete que profanara con sus arrebatos, cogió de su cuna la niña que era como prenda viviente de aquel amor, y se la llevó consigo á educarla bajo otro techo y á convertirla en ornamento de otra familia. Diez y seis años hacía de esta horrible trâgedia, y en esos diez y seis años no se cansó jamás Carolina de llorar y de desesperarse. Su marido en la demencia, su amado en necesario apartamiento, su hija arrancada de su seno; cada uno de estos dolores tenía fuerza por sí sólo para atribular una vida entera y perder un alma inmensa. Cuánta fuerza no tendrian todos juntos acumulados con sus tristes pensamientos sobre una sola cabeza, con sus horribles torcedores sobre un sólo corazon. Así es que Carolina, la infeliz, no vivia; pero tenía realmente razon para no vivir en aquella inmensa desventura. Esposa infeliz, habia sido causa de la demencia y de la muerte de su marido. Amante infeliz, habia sido causa de la de-

sesperacion de su amado. Madre infeliz, habia sido causa de que su hija se educara léjos del regazo maternal, donde únicamente puede criarse la infancia necesitada de esos tiernos cuidados que no se adivinan, si no los inspiran á la voluntad las entrañas.

Al llegar aquí, á esta consideracion de su desgracia, perdia Carolina todo imperio sobre sí misma, y se daba entera á un dolor, de tal suerte intenso, que sus sacudimientos podrian causarle de seguro la muerte, si la complexion humana, destinada al dolor, no tuviera tanta resistencia. Madre, y la naturaleza habia sido de tal manera violentada en ella, que le arrancaron sin conmiseracion alguna la hija de sus entrañas. Todo se puede sustituir en el mundo; todo, ménos el corazon de una madre. Cuán poco valor tuvo en el empeño y en la batalla por guardar aquella angelical criatura; se decia á sí misma. La última de las hembras del último de los animales, se defenderia y defendiera su

prole con mayor rabia y con mayor empeño. Una tigre, ó hubiera muerto, ó hubiera matado al raptor, si en su propia madriguera, lactando sus cachorros, la sorprende. A cada momento de su vida, se acordaba de la vida de su hija. Un padre, y más un padre tan combatido por toda suerte de contrariedades, como el infeliz Antonio, no podia proveer á la educacion de una tierna niña. El padre representa siempre la fuerza, la energía, el valor, y la pobre criaturita necesitaba la compasion, la ternura, la delicadeza, las lágrimas, la providencia maternal. ¿Qué mujer puede sustituir á la madre cuando ni siquiera el padre la sustituye? Solamente en los oidos maternos resuena como una música el lloro incómodo de los niños; solamente una madre se pierde embebecida en la sonrisa y se mira en la mirada que surge de la cuna y se abisma en la contemplacion estática, verdaderamente indispensable, para sostener los cuidados de la maternidad y conjurar los peligros que

rodean á la inocencia. Y luégo, al llegar á la alboráda de la razon, nadie puede enderezar el sentimiento hácia lo divino como una madre; y al encresparse el oleaje de las primeras pasiones, nadie como una madre calmarlas y dirigirlas á la plena realizacion del bien. Solamente la prevision maternal, sus adivinaciones proféticas, alcanzan á señalar los abismos de la vida sin corromper la pureza del corazon y sin empañar ni siquiera ligeramente el espejo clarísimo de la inocencia en que se reflejan las cosas bellas del mundo.

Con razon, pues, se le partia el alma cuando se acordaba de lo que hubiese sido su vida con la hija del alma al lado, y de lo que era sin su hija. Cuánto la hubiera regocijado la sonrisa de aquellos labios, constantemente brillando sobre su vida; la primer palabra gorjeada por la tierna garganta; el nombre de «mamá» dicho ántes que ningun otro nombre; los primeros tímidos conceptos y las primeras encantadoras gracias; la

inclinacion á consagrarse al amor desde sus juegos y á constituirse en el divino ministerio de la maternidad con sus muñecas; el dia de cambiar las mantillas por el vestidito; y el dia de los primeros pasos; y el dia del primer premio de lectura; y el dia de la primera comunion; y el dia del primer rubor producido por el primer asomo de la pasion; y el dia del vestido largo, y todos esos dias aniversarios de otros tantos instantes venturosos, que son como creadores de un alma, en la cual pone una madre todas sus inspiraciones, toda su luz, todos sus amores, todas sus ilusiones que de nuevo florecen, y todas sus esperanzas que se perpetúan sobre el corazon de su hija, abreviado Universo de su alma estática y amante.

Un tiempo fué en que tuvo noticias de su hija. Sabía que iba creciendo en inteligencia y hermosura. Sabía por esas industrias propias de las madres, todos sus pasos y toda su vida. Pero la rica familia con la cual vivia y de que for-

maba parte la niña con su padre Antonio, se habia venido á Europa, y despues de ese viaje á Europa, en el cual llevaban empleados más de seis años, nada habia podido saber sino que continuaban viajando. Antonio se vengó bien cruelmente de la negativa que opuso Carolina á seguirle con no enviarle ni una sola palabra de su hija. En verdad, la causa primera del viaje estaba en el deseo que tenía Antonio de procurarse distraccion á sí mismo, y cultura verdadera y esparcimiento á su hija, á la cual habia puesto el nombre de Elena. Conforme ésta iba creciendo en años, su padre se iba penetrando de cuán necesario era ocultarla su orígen, y no decirla que tenía una madre y un hermano en la tierra. Antonio vivia con el rico habanero, su hermano de leche, que le rescatára en el mercado y que hiciera de su afecto una verdadera necesidad del alma. Este riquísimo habanero habia sido padrino de Elena, bautizada en Méjico despues del rapto. Aunque al morirse su

primera novia habia hecho juramento de no casarse, casóse al cabo, seducido por las gracias de una bella mejicana, con la cual no tuvo ningun hijo. Así el matrimonio y Antonio vivian para Elena y la cuidaban con el amor y el celo con que hubiera podido cuidarla su propia madre. Para Elena, Antonio, su padre, era viudo, y no le hablaba nunca de su madre por no renovar recuerdos tristes de otros tiempos ni abrir heridas del alma, recuerdos y heridas que todavía destilaban sangre, segun las tristezas contínuas del mulato, cuyas pasiones se hallaban todas reunidas y concentradas en su hija. Juntos habian recorrido toda Europa y gozado todos los esparcimientos propios de un viaje tan delicioso. Juntos vivian los cuatro en una paz completa, sin que hubiera objeto preferible á Elena para su cariño, ni otro heredero á su inmensa fortuna.

Carolina estuvo adherida á América miéntras vivió su esposo, el caballero Jura. Le era impo-

sible dejarlo, y cuidaba de él muchas veces con riesgo de la vida, porque su locura llegaba con facilidad al furor, y por consiguiente á la violencia. Pero en cuanto Jura murió, en cuanto pasó el duelo, en cuanto guardó por un año entero el luto junto al cementerio donde estaba enterrado, vínose á Europa, trayéndose á Ricardo, que bien lo necesitaba, por haber recibido una mortal herida en la guerra de los Estados-Unidos y en defensa de la hermosa bandera de Washington mantenida en las inmaculadas manos de Lincoln. Luégo, como Ricardo se avergonzó al morir su padre, de tener una fortuna ganada en la trata y mantenida por la esclavitud, no hubo otro remedio sino repartirla entre los negros emancipados, y venirse á Europa en busca de algun lenitivo á los antiguos é inveterados dolores. Pero en realidad, el principal móvil de aquel viaje en Carolina, era buscar á su hija, encontrarla, verla, saber de ella, aunque jamás ella supiera nada de su madre.

¡Infeliz Carolina! ¡Ah! No sabía cuán fatal iba á serle este encuentro: En la realizacion de este deseo tan anhelado se encontraba la mayor desgracia y la mayor catástrofe de su vida, el sacrificio de séres inocentes inmolados por su irreparable culpa y partícipes de sus castigos.

CAPÍTULO V.

LA VELADA DE SAN JUAN.

Noche divina en verdad, esta noche del solsticio de verano. Como el 23 de Junio es el dia más largo del año, el instinto de los pueblos ha consagrado su hermosa noche con poéticas y placenteras fiestas. Recuerdo, como, hace tiempo, recorriendo en tal aniversario los feraces campos del bello Portugal, á cada paso encontrábamos hogueras alimentadas por plantas aromáticas que esclarecian el camino con sus destellos y embalsamaban los aires con su humo. De la misma suerte, en los antiguos pueblos, al borde luminoso de los mares del arte, á la

puerta de los templos de mármol erigidos en los altos promontorios y retratados en las tranquilas aguas, encendíanse esta tarde hogueras, á cuyo alrededor danzaban los mancebos y las doncellas, entre canciones de amor y coros, acompañados por cítaras de oro, coronadas con ramas de laurel y flores de verbena.

En nuestros pueblos del Mediodía la noche de San Juan era la noche de los misterios; la noche decisiva para la incierta humana suerte, la noche en que cuajan los amores, la noche destinada al encuentro de los séres que han de dormir en el mismo lecho y que han de reposar en el mismo sepulcro, para despertarse abrasados y confundidos tambien allá en la eternidad. Las gitanas hacen su agosto. Son de ver con el zagalejo de seda celeste, bordado con argentadas lentejuelas; con el cinto al talle, de cuyos hilos caen sonajas y cascabeles y amuletos y relicarios; con el pañuelo de mil colores ajustado al jubon de raso negro; la castaña á la

nuca; el peine dorado sobre la sien izquierda en la ancha cabeza; morenas como el pórfido egipcio, negras de ojos, que tienen toda la atraccion y toda la profundidad del abismo, escudriñando, á la luz de los astros, las palmas de las manos, para decir á las casadas si sus maridos les guardan fidelidad ó no en las largas navegaciones y á las solteras si vendrá ó no el novio á pedirlas pronto en casamiento.

¡Cuántas veces he visto yo á mis vecinas, más hermosas y más admiradas, allá por las riberas de nuestro Mediterráneo, abrir las ventanas con sigilo, mirar los ástros con escrudiñadora inquietud, apercibir las orejas á recoger la primer campanada de la media noche, y en cuanto su tañido caia de la alta torre dando las doce, romper un huevo fresco, puesto aquella mañana por una gallina negra, y depositar la clara en un vaso de agua, para deducir de los dibujos formados por aquella extraña mezcla secretos de amor, que no le habian revelado ni

los latidos de su propio corazon, ni los ojos de su adorado amante!

Naturalmente, noche así es noche de amores. Y el amor no tiene expresion tan propia de sus aspiraciones infinitas y de sus melancolías indecibles, como la música. Y la música no tiene momento tan bello y tan digno de sus cadencias como la alta noche en que todo se recoge y calla, y solamente vela y escucha quién padece los desvelos del amor. Y en la noche, la melodía que se esparce más dulcemente por los aires, como un aroma venido del cielo, y que penetra á través de paredes y puertas y rejas, como la luz al través del cristal, es la melodía de la serenata. El rasguear y el pespuntear de los dedos en la guitarra arrancan chispas, que cargan de sentimientos las almas, y que en deseos inexplicables encienden la sangre. Las cuerdas de la guitarra suspiran, gimen, sollozan, lloran, como si fueran las fibras de un corazon enaomrado. Y tras aquellos suspiros de

dolor, porque la pasion siempre es dolorosa; tras aquellas gotas de reprimidos lloros que se escapan y se evaporan y se elevan de cada una de las melancólicas notas; suena la cancion meridional, la más bella de las canciones que han ideado los hombres, con sus cadencias larguísimas como el rumor de las selvas y el susurro de los arroyos y la resonancia de los mares, con esas cadencias, sobre las cuales se levantan aquellas cuartetas incorrectas, pero sublimes, llenas de hondas quejas, esmaltadas de orientales comparaciones, reducidas á contínuas imágenes, que expresan la tristeza, la nolstalgia, la aspiracion á lo infinito, la pena del alma enamorada, el recelo de los perversos, la incertidumbre y las dudas eternas, los celos desgarradores, la felicidad de la posesion, la angustia de las separaciones, el anhelo por un suspiro y por una mirada, la desesperacion por una ausencia, el deseo al descanso de la muerte, todos los temas y todas las formas del más

humano entre los sentimientos expresado en el habla sencilla del más poeta entre los pueblos.

La ronda y la rondalla; la soledad y la malagueña; las playeras y las saetas son los poemas de amor más bellos que han cantado los hombres, profundos de pensamiento como las poesías del Norte, hermosos de forma como las obras del Mediodía, cadenciosos y sostenidos á la manera de una melodía árabe inspirada por la uniformidad del desierto, tristes y desgarradores como una lamentacion de los profetas hebreos á las orillas de extranjeros rios, propias para cantar las tristezas del amor y para henchir de inspiracion una noche como la noche de San Juan, iluminada por las estrellas de los cielos clarísimos y por los ojos de las almas enamoradas. Y á todos estos poemas, entonados al són de la guitarra, se unen allá en el Mediodía entre nosotros la enramada que cubre de tomillo y de romero la visitada reja, y la orna de rosas y de jazmines, cuyo olor embriaga, y

de frutas de aquella estacion, que parecen, por lo delicadas y por lo olientes, verdaderas flores.

¡Cuánta poesía y cuánto sentimiento en la noche de San Juan! Cuando en la madurez y en el otoño de la vida recuerda el ánimo entristecido aquellas horas de sublime tristeza, aquellas sombras de dudosa incertidumbre, aquellas inspiraciones respiradas en el aire al par que el aliento de las flores se convence de una cosa profundamente verdadera y profundamente sencilla, de que sólo se vive mucho cuando mucho se siente. No digamos que el corazon es el órgano donde reside el criterio de la verdad, no digamos que el sentimiento es el grado superior de la vida. Realmente el corazon ocupa un rango muy inferior á la celeste bóveda del cerebro, y el sentimiento nos confunde hasta con las plantas. Pero quizá por eso mismo, por ser más propio de nuestra condicion, y más acomodado á nuestra pobre naturaleza; en el sentir, ó en el amar, si quereis que concretemos la

palabra, se encuentra la vida verdadera. Pensar, elevarse en alas de la idea á lo infinito, descubrir el Universo desde la vertiginosa cima de lo ideal, penetrar en el orígen de los pensamientos y en el orígen de las cosas, todo eso es superior á la humanidad, y por lo mismo tiene algo como lo divino, que abruma nuestro sér, agota extraño nuestras fuerzas y despedaza nuestro organismo. Yo os conjuro á que mireis á todos los héroes principales del pensamiento para convenceros de que en esas alturas reina una soledad á la cual es muy preferible la ignorancia del campesino á quien rodean los próvidos cuidados de la amistad y del amor. Así la vida es más humana que cuando se espacia en la ambicion ó en la ciencia, cuando se reduce al breve nido del sentimiento donde se encierra en una felicidad cuya dulzura nace de su propia limitacion. Sentir es vivir, miéntras que pensar es algo verdaderamente sobrehumano; algo superior á la humana existencia.

Mas, volviendo á la noche de San Juan, debemos recordar cómo en Madrid no tiene la poesía que en nuestras regiones meridionales. Pero tiene mucha vida y mucha animacion. Nuestra calle de Alcalá y nuestro Prado, ofrecen dilatado espacio y natural teatro á todas las expansiones del pueblo. Hácia el Este, los bosques del Retiro que huelen como rebosando aún el aroma de la primavera; hácia el Norte, la desembocadura del paseo de Recoletos, y la blanca masa y la línea de la estátua de Cibeles; entre las alamedas, esas fuentes teatrales que toman por la noche fantásticos aspectos á los reflejos de las luces artificiales; en lo alto de las colinas, las torres semi-góticas de San Jerónimo, y en lo hondo del valle el intercolumno casi griego del Museo de Pinturas; á la mitad; el Obelisco del Dos de Mayo con sus fúnebres cipreses, y en todos estos espacios, barracas donde se venden flores y macetas, tiendas de campaña donde se frien apetitosos buñuelos, aguadores con sus

faroles aparatosos y sus botijos y sus azucarillos níveos; botillerías que ostentan todos los colores y todos los matices más brillantes en sus botellas de varios tamaños; tabernas y cafés al aire libre; grupos de gentes que cuchichean y que cantan al són de la guitarra, y que beben, ora licores, ora refrescos, entre dichos, requiebros, jácaras, gritos, clamores, juegos de los niños, suspiros de los amantes, canciones de los ciegos, coros de las rondallas, pespunteo de las guitarras, estridor de las murgas, chirridos de las matracas, flauteo de los pitos, ruido y animacion universal.

Los madrileños no llevan á ninguna de sus fiestas la poesía que los meridionales. Entre el Prado de Madrid y las delicias de Sevilla, hay tanta diferencia como entre el Manzanares y el Guadalquivir. Es el Prado más propio de la córte, aparatoso como un salon de Palacio, rico y régio, adornado á mayor abundamiento en aquellos tiempos en que la casa de Borbon obligaba á todas las naciones de Europa á decorar

sus paseos y sus monumentos, como se decoraban los jigantescos palacios y los alineados jardines de Versalles. Pero desde las alamedas del Prado, no se ven las florestas de San Telmo con sus palmas y sus naranjales; no se descubre en lo léjos del horizonte la Torre del Oro acompañada por la gallardísima Giralda; no se mezclan las velas blancas de las naves con las verdes ramas de los árboles; no se oye aquel rio sonoro que parece irse al mar entonando melancólicamente los romances moriscos repetidos por las almenas, y por las celosías y por los ajimeses del mudejar alcázar. A la verdad, donde quiera que la palma viva, que el azahár huela, que el cielo reverbere espejismos de Oriente; que un gran rio murmure, que las olas del mar canten, que el calor meridional anime los campos y encienda las megillas, que el recuerdo de nuestras cruzadas contínuas habite, hay mucha más poesía indudablemente que en nuestras prosaicas llanuras del centro de nuestra pe-

nínsula. En Madrid hay feria, como hay feria en Sevilla. Pero comparad nuestros empolvados muebles, nuestros puestos de melocotones de Aragon, nuestras tiendas parecidas á barracas, nuestros viejos trastos, nuestro árido y triste paseo de Atocha con los gallardos ginetes andaluces, con las pintorescas serranas, con las gitanas que tienen toda la poesía de las razas orientales, con las tiendas parecidas á jardines y á salones de baile, con la poesía infinita de la feria de Sevilla, encarecida por todos los poetas, visitada de todos los extranjeros; viva como la naturaleza del Mediodía, llena de placer, y al mismo tiempo de esas melancólicas y poéticas ideas á que parece inclinado el génio incomparable de la bellísima y sin par Andalucía.

Pero aquí, allí, en toda España, hay algo comun que deslumbra; el cielo de nuestras noches de estío. Cuando levantamos los ojos y descubrimos los astros innumerables tachonando lo infinito, sentimos no tener alas para volar hasta

esos abismos de vida poblados de mundos, cuyas armonías quisiéramos oir como vemos sus divinos resplandores. La tinta azul oscura que la noche extiende en los espacios, parece destinada á que resalten las infinitas luminarias y su contínuo centelleo. Unas tienen color de oro, otras color de luna, muchas reflejos rojizos; éstas de verdaderos soles aspecto; aquéllas la indecision de gasas trasparentes ó la brevedad de cónicos gérmenes, todos la vida de la luz, alma del Universo, la cual, por etérea, por pura, por impalpable, se aproxima al sér y esencia de la idea. ¡Cuántas veces el pensamiento vuela entre esos planetas, esos mundos, esos soles para recoger su impalpable sustancia como la ténue mariposa vuela entre las flores para recoger en las ténues alas sus matices y bañarse en sus deliciosos aromas! Noches de Junio, en que la primavera se despide y envia sus últimos suspiros; en que el ruiseñor, criados ya sus polluelos, se calla y exhala sus

últimos gorjeos; en que el calor comienza á encender la tierra y el relampagueo de la exuberante electricidad á centellear por los rojizos horizontes; en que las rosas levantan el incienso de sus más delicados perfumes, y las fajas blanquecinas de la via láctea, comienzan á rayar en la bóveda celeste; ¡cuánto amor y cuánta poesía se encierran en tus misterios y en tus sombras!

Ricardo, que despues de dejar á Micaela tan pagada de su felicidad, no se apartó un minuto de Jaime, cuya herida, tomada por mortal en los primeros momentos, perdia gravedad en el concepto de los médicos, á medida que se revelaba á su ciencia, Ricardo, decia, salióse á eso de las once en la noche de San Juan á dar un paseo por el Prado, y ver si habia sucedido á la batalla del veintidos alguna animacion. Madrid estaba, á la verdad, de triste luto y en profundo duelo. Los comerciantes se habian presentado, pero apénas se habian presentado los compradores. Humeaba en la sarten el hirviento aceite;

resplandecian colgados de las ramas los faroles; exhalaban las verdes albahacas sus aromas desde los rojos tiestos; lucian las botillerías sus frascos y los aguaduchos sus botijos, y los teatros ambulantes sus polichinelas, y los dioramas sus vistas, y los organillos sus sonatas, y los confiteros sus provisiones, y los acróbatas su agilidad, sin que el bullicioso Madrid, que por el Prado se esparce todos los años en semejante noche, corriera á participar de la nocturna fiesta y á henchirla con su inagotable alegría. Veíase por este apartamiento, por esta invencible tristeza, cómo habia la poblacion peleado en el combate y caido en el desastre.

Ricardo, penetrado de esto, comenzó á pasear por las más apartadas alamedas y á perderse en los más vagos ensueños. Sus ojos, que buscaban en la creacion todo lo grande, como buscaba su alma en el pensamiento y en la conciencia todo lo divino, sus ojos erraron por el cielo y se perdieron absortos en la contempla-

cion de aquellas sus innumerables bellezas. Lo tíbio del aire, lo hermoso del horizonte, el centelleo de los astros, el aroma exhalado por los vecinos bosques, todo cuanto le circunda, le hablaba de esa pasion propia de la juventud, que emplea tan persuasivos llamamientos, porque completa y perfecciona nuestra débil naturaleza. Su alma necesitaba, más que apartadísimas estrellas, cercanas miradas. Sus manos se tendian casi involuntariamente hácia las rosas, y al sentir que no tenía para quién cogerlas, ni á quién regalarlas, dejábalas con febril y nerviosa repulsion. El mundo está vacío, pensaba para sí, cuando no se oye en sus rumores un suspiro; cuando no se ve en el centellear de su lumbre el rayo de unos ojos, cuando no se mezcla á sus espectáculos y á sus armonías un pensamiento de amor. No podia estar tan alto y tan lejano como el más apartado mundo otro corazon amante, con cuyo cariño compartir la inmensa pesadumbre de la vida insoportable, por

lo abrumadora, para una sola alma. Muy vívido era el incienso de las plantas, el resplandor de los astros, el magnetismo de la electricidad difundida en los aires; pero nada tan vívido como el amor. Ahí está, en ese reducido círculo, y no en el inmenso espacio, toda nuestra felicidad. Hácia ese centro gravitan nuestros sentimientos, y en ese fuego se encienden nuestras ideas. Despues de haberlo visto todo, y de haberlo todo gustado, no queda más verdadera aspiracion que el anhelo por un casto cariño recibido y pagado en modesto y limpio hogar. Fuera de eso, la vida es una tormenta contínua. Y Ricardo se volvia á todas partes como para pedirle al aire, al cielo, á la luz, á la noche de San Juan, que le trajera alguna revelacion del objeto amado para quien habia venido á la tierra. Nuestros cuerpos habrán sido amasados en el barro de la tierra, pero nuestras almas lo han sido en el amor de los cielos. Y como en cosa tan frágil cual nuestro cuerpo, no podria con-

tenerse fuego tan vivo cual nuestro espíritu, recibimos sólo media alma, lo bastante para no calcinar todos nuestros huesos, para no romper todo nuestro organismo, para no abrasar toda nuestra sangre, y andamos buscando la otra mitad depositada en el seno de una mujer, y no somos felices hasta que no la encontramos completando con su sér nuestro sér, y con su vida nuestra vida.

Cuando más embebido estaba Ricardo en tales reflexiones, oye un rumor de femeniles voces y femeniles faldas, semejante al cántico y al aleteo de gorjeadoras é inquietas avecillas. Y este rumor le obliga á volver la cabeza, y en cuanto vuelve la cabeza, se encuentra con hermoso grupo de encantadoras jóvenes ceñidas todas de esos vaporosos trajes de estío que tanta gracia añaden con su ligereza á las naturales gracias, é iluminadas con los reflejos de las varias luces artificiales medio ocultas entre los árboles, que tanto atractivo dan con su misterio á los natu-

rales atractivos. Habia en el franco regocijo de aquellas niñas, en el andar ligero, en los graciosos movimientos, en el natural abandono, en el decir sencillo al par de poético, tantas seducciones, que Ricardo, decidido á andar á la ventura por los paseos del Prado, se fijó en ellas y se dió resueltamente á seguirlas. Todos los pensamientos tristes se iban al rayo de aquellos ojos y al conjuro de aquellas risas. Parecia que tanto júbilo tornaba jubiloso al ánimo más triste. El corazon y el cerebro de Ricardo se sintieron como aligerados de todo peso, como poseidos de calor primaveral, como llenos de esperanzas, como renovados; así, que siguió aquel grupo encantador y oyó sus palabras varias, y recogió el magnético influjo de sus indescriptibles miradas. Ninguna de las jóvenes llega á los veinte años; y todas ellas, de tipos varios, tienen particulares encantos. Esta es rubia y pálida y delgada como la aparicion de Ofelia que atraviesa, luz entre sombras, las dudas y

los terrores y los remordimientos exparcidos en el más sublime de los dramas modernos, en el Hámlet; aquélla, por la línea esférica de su cabeza que anuncia la benevolencia, por la lumbre de sus ojos que anuncia la pasion, y por la esbeltez de sus formas que revelan la más acabada hermosura meridional, se asemeja completamente á una Vírgen de Murillo; es decir, á una sevillana perfecta; tiene la de más aquí, ese color pálido que á verdoso tira, tan frecuente en nuestras mujeres, pero contrastado con el correctísimo dibujo de sus facciones, el perfil oriental de su rostro, el encendido calor de sus ojos negros y brillantes, el ondear de sus cabellos del mismo colòr que los ojos; tiene la de más allá cierta crasitud impropia de sus juveniles años, pero en cambio, remata aquel cuerpo un tanto pesado la más hermosa faz que podia idearse, por sus griegas líneas, por su aguileña nariz, por sus labios rojos, por sus blancos dientes, por los hoyuelos de sus mejillas, por la

correccion de su barba partida en corte graciosísima, por la blanca y sonrosada tez llena de paz y de calma: en fin, ¿á qué detenernos más en esta descripcion? todas, sin excepcion, é iban más de diez, todas eran, ó lindas, ó graciosas, ó hermosísimas.

Si Ricardo hubiera tenido las costumbres españolas, digérales á hurtadillas miles de requiebros y miles de ternezas, aún á riesgo de disgustar á sus custodios. En efecto; alejados de ellas, bien que atentos á sus pasos, iban un matrimonio jóven, y un caballero de apuesta figura. Al ver á éste, los más indiferentes notaban su elegancia, su gentileza, su gallardía, y solamente por el color cetrino y el dibujo de los labios, dedujeran que pertenecia á la raza de los mulatos. La gravedad de este segundo grupo contrastaba con la ligereza y la alegría del grupo formado por las jóvenes.

Decíamos que si Ricardo tuviera las costumbres españolas, regalara con mil requiebros los

tiernos oidos de aquellas jóvenes. Y en efecto, nada tan español como la libertad que los hombres se toman para decirles cuanto les atraviesa por las mientes á las mujeres. Cuando estas bromas se contienen dentro de la más exquisita cortesía, pueden pasar como un desahogo de nuestro corazon exaltado; pero cuando llegan á temeridades de lenguaje, como las temeridades entre nosotros usadas y corrientes, desdicen de la antigua caballerosidad española, y ofenden al sexo cuyo principal escudo y cuya principal belleza es sin duda alguna el pudor. Muchas veces suelen decirse frases de una oportunidad incomparable, inspiradas por la natural influencia de una hermosura indecible. La imaginacion meridional, tan fácil para las súbitas improvisaciones, y tan rica en esas imágenes que relacionan el mundo externo con el interno, vierte su facundia inagotable en una frase pronta y deliciosa, donde se mezcla al ardor de la pasion el centellear de la idea, luz y fuego á un mismo

tiempo. Pero con la costumbre arraigada de hablar entre sí los hombres libremente, nada más fácil que convertir giros, interjeciones, frases de más ó ménos limpieza en piés forzados de toda conversacion, lanzarlos como la más natural de las expresiones á la frente inmaculada de una hermosa mujer, digna por mil títulos, y sobre todo por su sexo, á religioso respeto, que debe confinar en religiosísimo culto. De todos modos, cuando por el extranjero se viaja, por el Norte especialmente, se echa de ver en seguida la reserva con que son admitidas y tratadas por todos las mujeres, con las cuales no media ó antiguo trato ó ceremoniosa presentacion. Y verdaderamente contrasta esta reserva y esta ceremonia extranjeras con nuestros dichos, requiebros, chicoleos, con las frases de efecto, con las imágenes de brillo, con las palabras de doble sentido, con las ternezas que inspira en España la presencia de una hermosa mujer, contínuamente rodeada de esta clase de

homenajes. Pero Ricardo no se atrevió á desplegar sus lábios, ni á decir ni una sola palabra.

Bien pronto, sin embargo, la admiracion general que todas inspiraban, se fijó muy particularmente en una sola, en una que descollaba entre ellas por la singularidad de su belleza. Tendria como diez y siete años, y llegaba á lo que puede llamarse un portento, descollando entre sus compañeras, no por su mayor hermosura, sino por la naturaleza de esta hermosura, extraordinariamente singular y extraña. Sucede con la belleza femenil exactamente lo mismo que sucede con la belleza música. Una sonata suele no gustarnos á la primera audicion, y una mujer suele no atraernos á la primera vista. Cuando los oidos se acostumbran á la melodía, y la recogen y la aprenden y la hacen suya, como si saliera de la voz del propio sentimiento, aquella melodía arrebata. Cuando la mujer que á primera vista no os ha gustado,

consigue atraeros con su mirada, fijaros en su hermosura, seduciros, ó con una de esas palabras, ó con uno de esos suspiros, cuyo secreto ella sola posee, concluye al fin por cautivaros, como si ella sola existiera en el mundo.

Ricardo se fijó á los pocos pasos, pues, en la jóven á quien sus compañeras llamaban Elena con mucha frecuencia, y que pertenecia á ese género de hermosura poco adsequible á primera vista, y sin embargo, perfectísima. Ciertas perfecciones de aquella tentadora Elena al pronto no podian advertirse. No se podia advertir su brevísimo pié, cubierto por los pliegues de su largo traje, no se podia advertir toda la pequeñez de sus manos. Y al mismo tiempo que no se podian advertir estas perfecciones tampoco ciertos defectos que necesitaban especial estudio; lo corto de aquellos sus brazos y la media luna entre morada y azul que se veia en la raíz misma de sus uñas. Pero podia advertirse á primera vista el color moreno de una

gracia y de una trasparencia verdaderamente indecibles; los ojos negros, de una profundidad insondable; la nariz de un corte estatuario, arrancando de frente espaciosísima; el dibujo ovalado de aquella cara, que no hubieran podido trazar mejor los dos primeros dibujantes de la Historia, Fidias en lo antiguo y Rafael en lo moderno; la boca grande y los lábios gruesos, que al abrirse revelaban unos dientes de armoniosísimas proporciones y de nívea blancura; el aire de su persona, en que mezcló naturaleza á la majestad más solemne el más exquisito recogimiento y la más sencilla modestia.

Elena tenía lo que llamaban los latinos *prestancia*, una hermosura imponente, sin dejar de ser femenina y delicada. La suavidad era en ella como la fragancia en las flores, esencia misteriosa que se exhalaba de cada una de sus facciones como de cada una de sus palabras. A esta suavidad inexplicable mezclábase la proporcion más completa, y de tal suerte, que las

líneas de sus formas cumplian y realizaban la más acabada armonía. Su belleza era naturalmente la belleza femenina, delicada, suave, melodiosa, á expensas de la energía y de la fuerza. Aquella mano era breve, diminuta, suave, como destinada á las caricias. Aquella su frente, por lo ancha, revelaba la más centelleante fantasía. No habia en sus músculos ninguna contraccion, ni en su cutis ninguna arruga, y por lo mismo era su virtud culminante la serenidad. Tenía los ojos grandes, y no saltones, más bien salientes, como anunciando con su luz aquella fisonomía de una atraccion irresistible, cual anuncia el faro los escollos. Sus labios aspiraban el amor, y parecian pedir un beso hasta al aire que los circundaba. A estas cualidades propias de una hermosura europea, reunia la oriental languidez, que tan admirablemente cuadra á la hermosura americana, de suerte que Elena estaba llamada por su belleza propia, y por la singularidad de esta belleza, á

ejercer un soberano influjo en cuantos la rodeaban, y causar grandes extragos, como decirse suele entre nosotros, en los exaltados corazones de los entusiastas y ardientes españoles.

Siguió el jóven á las bellísimas niñas por el Prado, y oyó sus conversaciones, y bebió en esas conversaciones multitud de ideas, que despertaron en su pecho multitud de afectos. Una deshojaba blanca rosa para interrogarla sobre si el amado ausente la queria ó no. Otra dejaba errar sus ojos azules por las apartadas estrellas, y decia que solamente en aquel regazo depositaria sus secretos. Ésta recitaba unos versos sentimentales, que hablaban cadenciosamente del amor. La otra modulaba una melodía beliniana, de esas que encierran las tristezas del alma y las nolstalgias del corazon. Todas al fin se mostraban afectuosas y tiernas para el sentimiento. Sólo Elena aparecia entre aquel coro como indiferente y superior á las humanas pasiones. Cuando sus compañeras lanzaban algun suspiro,

ella se sonreia con una sonrisa de candor que revelaba la más pura inocencia. Cuando todas hablaban de sus pasiones, ella sólo hablaba de sus viajes. Y Ricardo recogió de las palabras sueltas que llegaban hasta sus oidos la especie de que Elena, como viajera, iba el domingo próximo á la plaza de toros á experimentar las emociones de nuestras azarosas corridas. Mucho disgustó esta resolucion al jóven, porque era irreconciliable enemigo de los toros; pero se reconcilió un tanto con semejante ocurrencia, cuando supo que la realizaba por mandato de sus padrinos, á los cuales no podia negar cosa alguna, y que repugnaba realmente tal espectáculo á su corazon. Lo cierto es, que durante mucho tiempo siguió Ricardo embebecido al coro de las muchachas; volvió cuando ellas volvian; se paró cuando ellas se paraban; y no pudo resistir al poder de su atraccion y de su influjo. Pero, entre todas, tenía especial virtud para fijarle Elena, en cuyos ojos se miró varias veces absorto. El mi-

rar de la jóven resplandecia entre todas aquellas miradas con ardientes resplandores. Su cabeza descollaba sobre todas aquellas angelicales cabezas. Sonreíanse sus lábios, con una gracia tan natural y tan sencilla, que provocaba á esos sentimientos afectuosos, tiernos, duraderos, cuya falta de intensidad está de sobra contrastada por su larga vida, como que llegan á confundirse con nuestro propio sér, y á formar como parte de su esencia. Era Elena el retrato de la ternura, de la delicadeza, de la sensibilidad, de la inocencia, de toda esa parte femenil de la naturaleza humana, que parece venida al mundo para encantarlo y esclarecerlo, y convertirlo en el edén perdido, que ya se esconde en nuestros recuerdos, ó ya renace en nuestras esperanzas. Ricardo, sin darse cuenta casi de lo que hacía, aplicaba el oido con tanta atencion al coloquio de las jóvenes, que acababa por saber todo cuanto atañía á la niña que, á lo ménos por aquel momento, habia sostenido y fija-

do su atencion. Venía de Méjico. La acompañaba un matrimonio, engalanado con el condado de la Floresta, el marido habanero, la mujer mejicana. Y solamente tenía padre, sin que nunca hubiera conocido á su madre. Con tanta porfía siguió las conversaciones, las preguntas, las respuestas, las confidencias de las jóvenes, que se enteró de todo cuanto le convenia saber, y lo guardó avaro en su memoria.

A las altas horas de la noche volvió á su casa, y penetrado de que el herido Jaime dormia perfectamente, se encerró en su cuarto. Parecíale que algo nuevo pasaba por todo su sér. Parecíale que un extraño afecto, nunca ántes sentido, embargaba por completo su corazon. Queria pensar, y la imágen de la jóven se interponia entre su voluntad y su inteligencia para distraerle de todo pensamiento que no fuera la contemplacion de aquella recien aparecida imágen. Queria dormir, y la idea fija en el alma revelada á su alma le quitaba el sueño. ¡Qué

trasformacion! Ya no estaba sólo como ántes. A su aislamiento habia sucedido la correspondencia con un corazon que, distinto del suyo, era del suyo complemento. A veces creia que adelantaba mucho el juicio y que sentia verdaderos desvaríos, inexplicables por lo fugaz de la aparicion que se deslizó como un sueño por sus ojos. Pero el pensamiento, el corazon volvian solícitos á la porfía de sentir y de pensar siempre lo mismo. Apagó la luz y se encendieron los luceros de aquellos ojos encantadores. Cerró fuertemente los párpados para no ver ni las sombras, y la voz dulcísima se deslizó en su oido. Quiso convertir su pensamiento á los problemas filosóficos á cuya contemplacion le llamaba el hábito, ya antiguo, de ejercitar su razon, y volvió á caer rendido por el éxtasis ante aquella imágen del amor. Quiso pulsar las cuerdas de su lira, trasportarse en alas de la imaginacion al cielo de las inspiraciones artísticas, y le dominó de nuevo la realidad que

tenía impresa en la fantasía como en la retina, y en la retina como en el corazon. Se alejó de todas estas esferas de la actividad, y se fué á pensar en la emancipacion del género humano, á ver si le distraia pensamiento tan absorbente de este amor tan imperioso. Hasta el ídolo de la libertad apareció pálido á su vista en comparacion del ídolo á quien acababa de ofrecer un altar en su pecho. Las tristezas y las desgracias humanas no le conmovieron, no, en aquel momento como en otros momentos de su vida. Era tanta su felicidad interior, que le irradiaba sobre todos los objetos exteriores. Una punta de egoismo comenzó á penetrar en aquel corazon abierto al Universo entero, cerrado sólo al propio interés y al amor propio.

Estaba visto; en una sola noche habia sentido toda la fuerza avasalladora del amor. Cien veces apagó la luz, y cien veces volvió á encenderla. Cien veces se tendió en la cama, llamando el sueño á su auxilio, y cien veces se irguió sin

poder pegar los ojos. Cien veces abrió los balcones, y cien veces los cerró maquinalmente, sin saber ni por qué los abria ni por qué los cerraba. Cien veces hojeó sus libros más favoritos, sus obras más queridas, y leyó páginas enteras sin saber qué habia leido. Cien veces contempló las obras de arte que otras veces le distraian, sus estatuillas, su álbum de dibujos, su coleccion de acuarelas, y todo le pareció frio, descolorido, indigno de su atencion y de su interés en aquella noche misteriosa que habia doblado su vida y decidido de la vocacion de su alma. Hasta la contemplacion de las estrellas le cansaba; esa contemplacion en la cual habia consumido por otro tiempo noches enteras de reveladores desvelos. ¿Qué parte del cielo podia compararse con la frente de la hermosísima jóven? ¿Qué estrella del firmamento podia lucir como lucía aquel mirar celeste? ¿Dónde buscar rayos de luz comparables á las hebras de su cabellera? ¿Dónde recoger una corriente de

magnetismo como la corriente que despedia aquel breve cuerpo centelleante de vivificadora electricidad? Estaba enamorado. Pero en el atolondramiento que le produjera la aparicion de la celestial mujer, no habia pensado cómo verla de nuevo, ni cómo averiguar las señas de su casa. En una de aquellas vueltas habia Elena subido á su coche y habia desaparecido á la vista de Ricardo. Así, éste solamente pudo recordar el anuncio de que iria á los toros. Pues á los toros tambien iria Ricardo por vez primera en su vida.

CAPÍTULO VI.

DIÁLOGOS FILOSÓFICOS.

A los pocos dias estaba Jaime sentado en amplio sillon de baqueta, departiendo con sus dos amigos, el optimista Arturo y el pesimista Federico, en la convalecencia de su herida, y hablando con ellos de los varios asuntos que pueden servir de tema á una conversacion juvenil.

—Aún no rayaba el alba del 22 de Junio cuando ya se veia venir la derrota.

—Yo lo predije, afirmó Federico; yo lo anuncié.

—Y tus predicciones y tus anuncios siempre

son lo mismo, le dijo el enfermo; con presagiarlo todo mal, estás despachado. Y como en el mundo abundan más los males que los bienes, por regla general aciertas, y luégo la echas de previsor y áun de profeta.

—Tú mismo reconoces la superior abundancia del mal sobre el bien; luégo tú mismo convienes con mi filosofía.

—No; el reconocimiento de que abunda el mal me inspira la idea de combatirlo con todas mis fuerzas y ahogarlo en la abundancia del bien; miéntras que tus opiniones pesimistas te llevan á una resignacion musulmana y á un fatalismo...

—Vamos, hay mucho malo en el mundo.

—No puede decirse eso en esta casa, observó Federico, en presencia de Jaime, al lado de Ricardo. Este ha sido una hermana de la Caridad. Si le sondeaban á Jaime la herida, apercibia todos los instrumentos como un auxiliar de cirujano. Si le propinaban alguna medicina, la

preparaba, la apercibia, la gustaba como un ayudante de Farmacia. No hay en ningun hospital de Europa enfermero semejante á él. Resiste al sueño como si fuera superior á las necesidades humanas. Pasa de pié, á la cabecera de una cama, no ya horas, dias enteros. Conoce las crísis de las enfermedades como un médico. Cura, lava, sondea como los practicantes del Colegio de San Cárlos. Consuela como un sacerdote. Acaricia como una madre. Riñe, si es preciso, como un maestro. Cumple las disposiciones de la cura con el rigor de un militar ordenancista. Sus virtudes...

—¿Y las he negado yo nunca? La excepcion confirma la regla general. Además, el diablo, que tiene en sus garras engarzados los mundos; el diablo, que en los espacios infinitos tiene tendida su telaraña inmensa de sombras, envolverá por alguna parte á Ricardo como á todos los mortales. Este Jaime es otro modelo de buenos muchachos. Pues ahí le tienes postrado,

herido, despues de haber puesto su vida á dos dedos de la muerte por una idea de cuya esencia real todavía no se ha enterado, por una idea no demostrada, por la libertad.

—¿No crees tú en la libertad? le preguntó Jaime al pesimista. Pues entónces, ¿en qué, en qué crees tú?

—No creo en la libertad porque no creo en la voluntad. El acto que parece más libre está determinado por un motivo. Luego la voluntad obedece al motivo como la máquina obedece al motor, y el motor á la fuerza impulsiva. Yo vengo á verte porque siento necesidad de ello; no podria hacer otra cosa. Luego mis hechos son como mis afectos, necesarios. La causa que os parece más universal, resulta miserable efecto de otra causa anterior. Crees que la sangre se vuelca en el corazon y lo hace oscilar como un péndulo, y no piensas qué sería de esa sangre tan roja y tan ardiente, si allá en los abismos del espacio se apagara el sol, ó aquí en la su-

perficie de la tierra se extendiera más de prisa la creciente rotonda de hielo que cubre nuestro polo. Todo acto está provocado por un motivo; todo motivo determinado por una fuerza; yo soy de esa fuerza tan esclavo como lo es de la gravedad el astro mayor que ahora oscila en lo infinito y la barbilla de pluma que ahora vuela por el aire. El Universo es una inmensa mesa de billar por donde van rodando una porcion de bolas. Yo no sé quién tiene el taco en la mano. Pero sé que las bolas todas se mueven al choque de ese taco, que engendra el movimiento universal. Y me forjo la ilusion de que yo me muevo á mí mismo, cuando no podria moverme sin los músculos, ni los músculos moverse sin el fluido que corre por los nervios, que acaso se desprende de una nube misteriosa ó de una aurora boreal apartadísima. Me muevo, pues, por fuerzas independientes de mi voluntad, y propias del Universo. Como la partícula de hierro que colora mis venas, como la estela de fósforo

que corre por mi cerebro, como la paletada de cal que compone mis huesos, no me pertenecen á mí esas fuerzas, sino que pertenecen á la Naturaleza. Una modificacion engendra necesariamente otra modificacion que ha de seguirla, aunque nos opongamos con toda nuestra voluntad y ejercitemos todo nuestro albedrío. Así el carácter humano resulta tan inmutable como esa piedra fria. Yo seré pesimista porque mi bilis incurable me inspira una tristeza eterna; y Arturo será optimista porque su salud de hierro y su temperamento le llevan á una alegría que quisiera comunicar á todas las cosas creadas é increadas. Pero ni él podrá dejar de ser optimista, ni yo pesimista, aunque quisiéramos con decidida resolucion. Nacemos buenos ó malos, como nacemos con los ojos claros y los labios gruesos, ó al revés. El Universo en que me hallo encerrado, como la alimaña prisionera en su jaula de hierro; la materia á que pertenezco, y de cuyas fuerzas no puedo en ma-

nera alguna escaparme; el vaso de este imperfecto organismo que contiene y guarda el alma; la fatalidad de un carácter formado para mí quizás ántes de que la vida se animara en mis huesos; lós impulsos internos de mis pasiones y los impulsos externos de las fuerzas cósmicas; todos estos motores determinantes aparecen tan poderosos á mis ojos, que no le dejan á la libertad ningun espacio; de suerte que tú, Jaime, generoso Jaime, has combatido en combates hercúleos; has derramado tu sangre en holocaustos sangrientos; has puesto tu vida en peligro inminente de muerte, tan sólo por una ilusion del espíritu, desvanecida en cuanto se la mira con el razonamiento y se la prueba en la experiencia.

—Vé á todos los diablos con esa filosofía. No quiero ser sabio, si á consecuencia de mi saber pierdo mis mejores ideas. Obedecerá mi cuerpo al fatalismo de la materia, pero mi alma obedece á la libertad. Podrán moverla motivos siempre;

pero esos motivos son tan mios como mis propias resoluciones. Porque la conciencia mueva la libertad no deja la libertad de ser y de someterse voluntariamente á la conciencia. Y la prueba de que se somete voluntariamente es que, al no someterse, recibe el aviso de los remordimientos y el castigo consiguiente á no haber procedido bien. Si me arrancas la libertad del alma, me reduces á ser, y reduces conmigo á todo el género humano, como inmensa legion de polichinelas en este teatro del Universo, movidas por un hilo invisible. He peleado en favor de la libertad, y la libertad es una idea real. He trabajado por la emancipacion de los pueblos, y el sentido comun responderá á todas esas cavilosidades filosóficas, dividiendo los pueblos en libres y esclavos. Eres mucho mejor, Federico, que tu filosofía. Si fueras á ella fiel te sujetarias el mal, porque el mal es necesario. No creerias en el mérito y en el demérito de las acciones, porque son forzosas. Te

pareceria cada hombre el tornillo de una máquina inmensa, montada por un maquinista colosal que nos domina á todos con la fuerza incontrastable de la fatalidad. Será mentira cuanto yo pienso, y sin embargo, prefiero morir por esas mentiras á vivir con tus verdades.

—Luego, añadió Arturo, vemos crecer á cada paso y á cada momento la libertad en el hombre como crece la vida en el Universo. La historia humana en el fondo no es otra cosa que la victoria sobre la fatalidad. Vencemos las fatalidades de la materia con el instrumento de la industria y los esfuerzos del trabajo; vencemos las fatalidades sociales en otro tiempo tan incontrastables, con las instituciones modernas verdaderamente instituciones libres; vencemos las fatalidades de nuestras pasiones, con el vigor adquirido por la conciencia y el conocimiento claro de la moral; vencemos los monstruos que por todas partes abortan contra nosotros los abismos, porque llevamos en una mano la clave

de Hércules, y en otra mano la antorcha de Prometeo. Yo soy al revés de tí, Federico. Yo si atiendo al Universo, oigo un *Te-Deum* elevado á su Creador en coro por todas las cosas creadas; yo si atiendo á la tierra, veo que de aquellos períodos de catástrofes y de combates hemos pasado á este período de paz y de armonía en que el trabajo produce todo lo necesario á nuestra conservacion y á nuestro sustento; yo si atiendo á la historia veo la ergástula vacía, la cadena del siervo rota, el potro del tormento destrozado, la noche de la ignorancia vencida; en la atmósfera los montgolfieros anunciándonos que algun dia tendremos alas; en los mares la campana del buzo, diciéndonos que exploraremos los líquidos abismos; en nuestras manos el lente que conjura los astros á bajar hasta nuestra débil vista; el rayo que se amansa hasta convertirse en nuestro mensajero; el aire que se descompone en gases; varios; los signos todos de nuestro imperio sobre el fatalismo de la

materia y los títulos nobiliarios de nuestro derecho. Oscurece cuanto quieras el disco brillante de la conciencia humana con tus artificiosas ideas; sumerge cuanto quieras la voluntad en el Océano sin fondo de la vida universal; mira en todas partes el límite y las sombras; por tu empeño, no dejará de resultar que así como el tono grave y el agudo contribuyen á la armonía de la música, y el color y la sombra al esplendor del cuadro, y la risa y el llanto á la hermosura del drama, y la alegría y el dolor al contraste de la vida; lo que crees tú mal, resulta al postre bien: que el conjunto de la Naturaleza es bueno, y el sér de los seres, Dios, es tanto el bien supremo, como el supremo amor.

Apénas pronunciaba Arturo esta última palabra, Ricardo salia de su cuarto y entraba en el cuarto de su amigo Jaime, á cuyo cuidado consagrara esa tenacidad en el cumplimiento de sus deberes y en la práctica del bien que constituian como el fundamento de su carácter. Su-

cedíale en aquel momento cual nos sucede siempre que tenemos alguna superSticion; teñía con ella todos los objetos, y con ella relacionaba todos los sucesos que veian los ojos y todas las palabras que á sus oidos llegaban.

—Amor, habeis dicho, exclamó.

—Amor, repitió Arturo.

—Hablábais de Dios, y hablábais del amor.

—Juntamente, observó Jaime.

—Y teníais razon. Dios es amor; y el amor es Dios.

—¿Estarás por ventura enamorado? le preguntó Federico en tono socarron.

—Se distrae mucho, se absorbe en pensamientos bien tenaces; dijo con profunda conviccion Jaime.

—¡Enamorado! exclamó con admiracion Federico.

—Yo no diré que me halle enamorado, pero digo que no soy quién ántes era, que no siento en mí el mismo sér que ántes sentia.

—Vamos á estudiar los síntomas de la enfermedad; dijo el pesimista tomando la muñeca de su amigo, como para pulsarlo.

—Enfermedad divina como la inspiracion; enfermedad preferible á la salud. Tristeza sublime como la tristeza del génio, pero tristeza preferible á todas las alegrías.

—Síntomas, dijo el socarron; poco sueño y poco apetito. Desprecio de todo cuanto no sea ella. Consagracion completa á una sola idea. Por todo recuerdo, haberla visto, y por toda esperanza, volverla á ver. El cerebro ocupado por su imágen, el corazon dolorido de su amor, una pena honda más grata que todos los placeres, un suspiro contínuo como desahogo al pecho de un sólo sentimiento henchido, y por lo mismo estallando. La color pálida, los ojos errantes, la cabeza echada hácia atrás, los labios vibrando como si cantaran, las cejas juntas como acontece en la contemplacion interior, la idea fija en el objeto amado, los espacios llenos de la luz de

sus ojos y de las sombras de sus cabellos, el espíritu lleno de sus miradas y de sus palabras.

—Bien, bien; exclamó Jaime aplaudiendo irónicamente.

—Parece que has encontrado ya algo bueno en este mundo, observó al pesimista el optimista.

— Como que tambien tengo en este punto mi filosofía.

—Ya verás como nos recita un trozo de Schopenahuur, dijo el optimista á Jaime.

—¿Cómo has dicho? respondió éste. Nombre verdaderamente impronunciable que debe ser aleman, pues huele á chop y á cerveza.

—Y tú, dijo el pesimista á su eterno contrincante; cuando nos recitas una de tus odas al progreso, cuando entonas uno de esos cánticos, no haces más que traducir una de las profecías socialistas que el génio de San Simon ha inspirado á Krausse.

—¿Qué sabemos de dónde vienen ni á dónde

van las ideas? dijo Arturo. Flotan en los espacios como esos corpúsculos impalpables que componen los rayos del sol y que se mueven agitadísimos en una danza perpétua. Pregúntale á la gota de rocío dónde está el barro de que se ha evaporado y dónde el aliento de la atmósfera que la ha convertido de vapor en líquido y y la ha cuajado en las hojas de la rosa. Así como no sabemos de dónde ha provenido el oxígeno necesario á nuestra respiracion, tampoco sabemos qué inteligencia ha producido primero las ideas y las ha comunicado de unos espíritus á otros espíritus en el movimiento universal, que impulsa las almas, como impulsa los cuerpos. Me asimilo el aire de la atmósfera, el calor de la luz, el átomo de hierro ó el átomo de cal perdido en la tierra; me asimilo tal inspiracion, que se escapa de un cántico; tal nota, que se escapa de una cuerda vibrante; tal idea, que se escapa de una inteligencia superior, alimentándome del espíritu universal en mi alma, como de la

vida universal mi cuerpo se sostiene y alimenta. De consiguiente, perdona mi impertinencia como yo perdono la tuya, y hablemos segun nuestra razon, sin curarnos de la fuente ni de la propia prosapia de nuestros pensamientos.

—Yo ignoro si álguien lo ha dicho, pero como es cosa vulgar, entiendo que sí, añadió Ricardo: nadie se libra del amor y su imperio. Le obedece en la cohesion el átomo que se junta á otro átomo y le obedece en la atraccion el cuerpo que se suspende de otro cuerpo. Es la vida y la muerte; es el reclamo que llama y la guerra que separa. Es el placer de los placeres mezclado al dolor de los dolores. Cuando queremos analizarlo, se escapa rápidamente á nuestro exámen; no lo encontramos en ninguna parte, como en ningun hueso, en ningun nervio, en ninguna fibra encontramos el espíritu que vivifica al cuerpo; y lo sentimos como una atmósfera invisible é impalpable rodeando todo nuestro sér y exclareciéndole y manteniéndole

con su alma luz y su calor fecundante. Las fuerzas magnéticas que tiene el imán para los cuerpos, tiene el amor para las almas. No querais, repito, examinarlo; se rompe al exámen de nuestro juicio, como se pierden las ténues alas de la mariposa al contacto de nuestros dedos. Tiene mil aspectos y mil matices. Obedece á la razon suprema, y le aqueja la suprema locura; ilumina y ciega; vivifica y mata. Mucho nos hace padecer, pero preferimos con él todos los dolores, á tener sin él todas las alegrías. Hijo de la luz, ama las tinieblas; publicado por los ojos, por los suspiros, por la contraccion de los labios, quiere el secreto. Se pierde en una efusion inconcebible, y se llama el mayor egoismo. En su seno se mezclan el fuego de los infiernos con el éter de los cielos. Es la vida, porque es el conjunto de todos los contrastes; y es el Universo, porque á un tiempo destruye y renueva. El alma tiene un alma, que es el amor. Por eso la luz y el alma se parecen; por-

que la luz tiene calor, y el alma tiene amor. Y como el calor vivifica todas las cosas, el amor vivifica todas las ideas. Si lo suprimiérais, habríais suprimido la estrella en el empíreo, y el arte en la tierra. Si lo interrumpiérais, habríais interrumpido la cadena que liga á todos los seres, y la perpetuidad y la trasmision de nuestra vida. Alma de las cosas, eres el rayo tibio de la luna, el beso de la estrella, el aliento que hincha la ola, el aroma que exhala el calor de la flor, la chispa de electricidad que culebrea en las nubes tempestuosas, el carmin que tiñe la mejilla de la vírgen, el sueño que embarga la mente, el ala que sostiene la inspiracion, el deseo que lleva unas almas al seno de otras almas, el fuego que mantiene el Universo, la fuerza que junta en el gran todo las cosas, la armonía de las esferas, el instinto que reune los seres. Sin el amor, la idea no vendria á visitar nuestras almas; sin el amor, la religion no se levantaria en las riberas que juntan la vida con la

muerte para señalarnos la eternidad; sin el amor no cantarian su coro inmortal las inmortales artes. Amor, amor bendito.

—Mucho, mucho has hablado, Ricardo, y muy elocuentemente; pero en verdad te digo que has hablado del amor como un poeta, y no como un hombre. Has recorrido desde la agrupacion de los átomos en la materia hasta las efusiones del alma en la poesía, y no has dicho la palabra que todo lo contiene y lo resume todo. Somos individuo y especie. Y por eso tenemos dos pasiones predominantes; el instinto de la propia conservacion, que nos mantiene como individuos, y el amor que perpetúa y mantiene la especie. Soberano puede llamarse el instinto de conservacion, pero más soberano aparece todavía el instinto del amor. No nos importa por él destruirnos, ni gastarnos, ni morir, porque merced á él conservamos la vida en nuestros descendientes y la inmortalidad en nuestra estirpe.

Los seres se engendran por el amor, y el amor recorriendo é identificando en sus placeres y en sus caricias los dos sexos opuestos, completa la humanidad. Por eso el deseo recorre la escala de todos los seres, y al amor podemos llamarlo con verdad el deseo de los deseos, puesto que en sus besos de fuego y en sus deliquios de entusiasmo se forjan los seres y se eternizan. Así el amor tiene un aspecto de placer y otro aspecto de sacrificio. Atraido por el placer, dispensa la vida, y la gasta, y la evapora, y la disipa, á fin de conservar y de perpetuar la especie. Sin el ejercicio de la mente áun se concibe la vida; pero no se concibe sin los latidos del corazon. De aquí necesariamente los espejismos infinitos, los celajes divinos, las atracciones misteriosas, las fuerzas incontrastables, los magnetismos irresistibles, puestos por la naturaleza en el amor. Lo necesitaba para la perpetuidad de las especies, y lo ha mantenido como el fuego mismo de la vida. Por esta razon

no hay felicidad como sentir el amor, ni pena como perderlo. La mujer completa al hombre, y el hombre y la mujer reunidos perpetúan la especie. El amor funde, pues, en una sola dos almas, á cuyo alrededor, en nubes de poesía, brotan, como en los cuadros de nuestros pintores místicos ¡ay! los niños sonrosados, los ángeles amorosos, los lazos eternos de la pasion, los hijos, por los cuales y para los cuales se ha avivado en el alma esta fuerza misteriosa, á la cual se halla entregada por el Universo la perpétua duracion de la vida.

—Ricardo, dijo Arturo, ha poetizado mucho, y tú, Federico, has ràzonado mucho el amor. Para mí ni es ese calor universal que pinta las flores y pone la serenata en la garganta del ruiseñor, ni es esa pasion reflexiva que sólo se propone perpetuar la especie, y que sólo desea tener sucesion y legar una herencia. Los seres verdaderamente enamorados no se ocupan sino el uno del otro; no se consagran sino

al placer de amarse por el amor mismo. La pasion brota con una espontaneidad que excluye todas esas consideraciones *à posteriori*, las cuales muestran el amor en su filosofía, como el naturalista muestra los animales en su gabinete, disecado. El amor es un deseo tiránico. Y lo primero que tras sí el deseo se lleva con irresistible ímpetu, como un huracan ó como una inundacion, es la voluntad. Por eso podemos llamar al amor esclavo del deseo. Por eso no razona, sino que se deja arrastrar del sentimiento, ansioso por esas emociones convertidas en delirios, deliquios, éxtasis; por esas emociones en las cuales perdemos y enajenamos nuestro sér, como si de él voluntariamente nos despojáramos para depositarlo en el regazo amado, y allí disolverlo y diluirlo cual un suspiro en el aire ó una lágrima en el mar. Sentir, sentir mucho, en eso consiste el amor, y no importa que sea pena ó alegría, celos ó satisfaccion, duda ó fé, desesperacion ó esperan-

za, infiernos ó venturas, con tal que sea sentimiento. Aman los que padecen, y padecen los que aman. Un suspiro, una melodía, la vista de un cuadro, la reflexion más sencilla, el espectáculo de los ajenos dolores ó de las ajenas venturas, todo exalta al sér apasionado á quien arrebatan las inspiraciones del amor. La fantasía se apodera de las facultades intelectuales y el sentimiento de las facultades morales. El sol resplandece para iluminar el objeto amado; la vida brota, para refluir toda entera en su seno; léjos de su presencia, ni se respira ni se vive. La idea de la inmortalidad se mezcla al sentimiento y á la pasion. Donde quiera que haya un átomo nuestro, allí habrá un rescoldo de ese amor infinito. No queremos el cielo, si la mujer querida no ha de estar allí; y con ella, en su compañía, nos reimos de las llamas del infierno. Francesca tiene un consuelo allá en los tristes círculos de tinieblas, por donde vuela plañidera en castigo de su adúltero beso;

que Paolo no se apartará jamás por toda una eternidad de su lado. Decidle si quiere convertirse sin Paolo en querubin de las alturas celestes, y se precipitará, abrazándolo más fuertemente todavía, de cabeza en lo profundo del infierno. El alma enamorada no ve en la creacion más que á su amado; no descubre en los altares más que su sombra; no oye en los rumores de la naturaleza más que su voz; le importa poco, poco la honra ó la deshonra, con tal de ser suya para siempre. Lloro, dice Eloisa, no las faltas cometidas, sino la imposibilidad de cometer otras nuevas. Llámame tu esposa ó tu manceba. Bien sabe Dios cuánto más temo el ofenderte á tí que el ofenderlo á él. Ved ahí la pasion; ved ahí el amor.

—Magníficamente hablado todo eso, dijo Ricardo. Pero créeme á mí, lo florearias ménos si lo sintieras más.

—¿A qué disertar? Preguntó Jaime con verdadera oportunidad. Tales disertaciones no con-

ducen á nada. Valiera más, Ricardo, que nos contaras tus amores, y nos describieras la feliz mujer de esos amores causa, de esos amores objeto.

—Si no sabria deciros lo que pasa por mí.

—No sabes decirlo tú, tan elocuente.

—He perdido la palabra, como casi, casi he perdido la razon.

Los tres jóvenes se echaron á reir á tal observacion.

—¿Os reis?

—¡Pues qué hemos de hacer al verte tan mudado! Respondió Jaime.

—No sé cómo vas á amar, si llevas al amor el ímpetu que has llevado á la caridad, dijo Federico.

—Alma de bronce necesita tu amada, para no fundirse en el fuego de tu amor.

—Mirad, es cosa cómoda hablar desde la indiferencia. En esas alturas heladas en que estais discurris admirablemente.

—Ya te hemos dicho, le observó Jaime, que no queremos discursos, ni pronunciarlos, ni oirlos; queremos noticias.

—Háblanos de tu amada, dijo Federico.

—Descríbela, añadió Arturo.

—Nos interesa tanto como á tí. En ella habrás puesto, como es natural, tu felicidad, y ya sabes cuánto tu felicidad nos importa.

—No espereis que os diga ni una sola palabra.

—Reservado estás, le dijo Federico.

—Reserva bien contraria á tu carácter, añadió Arturo.

—No quereis oirme ahora, y no vais por consiguiente á comprenderme jamás.

—Pues habla.

—Ahí está la dificultad.

—¿En hablar?

—Justamente, en hablar.

—Vamos, Ricardo, no te la eches ahora de silencioso y cartujo.

—Se habla cuando se sabe lo que uno piensa ó lo que uno siente.

—Pero la palabra tiene una rebeldía indomable para expresar estos sentimientos vagos, indescifrables, incomprensibles, que ahora me poseen. Respetad mi silencio, que despues de todo no oculta ningun secreto. Me ha sucedido lo que no podia ménos de sucederme á mi edad. He visto una jóven hermosa, y francamente, la he amado. A estas horas ignoro hasta quién es, ni dónde vive. Todo cuanto sé es que me ha herido, que me ha desvelado, que ha venido á apoderarse de mi corazon por entero, y si no de mi corazon, de mi memoria, en la cual vive su recuerdo, su imágen, su mirada, las pocas palabras que le he oido. No hay nada de extraordinario ni de novelesco en mi afecto. La he visto y la he querido. Trataré de que sepa mi amor. Trataré de saber si puedo contar con su correspondencia. A esto queda reducido todo cuanto sé y todo cuanto podeis saber vosotros.

No me pregunteis ya más, aunque creais que no puedo deciros ménos. Dejadme conservar en mi interior esta pasion que parece profanarse y perderse en nuestras conversaciones.

Y los tres jóvenes, comprendiendo que molestaban á Ricardo insistiendo mucho en el tema de sus amores, le dieron de mano, y tramaron otras conversaciones ménos interesantes y ménos necesarias al curso y desarrollo de nuestra historia.

CAPÍTULO VII.

UNA CORRIDA DE TOROS.

No ha visto animacion bulliciosa en ciudades quien no ha visto á nuestro Madrid en tarde de toros. Mucho se contiende y disputa acerca del orígen de tal fiesta. Unos dicen que la debemos á los árabes; otros, que la tenian ya, como demuestran ciertas monedas, los antiguos iberos. Para corroborar la primera tésis se fijan sus mantenedores en la aficion que tienen los andaluces al toreo; y para corroborar la segunda se fijan sus mantenedores en la mayor aficion aún de los vascos, de los navarros y de los aragoneses. No afirmará cosa nueva ni extraña quien

afirme que los españoles tienen desmedida aficion á la fiesta nacional. Y no ofenderá á Madrid quien diga que si los españoles tienen desmedida aficion á la fiesta nacional, los madrileños merecen la capitalidad de España por su capital devocion á estos espectáculos. No empiezan los toros cuando se echa la llave, y se despeja la plaza, y se presenta la cuadrilla; empiezan ántes, en las disputas de taller sobre si los bichos de Miura son más bravos que los bichos de Veraguas, y Frascuelo más listo que el Tato; en la visita al Monte de Piedad y á la casa de empeño, cuando no hay otro recurso, para procurarse algunos cuartejos con que comprar un tendido de sol; en la asistencia al encierro; en los grupos de la calle de Alcalá, donde se ofrecen y aceptan, y venden y compran, y se chalanean, por no decir se cotizan, los mejores puestos en conversaciones interminables, que parecen programas orales de la próxima corrida y críticas anticipadas de su éxito.

Pero llega la tarde, y aquí empieza verdaderamente la fiebre producida por la fiesta. Desaparecieron las antiguas calesas, aquellos sillones de cuero ó paño, empotrados en otros sillones de madera, pintada con mil floreos y alguna figurilla que se destacaban sobre un fondo amarillo; sillones clavados y sostenidos sobre dos anchas ruedas, y que corrian á todo correr, tirados por jacos, en cuyas cervices flotaban largos flecos de pana roja y sonaban largas sartas de gruesos cascabeles. Desaparecieron con las calesas las manolas y su zapato escotado y sus medias caladas, y su basquiña á lo tapiz de Goya, y su pañuelo de Manila atado á la espalda, amarillo como la calesa y florido como el mes de Mayo, y su collar de corales, y su mantilla terciada, y su flor medio caida al moño, y su gracia, digna de competir con la gracia andaluza, y que tantos asuntos diera al primer pintor del pasado siglo y al primer sainetista de todo nuestro teatro.

Pero si han desaparecido las calesas y las manolas, no han desaparecido con ellas las aficiones toreras. Madrid sale de madre en una tarde de toros. Como las laderas de las montañas despiden el agua al valle, y el valle al rio, las diversas regiones de la capital envian sus gentes á la grande arteria formada por la calle de Alcalá, llena de un rumor extraño, que ningun otro ruido puede remedar, y de un polvo que en vano aplacan las aguas cristalinas del esclavizado Lozoya, como diria cualquier poeta de la antigua escuela sevillana. Desde la Puerta del Sol á la Puerta de Alcalá, á cuya izquierda se alzaba el antiguo circo, truenan por las aceras dos largos torrentes de criaturas humanas, afanadísimas, sudorosas, agitadas, que aprietan el paso con anhelo y que desean llegar con ánsia, miéntras que por el arroyo de la calle, por el gran camino, corren desbocados, sin miedo á choques ni á vuelcos, todos los carruajes habidos y por haber; el ómnibus de plaza

atestado hasta el tope; las berlinas y simones de punto, asaltadas á golpes; las tartanas y tapiceras y charabanes de diversas suertes arreglados y estallando con tanta carga y á tanta animacion; los coches de lujo que conducen las familias pudientes, contagiadas por la popular alegría. Son de oir los chasquidos de tantos látigos, las invitaciones al coche de tantos chalanes, los gritos que ofrecen el agua de limon y otros refrescos, los clamores de los muchachos que venden ó el cartel de la corrida ó la reventa de algun sitio, los resoplidos y relinchos de las bestias azotadas y apaleadas, el girar de las ruedas movidas por un vertiginoso movimiento, el chicoleo contínuo de los muchachos á las muchachas, el descompasado vocerío, el universal estruendo. Entre aquel contínuo movimiento, entre aquella exaltadísima agitacion, se ven pasar los alguaciles, caballeros en sus estropeados jacos, cubiertos con sombreretes antiguos, sobre los cuales campea la blanca pluma

al viento; calzon prieto de punto, ropilla negra de terciopelo, capeta al hombro, espadin al cinto, gola al cuello, remedo y evocacion de otros tiempos. Y junto á los alguaciles los picadores, encerrados en aquellos incómodos preservativos de sus piernas; con la pica erguida, el sombrero de fieltro, adornado con moñas llamativas; los calzones amarillos; los estribos descomunales; las botas, más descomunales todavía; la faja de pintados colores; el chaleco vistosísimo; las chaquetillas bordadas de oro y cargadas de áureos botones; la camisa blanca como el ampo de la nieve; y las patillas y el pelo negros como las plumas del cuervo.

Al llegar á las inmediaciones de la plaza, el estruendo crece y crecen los encontrones y los ahogos. El jinete no se cura de la gente de á pié, y penetra al través de aquellos muros de cuerpos humanos, como si de las leyes de la impenetrabilidad se burlara. El carretero y el cochero chasquean sus látigos sobre las cabezas,

cual si el aire solamente recogiera los chasquidos. Los carruajes se aglomeran todos en corto espacio, y se embarazan los unos á los otros, no obstante las intimaciones de los guardias de órden público y los mandatos imperiosos de los guardias civiles, que caracolean en sus caballos por todas partes. Los vendedores se acercan á uno hasta darle contínuos encontrones, y vociferan destempladamente en vuestros oidos, á riesgo de reventarlos. Esos curiosos, que aquí van á ver entrar y salir las gentes, así á las fiestas como á los entierros, oponen obstáculos insuperables al movimiento. Allí, unos ofrecen naranjas; otros, en sus esportillos, cacahuets y garbanzos tostados; éste un refresco; aquél un vaso de vino; y todos gritan de tal suerte que aturden y ensordecen á los que ya tienen los oidos atronados del estruendo por todas partes y en todos lados resonante. Aunque hay varias puertas, semejantes á las llamadas vomitorios por los antiguos romanos, se aglomera tanta

muchedumbre, queriendo entrar toda á un tiempo por aquellas estrechas entradas, que el penetrar es asunto de jigantescos esfuerzos y de innumerables tropezones, y á veces hasta de asfixia. El polvo que se levanta, el ruido que se mueve, el movimiento que prestan los innumerables empujones, la agitacion de los ánimos, el cansancio y la fatiga de los llegados á pié, los saltos de los que abandonan sus carruajes, el vocerío infernal, semejante al bramido de la tormenta, el calor tropical, las palabras que cambian unos con otros, los acordes de sonora música, compuesta toda ella por instrumentos metálicos, las mil y una incidencias de la entrada y la salida, y la colocacion en los respectivos asientos, la franca y casi demente alegría que á todo el mundo se comunica, las llamadas, imprecaciones, gracias, preguntas, dichos, dicharachos lanzados por unos á otros; todo esto, verdaderamente vertiginoso, os presta por algunos momentos el vértigo de los grandes es-

pectáculos, en cuyo seno buscamos la distraccion por medio del necesario olvido á todas nuestras penas, y la tregua necesaria á nuestras ocupaciones y á nuestros contínuos trabajos.

La entrada en la plaza, ántes de comenzar la corrida, reconcilia con tales fiestas á sus mayores enemigos. Desde luégo veis reunido un pueblo con todas sus clases, con sus individualidades varias, con sus tumultuosas pasiones; uno y diverso como la Naturaleza; halagüeño y sublime como el mar; que rie á carcajada estentórea, y grita á gritos atronadores, y ruge con rugidos feroces, y dice gracias infantiles, y se irrita sin saber por qué, y se calma y serena sin saber cómo, y mueve millares de cabezas, parecidas á la ondulacion de los trigos mecidos por el viento, y agita millares de abanicos, semejantes á las pintadas alas de grandes mariposas, y tiene todos los atractivos indecibles y todos los abismos insondables guardados en el seno de las innumerables muchedumbres. Por

el redondel anda una multitud inquieta y vária, disponiéndose á recibir y apurar todas las emociones de tan querido espectáculo. Por las gradas se van colocando los recien venidos, que saludan á gritos estentóreos, con ardor comunicativo, á los tendidos vecinos. Entre barreras discurren, ora los mozos adscritos al servicio de la plaza, ora las gentes más aficionadas á las terribles impresiones de la corrida. Arriba, en los palcos, brilla una guirnalda de mujeres, las cuales, con decir que son españolas no hay necesidad de añadir que son hermosas, y que de comun acuerdo, han proscrito para este espectáculo el sombrero francés, llevando sus mantillas blancas admirablemente prendidas, entre cuyos pliegues brilla más la delicada rosa enlazada á sus cabellos, y los luminosísimos ojos que despiden miradas de amor. Así veis, descubrís todo un pueblo con las pasiones de abajo y las delicadezas de arriba, con todo cuanto tiene de más varonil y todo cuanto tiene de más

tierno, recorriendo de una ojeada las series de clases, de personas, de estados, en que se diversifica la vida y se organiza la sociedad.

Las plazas han sido en todos tiempos el refugio de la libertad. Ese pueblo no podia reunirse en ninguna otra parte, y se reunia allí en número imponente. Estaba obligado al silencio de un cenobio en la monástica sociedad absoluta, y en la plaza gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Doblaba la rodilla en cuanto descubria la carroza conduciendo al monarca, y bajaba la frente hasta tocar en el polvo; no podia ni mirar cara á cara la autoridad; pero en la plaza la argüia, la denostaba, la trataba como si fuera su esclava. Las alusiones políticas más audaces, los clamores más subersivos, los dichos más peligrosos se permiten hasta en las épocas de mayor retroceso, allí donde se guarda quizá nuestra más constante tradicion. Así es que los extranjeros, al ver aquella muchedumbre; al oir sus clamores y sus amenazas; al pre-

senciar una de esas tormentas, en las cuales todo el mundo habla á un tiempo mismo y gesticula; al observar los naranjazos y los insultos arrojados hasta al palco presidencial, y los bancos rodando en fragmentos por la arena removida y sangrienta, creen hallarse en plena revolucion, cuando en realidad se hallan en uno de esos desahogos que tanto alivian y amansan el ánimo de nuestro pueblo. No de otra suerte los déspotas asiáticos que vejaban á sus siervos les servian una vez por año á la mesa; y los emperadores romanos, que cerraban al pueblo los comicios donde se agitaba la libertad, les abrian de par en par las puertas del circo donde luchaban los tigres y panteras, en vez de luchar las sublimes ideas y las elevadas pasiones. De igual suerte en nuestra Plaza Mayor, donde el absolutismo daba sus fiestas, entre sus cerradas y tristes paredes, en sus húmedos espacios, el rey reunia á las procesiones de nuestras cofradías, en que llevaba vela y escapulario; las cor-

ridas de toros, en que cabalgaban nuestros caballeros, esgrimiendo sus rejoncillos; y á las corridas de toros los autos de fe, en que las llamas, alimentadas por los hacecillos conducidos en hombros de los magnates, devoraban la carne y la sangre humana, y calcinaban los huesos como en las edades más atrasadas de la humanidad y en los tiempos más nefastos de la historia. Así, cuando nuestras libertades cayeron, cuando el poder absoluto renació tras las maldecidas reacciones del 23 y la funesta intervencion extranjera, cerradas las Universidades, porque en su seno latía la idea de libertad, abrióse como centro de enseñanza la grande escuela sevillana de tauromaquia, á cuyas puertas se veia una inscripcion de bajo imperio, dedicada al pio, al felice, al restaurador Fernando VII, por haber condecorado con el nombre de Catedrático á Romero, el cual, sentado en su redondel, con una espuerta de ladrillos al lado para tirarlos como sábias advertencias

á sus discípulos, enseñaba el arte único que ya quedaba sobre la ruina de todas nuestras artes y la extincion total de todas nuestras ciencias.

Pero dejemos esto, y volvamos á la corrida. En cuanto el circo se ha henchido de gente y la hora convenida ha sonado, comienza la Guardia civil á hacer el despejo, á enviar á los curiosos que por el redondel pululan á sus respectivos sitios y asientos. Así que el despejo se ha concluido, que la plaza se ha limpiado, que la arena respira frescura, como recien barrida y regada, al sonido del clarin, las puertas que dan al frente del pálco presidencial, bajo el sitio donde toca la música, se abren de par en par, para dejar paso á la cuadrilla que va á rendir pleito homenaje al presidente y á hacer al público el saludo correspondiente. El grupo es pintoresco: los alguaciles en sus jacos, destacando sus negras figuras sobre la mantilla carmesí que cubre el aparejo; los banderilleros vestidos con tan femenil coquetería, el traje de raso cua-

jado en oro y plata, las medias de seda, los zapatos dignos de un baile, los pañuelos de batista asomando por los bolsillos, la monterilla de terciopelo negra, con tantas borlas y agremanes, la moña á la nuca; los espadas, solemnemente detras, con sus capas de tafetan, rojas, moradas, azules, rolladas al brazo; los picadores en correctas filas; y por último, las mulas, llenas de pompones, de cintas, de banderolas, de arreos multicolores, rodeadas por los mozos de la plaza; todo lo cual da á la vista una verdadera fiesta, y provoca un extremecimiento general, nacido de la ansiedad que se muestra en gigantesco estallido de gritos, clamores, silbidos, risas, aplausos, expansiones de alegría, sólo posibles en estos pueblos iluminados por el cielo azul y el sol explendente que, esmaltando los aires con sus arreboles, penetran hasta el fondo de nuestras almas, y las vivifican, y las animan, y las exaltan.

Profundo silencio sigue bien pronto á esta algazara. El clarin suena, el toril cede, el toro sale en plaza. De piel lustrosa, de apostura gallarda, los ojos llenos, los morros resoplantes, la cerviz erguida, las patas ligeras, fuertes las pezuñas, bien delineada la cola, mejor delineados áun los cuernos que sobre el testuz, á guisa de media luna, se levantan, armas agudas, y casi podríamos decir afiladas al mismo tiempo que fuertes, y de una fuerza irresistible, el animal tiene tal estampa y tal trapío, que despues de haber recogido el pueblo la respiracíon para verlo y observarlo, estalla en estridentes alaridos de entusiasmo. Primero aparece el bruto como deslumbrado, despues como incierto y temeroso; ya corre en varias direcciones, ya se detiene y mira de este al otro lado, ya atiende al estruendo, hasta que al fin cede á su natural brio, y acomete y embiste. Los diestros le estudian, le observan, lo trastean; ya le llaman, y al acercarse, le burlan; ya le provocan con el

trapo, como dicen á sus capas, y poniéndoselo á la vista, y de la vista apartándoselo, en mil ondulaciones, le desorientan; ya se acercan, casi en cruz y con otros ademanes temerarios, y amenazados, corren á la barrera y la saltan, en pos de un seguro, como si tuvieran alas en sus piés y fuesen de goma elástica sus cuerpos. Llamado por aquí, atraido por allá, burlado de esta suerte, comienza la ira á mover al pobre animal, y escarba el suelo con rabia, y levanta la cabeza con verdadera soberbia, hasta que al fin ve un bulto de mayores dimensiones y de más fijeza que los móviles capeadores y á él se dirige y en él descarga y desahoga toda su cólera. Es el picador, que se planta sobre los estribos con fuerza, le aguarda frente á frente con calma, le presenta la delantera del caballo, por ser de menor blanco, le opone largo palo, á cuyo extremo hay acerada punta, y le resiste cuando el bruto se clava y se extremece al dolor, y brama y saca la lengua, que destila hir-

viente espuma, y sacude la cerviz, por cuya brillantísima piel corre un hilo de sangre caliente, y esgrime los cuernos con verdadero furor, y embiste á cuanto encuentra, y todo al paso lo derriba, y en todo, con cólera asoladora, se detiene y se ceba. Ya ha visto la sangre, ya ha sentido el dolor; pues se ha embriagado con una embriaguez irresistible. A sus ímpetus, á sus embistes, á sus acometidas, los picadores ruedan con estruendo por el suelo, y apénas pueden moverse; los caballos caen mortalmente heridos; los chorros de sangre caliente manan de estas heridas y tiñen la arena; las tripas, los intestinos, los mondongos humeantes se arrastran por el suelo; y el pueblo grita, vocifera, anima, azuza, ora al rabilargo que ha rejoneado perfectamente, ora al capeador que ha distraido la fiera, ora al banderillero que ha presentado todo su cuerpo al enemigo, y haciendo un quiebro, se ha salvado de muerte segura, ora al diestro que ha dado un quite y ha

redimido á un picador mal trecho; suertes ó incidentes en cuyos raros casos todos se gozan, y de cuyo mérito á una todos hablan, con voces descompasadas é interjecciones atronadoras, moviendo estrépito tanto, que diriais iba á desquiciarse y venirse abajo aquella plaza henchida por una muchedumbre de verdaderos locos.

Otra nueva fase de la corrida sigue á esta primera. La presidencia hace una señal, y el clarin anuncia que ha llegado el momento de banderillear al toro. Los diestros cogen las banderillas engalanadas con recortes de diversos colores, llaman al bicho, y haciendo una especie de arco sobre los cuernos, sin rozarlos, las clavan en el cuello, que se estremece, con terrible estremecimiento, y las sacude con violencia. Los bramidos se redoblan y las carreras en todas direcciones, corriendo de esta suerte la atormentada fiera á sostener el combate á que los pullazos le provocan. Por fin suena la señal y la hora de la muerte. El primer espada se di-

rige á la presidencia, el instrumento de muerte y la muleta en la mano izquierda, la monterilla en la derecha, suelta lo que llamamos brindis, y en realidad es la consagracion del trance en que va á meterse y del toro que va á matar á una ó más personas, y cumplida esta forma de rúbrica, arroja la monterilla con desprecio al suelo, y se encamina airosamente al sitio donde se encuentra el toro. Parece que lo ha magnetizado con su mirar, que lo ha oprimido con su superioridad, que lo ha acorralado con su imperio, y que lo tiene completamente á su arbitrio, vencido por el dolor de aquellos gigantescos combates. Pero no hay que fiarse. El toro en estos últimos instantes tiene ménos ímpetu, pero más intencion. Baja la cabeza con cierto aire resignado, y de pronto la alza con cierto ímpetu incontrastable. La muleta en la izquierda, la espada en la derecha, el matador lo trastea, le da pase tras pase, le ofrece el trapo y se lo esquiva, le atrae y le burla con una agilidad y una destre-

za, en las cuales brilla el dominio absoluto de la inteligencia sobre la fuerza. Los banderilleros, los chulos ó mozos de la plaza forman como un círculo en torno del animal, y con sus capas le llaman, ora á un lado, ora á otro, segun lo exigen los varios movimientos del bruto y las varias incidencias de la suerte. Son de ver con aquellos vistosos y relumbrantes atavíos, con aquellas capas multicolores, el toro en medio, entre receloso y resignado, el espada enfrente, siguiendo todas las intenciones de la fiera, y preparándose á rematarla con todas las reglas del arte. Unas veces, aguarda al toro, y lo remata recibiendo; otras veces, si reusa embestir, lo engaña con la muleta, y al bajar la cabeza y descubrir la cerviz, se cierra con él, y lo acaba á volapié; otras veces, lo descabella, hiriéndole en el nacimiento de la médula espinal, y rematándolo á guisa de cachetero, como si fuera un rayo su arma. Cuando cualquiera de estas suertes capitales se ha realizado con éxito,

y el diestro ha logrado cumplirlas con limpieza y rematarlas con fortuna, el entusiasmo estalla, y enloquece al público, los cigarros y las petacas vuelan por los aires, los sombreros de todas formas y tamaños ruedan por los suelos, los ramilletes de las señoras caen como en las tablas de un teatro, los cuartos y los dulces llueven á manera de granizos, y el espada obtiene uno de esos triunfos á que ningun otro puede compararse, porque en ninguna parte se reune tanta gente, ni esta gente, ya reunida, se embriaga con tan loco entusiasmo. Por regla general, sólo en el descabellamiento resulta la muerte instantánea. En las demás suertes el toro soporta por algunos minutos con gran coraje su herida, intenta combatir aún y vencer su agonía y la debilidad consiguiente, hasta que cae derribado en tierra, y el cachetero le arrebata la vida y le sacrifica de un sólo golpe, hiriéndole más abajo del testuz, en los comienzos y raíces de la médula. Terminado así lo

que podríamos llamar un acto de la trajedia, suena la música, comenta el público la suerte, salen las mulas engalanadas, y se llevan la res muerta y los caballos que han quedado tendidos, miéntras los mozos y los chulos riegan ó enarenan el circo, y limpian ó encubren como Dios les da á entender la llamativa sangre.

Aquí Ricardo, seguia las suertes con grande ansiedad y las examinaba con toda la atencion que cabia en alma tan tierna como su alma. La animacion de la calle de Alcalá verdaderamente le sedujo; la entrada en la plaza y el aparecer de las cuadrillas le encantó; la algazara y el estruendo le contagiaron de la general alegria; y toda la primera parte de la fiesta le pareció de sorprendente efecto, y rica en lances capaces de levantar en el más indiferente profundas emociones. Pero así que corrió la sangre del toro, así que rodaron los picadores por el suelo, así que cayeron las tripas de los caballos heridos y reventados, todas sus emociones se redujeron á

mezcla informe de horror y repugnancia. El caballo, el animal más generoso y más noble, á quien todas las lenguas han escogido como símlo de la gentileza y la hidalguía, el compañero de todos los héroes desde Alejandro hasta el Cid, y á su misma gloria y á su misma poesía elevado por la tradicion y por la leyenda, el que todos los pueblos mayores de la historia han consagrado como su compañero, desde los árabes hasta los ingleses, tan hermosamente dibujado por la naturaleza, tan soberbio de estampa, tan dócil á la par que tan valeroso, entregado con los ojos vendados, al furor de un toro irritadísimo y sin defensa, herido, reventado, muerto. Ricardo apartaba los ojos de la arena así que el toro se dirigia al caballo, y pugnaba consigo mismo fuertemente para no dar un grito como débil mujer, á pesar de su valor y de su heroismo indudables, así que veia al buen animal caido en el suelo, reventado por las cornadas, extremeciéndose y pataleando á la

crueldad del dolor, en una horrorosísima agonía. Al primer caballo muerto se hubiera ido de la plaza si no le retuviera el objeto único que lo habia llevado á la funcion, el ver de nuevo á la jóven Elena. Y otra parte del espectáculo tambeni le contrarió y le puso de mal humor: el combate á la fiera sola, los pullazos que le abrieron las carnes, las banderillas por donde corria la sangre, el porfiado empeño en atormentarla y su tremenda muerte.

Tenía Ricardo á su lado un caballero, anciano, muy anciano, como de noventa años; limpio, muy limpio, como todo viejo verde; vestido, muy vestido, como buen petimetre; sin desmentir la moda presente, ni rebelarse al gusto de las costumbres reinantes; pero con cierto aire arcáico; entusiasta de los toros, cual todos los hombres de su tiempo, cual Nicolás Moratin y Francisco Goya. En el gesto expresivo de Ricardo, que tan claramente retrataba el fondo de su alma, conoció las diversas emociones desper-

tadas por los toros y le dijo con la franqueza que los españoles en estas fiestas establecen siempre.

—¿No le gusta á V. la funcion?

—De la funcion en sí nada digo, repuso Ricardo, por lo poco que entiendo. Paréceme bien.

—Como que Calderon ha picado por todo lo alto, y el Gordito ha lucido sus banderillas por todo lo extremo, y Lavi ha dado un volapié que le estará envidiando Romero desde la derecha del Padre Eterno, en donde deben haberle colocado, al morir, sus suertes y servicios.

—Conozco que la funcion en sí, puede llamarse buena; pero no me gusta el género.

—No me diga V., no puedo oirlo en paciencia, y de labios de un jóven. Así van afeminándose y perdiéndose las generaciones hasta convertirse los hombre en mujeres, y las mujeres en nada, como dice el antiguo refran. Roma dominó el mundo miéntras los circos.

—La crueldad debilita en vez de fortificar el ánimo. Los circos nacieron cuando los romanos dejaron las armas á los extranjeros y erigieron los Césares sobre sus libertades antiguas. En cuanto Roma cayó en la crueldad de los espectáculos, perdió la fuerza en los combates y la virtud en los comicios.

—Buena conversacion para los toros. Anda usted con esos reparos y quizá ha visto las carreras de caballos inglesas mucho más peligrosas y de muchas mayores desgracias; los saltos mortales de los circos; los bailes sobre la cuerda floja á cuarenta metros del suelo; el paso de tal titiritero sobre el Niágara con un saco en los piés y una corona de cohetes en la cabeza; y ninguno de estos espectáculos le ha ofendido como estas corridas, en que la agilidad del cuerpo y la inteligencia del alma vencen á la fuerza bruta y muestran cuán legítimo es el dominio de nuestra especie sobre la Naturaleza.

—Mire V., replicó Ricardo un poco ofendido

por el tono acre de la conversacion. En todos esos espectáculos hay los mismos peligros que en los toros; y además no hay como en los toros sangre y sangre caliente por necesidad; muertes y muertes violentísimas por fuerza.

—Supongo que V. come todos los dias su carne correspondiente y necesaria á la alimentacion y al sustento. Supongo que, al alimentarse así, no tiene la compasion que ahora siente por los pobres animales; porque si la tuviera, renunciaria á ser carnívoro, alimentándose de vegetales, si no le llegaban los vegetales tambien al tierno corazon.

Ricardo estuvo á punto de incomodarse con aquel señor que tan sarcásticamente le argüia y redargüia; pero comprendió dos cosas, á saber: cuán arraigada está la costumbre de dar bromas en los toros, y cuán permitida toda libertad de lenguaje á un viejo de tantos años.

—No soy español, pero amo mucho á España; sino mi patria, es la patria de mis padres; y por

su esplendór, quisiera no ver en ella ni la censura, ni las loterías, ni los toros.

—Pues si tanto ama V. á España, debe amar sus costumbres y hasta sus supersticiones. Ser patriotas es sentir, amar, aborrecer como siente, como ama, como aborrece nuestra patria. Y ser español, es tener las supersticiones de España. Y la más arraigada supersticion, resulta el apego á èstas funciones de toros. El Cid aparece tan ducho en descabezar infieles, como en alancear toros. Alonso VII, el emperador, salió en persona á la plaza. D. Juan II, cuya corte merece el título de caballeresca y artística, protegió todos estos ejercicios de bizarría. Tanto se toreaba en el Pardo, en el Prado, en la puerta de Hierro, en las plazas de Madrid, como en la Vega de Granada, allá por los fines del siglo décimo quinto. La plaza de Vivarrambla correspondia con las plazas de Búrgos y de Valladolid. El gran emperador Cárlos V no se desdeñó de matar un toro de una lanzada en las fiestas te-

nidas por el feliz natalicio de su primogénito. Pizarro alcanzó tanta celebridad en las arenas como en las conquistas. Y D. Sebastian de Portugal mereció el duelo de su pueblo, no sólo por la pericia con que esgrimia la espada, sino por la destreza con que manejaba el rejoncillo. Doña Isabel la Católica alcanzó cuanto le vino en mientes; poner en sus blasones la granada abierta, descubrir un mundo ignorado, fundar la inquisicion santísima, burlar á los moriscos sometidos, proscribir á los judíos, y no pudo obtener la prohibicion de los toros porque á ello se opuso el sentimiento nacional. Con que, amiguito, si quiere V. á España, quiera V. los toros.

—No, en mis dias. Podemos querer mucho á las naciones y detestar sus faltas. Yo amo á la nacion del Romancero, á la nacion del Municipio, á la nacion de las Córtes, á esta hija del sol, á esta madre de Velazquez y de Cervantes; pero no la nacion del Santo Oficio, la nacion de

los Jesuitas, la nacion de los toros. Y me creo tan español de çorazon, como V. pueda ser español de nacimiento.

—Para merecer el dictado de español se exige ¡vive Dios! fumar mucho, y V. no fuma; renegar y maldecir mucho, y V. ni reniega, ni maldice ni usa ninguna de esas interjecciones, con cuya fuerza aumentamos la fuerza de nuestro riquísimo lenguaje; y gustar de los toros, nuestro mayor timbre nacional, porque muestran la pujanza de un suelo que da esos animales, y la fuerza de un brazo que los subyuga y los somete, y V. no gusta de los toros.

—Se puede ser español tambien sin tener ninguna de esas aficiones, ejercitando el valor propio de esta raza en mayores empresas que los toros; siguiendo las huellas de los héroes que le ganaron tantas victorias y de los repúblicos que le trajeron la libertad; admirando en su teatro á Lope y Calderon, en sus letras á Cervantes, y en sus artes á Berruguete y á Ribera.

—Pues uno de los artes más notables y más indígenas, es el arte nobilísimo del toreo. Y desde fines del pasado hasta mediados de este, ha florecido. Yo doy gracias al cielo por haberme tocado vivir en tiempo de tantas proezas. En el período ese, han nacido las picas y los picadores, las banderillas y los banderilleros, las espadas y todas sus admirables suertes. Juan Romero fundó esta profesion nobilísima, entregada ántes á los aventureros y á los aficionados. Él fué quien primeramente se plantó á la cara de un toro y le desafió á muerte. Costillares trajo la muleta y engañó con verdadera ciencia á un bruto tan taimado. Juan Romero reunió á fuerzas hercúleas ciencia consumada. Pepe-Hillo escribió un arte del toreo, en que dió las reglas aprendidas en su larga práctica. Tras éstos, vino Montes; tras de Montes, vinieron Cúchares y el Chiclanero; ahora el Tato y tantos otros; de suerte, que quien ignora los goces del toreo, ignora uno de los mayores goces

nacionales. Aquí resaltan la alegría comunicativa de nuestro pueblo, su valor indomable, su sobriedad espartana, su carácter varonil, su fibra acerada, su fuerza y su coraje avasalladores.

—¡Bah! Otras cosas mejores tiene España; replicó Ricardo por única respuesta á los discursos del viejo, los cuales ya le iban fatigando, á pesar de que hablaba con su dentadura postiza y todo, como pudiera hablar un maestro en cátedra, un jurisconsulto en estrados, un senador en la tribuna.

Dióse, despues de esto, más que á oir al viejo y á ver la corrida, á mirar si Elena habia venido. Corria ya el segundo toro, y por más que escudriñaba todos los sitios donde la jóven pudiera hallarse, no la descubria por ninguna parte. Unas veces preguntaba si no habia venido á pesar del formal propósito manifestado á sus amigas. Otras veces imaginaba que se habia ido, á cuya idea perdia la luz de los ojos y

le faltaba la respiracion al pecho. Ya se volvia de un lado á otro. Ya consultaba su reloj con una verdadera impaciencia. Desde la noche de la verbena, la jóven que más habia impresionado en este mundo su corazon, desapareció como un sueño, y en el único sitio donde pensaba verla, no parecia. Uno de los caractéres capitales de Ricardo, era la impaciencia. No podia tolerar ninguna espera. Así se movia como si le atormentaran, y miraba el reloj á cada instante, cerrándolo y abriéndolo con movimientos maquinales. Cuando más se deshacia en su asiento, oyó una voz que exclamaba:

—¡Cuánto tardan!

Era la voz del viejo. Esperaba tambien á álguien como él: esta afinidad de situaciones y de circunstancias movió al buen Ricardo en su impaciencia á dirigirse al vecino, y preguntarle:

—¿Espera V. á alguien?

—A unos sobrinos mios.

—¿Dónde vienen?

—Al único palco que está vacío en toda la plaza.

—¿Éste de nuestra derecha?

—Justamente; éste.

—Serán, como yo, poco aficionados á los toros.

—Sí, como V. Es un matrimonio mejicano, muy jóven, que no tienen hijos, y han adoptado una hermosa niña, hija por cierto de un mulato muy inteligente. Viajan á lo gran señor, y habrán tardado en vestirse y arreglarse, perdiendo con esto lo mejor de la funcion: el despejo de la plaza, la salida de la cuadrilla y el primer toro.

—Si no fuera imprudencia, me atreveria á preguntarle si la jóven adoptada por sus sobrinos se llama de nombre Elena.

—Justamente, Elena.

A Ricardo se le encendió hasta el blanco de los ojos al escuchar la repeticion de aquel nombre, y por consecuencia, la confirmacion de sus sospechas.

—¡Hola, hola! Me ha parecido que suspiraba usted.

—No, dijo Ricardo maquinalmente, desmintiendo con la acentuacion la misma palabra pronunciada por los labios.

—Pues, mire V. Así como digo una cosa, digo otra.

—¿Qué dice V.?

—Me disgusta que no le gusten los toros, casi tanto como me gusta que le gusten mucho las mujeres.

—Mucho, murmuró Ricardo con una timidez digna de cualquier doncella.

—Eso es la vida. El ejercicio más noble en que podemos emplearnos se llama amar. ¿Usted conoce á Elena?

—La he visto una vez.

—¿No es verdad que difícilmente se encuentra en el mundo una muchacha más hermosa?

—No difícilmente; imposible que haya otra, dijo Ricardo.

—Si yo tuviese sesenta ó setenta años ménos...

Ricardo se echó á reir involuntariamente al notar la imposibilidad de realizacion en los deseos del viejo.

—Donde las dan las toman. Pronto ha tomado V. el desquite. Antes me he reido yo de que su tierno corazon le impidiera gustar de los toros; ahora se rie V. de que mis años me impidan á mí agradar á las mujeres. Así es el mundo. Yo no me he casado por exceso de amor. Me gustaban tanto todas, que nunca llegué á fijarme en ninguna. Pero si yo hubiera visto una muchacha como esa cuando yo era muchacho, no me iria ahora con palma al otro mundo. ¡Qué ojos! ¡Qué sonrisa, amigo mio, qué sonrisa! ¡Cuán fragante su aliento! ¡Cuán dulce su mirada! Vamos, hay para volverse loco. Cuando posa sus miradas en mí, da á la sangre todo el calor de la primavera, y me devuelve todo el vigor y toda la juventud de los

primeros años. Pero héla ahí. Mírela V. más hermosa que nunca.

En efecto; apareció Elena, acompañada de los condes de la Floresta, en el palco, que estaba completamente vacío, y á la hora misma de salir el tercer toro, apareció hermosísima. Vestia basquiña de raso negro, muy ajustada al gracioso y flexible cuerpo. Una mantilla blanca resaltaba sobre el negro de sus cabellos y un clavel oscuro se perdia entre los pliegues de la mantilla. El aire de la jóven era completamente español, en lo suelto, en lo gracioso, en lo salado, como decimos aquí sin saber por qué, en la mezcla de cierta majestad casi varonil con cierta timidez y virginal modestia. De las tres personas que constantemente la acompañáran la noche en que la vió Ricardo, solamente se veian con ella dos: los padrinos. El padre no habia ido. Inmediatamente nuestro jóven echó de ver esta ausencia, y áun sintió deseo de averiguar su causa; pero á bien que

allí estaba el gárrulo viejo dispuesto á referirlo todo.

—¡Hermosísima! dijo Ricardo entre dientes.

—Divina, incomparable, un ángel del cielo, una diosa del Olimpo, añadió el viejo.

Añadidura de que Ricardo se burló un tanto con reservada y discreta sonrisa, al sentir mezclados en ella los ángeles católicos y los dioses paganos.

—¿Qué edad tendrá? preguntó.

—¡Qué edad! Pues no hay necesidad sino de verla, y ya se adivina. Tiene diez y siete años.

—Caballero, ¿me perdonará V. una salida de franqueza, que quizá sea una salida de tono?

—Pues no la he de perdonar.—¿Para qué y á qué estamos en los toros?—Aquí reina en absoluto la más absoluta confianza. Diga V. lo que quiera.

—¿Con quién tengo la honra de hablar?

—Con el Conde de la Tafalera; hijo, á mucha honra, del siglo pasado; más jóven que los jó-

venes del siglo presente; antiguo gentil-hombre de los Palacios Reales en los tiempos de Cárlos IV; enciclopedista empedernido; galanteador incansable; noble de abolengo; soltero de estado; más rugoso que antiguo pergamino y más alegre que unas castañuelas. Ahí tiene usted mi título, mi profesion, mi físico, mi moral, muchas cosas más de las que podrian ponerse en cualquiera filiacion ó en cualquier pasaporte.

— Y V. es tio de Elena.

—Pero, hombre, los jóvenes de ahora no me parecen tan listos como éramos nosotros allá en nuestro tiempo. Yo soy tio de los padrinos, tio de los condes de la Floresta.

— ¡Ah! Ya caigo.

—¿Y el padre de Elena, cómo no ha venido á la corrida?

—El padre de Elena es un personaje más triste que un entierro. En vez de la alegría de la gente de nuestro tiempo, de aquel tiempo de

majas y manolas y chulos y petimetres y toreos y Godoys y jolgorio, tiene metida en la médula de los huesos la tristeza y la desesperacion romántica del año treinta y seis. Para protagonista de un drama de esos que no os dejan dormir en cuatro noches con sus espectros sangrientos, obras tan diversas de aquellas que yo prefiero, de las comedias de Molière y de Moratin; para protagonista de esos dramones vale en verdad todo cuanto pesa. Siempre está triste. Su tristeza á veces se me pega á mí, sin que nunca pueda yo pegarle á él mi alegría natural. Por lo demás, excelente. Se ha empeñado en que ha de visitar á Andalucía en pleno estío, y se ha ido á recorrerla. Yo gusto mucho de su conversacion y poco de sus quejidos; en términos que ahora nos encontramos como el pez en el agua, y vivimos contentos bajo el mismo techo mis sobrinos, á quienes amo como si fueran mis hijos, y Elena, á quien adoro como si fuera mi nieta.

—¿Como nieta no más? — preguntó con cierto candor Ricardo.

—Miren el malicioso. A mis años, ¿podria amar de otra suerte? — digo chicoleos por costumbre y hago el amor en obediencia á tradiciones antiguas. — Mas no estoy para nada. Desconfiad en ciertos achaques de los reservados. Más fuego hay en ese silencio que en todas nuestras largas tiradas de requiebros.

Ricardo no pudo apartar los ojos ni un momento del sitio donde se encontraba Elena. En vano habia querido volverlos á la plaza; por su propia virtud, por su fuerza propia, se convertian al palco. Cada movimiento de aquella divina cabeza; cada sonrisa de aquellos labios; cada mirada de aquellos ojos, le conmovian con una extraña conmocion semejante al escalofrio; y le anunciaban que aquel afecto, nunca ántes sentido, era amor, verdadero amor. Estaba seguro, él tan devoto de la naturaleza y del arte, que en la mejor galería de cuadros y

estátuas no buscaba ya con su mirar más figura que la figura de Elena, y que en presencia del paisaje más bello, no se fijaria en otra cosa que en su frente y en sus ojos, ni aspiraria otro aroma que la fragancia de sus encendidos labios. Pero, ¿cómo expresar, y, sobre todo, comunicar esta pasion? ¿Cómo demostrar que no era uno de esos arrebatos inspirados por el capricho de un momento, sino uno de esos afectos que absorben todo el sér, y llegan á sustituirse á la esencia misma de la vida, á nuestro pensamiento, á nuestra alma? Ricardo, que la noche aquella de la aparicion de Elena habia estado en el recuerdo de Elena absorto, no acertaba el medio de dar á conocer su pasion á quien podia corresponderla, y con esta correspondencia calmarla. De lo único de que estaba seguro era de que ya no podia vivir sin la hermosa jóven, sin verla, sin mirarla, aunque no hubiese de saber jamás la pasion que inspiraba. No perdió, pues, ninguna de las emociones revela-

das por su rostro. La vió alegre y jubilosa al entrar y recibir la impresion primera de aquel espectáculo tan bullicioso y tan animado. Sus ojos pasaron de los tendidos á la plaza con la ligereza del pensamiento, y admiraron la multitud tendida por las gradas y la apostura de la cuadrilla que esperaba con calma un nuevo toro. Al salir éste creció la animacion de su rostro como creció la animacion del espectáculo. Las suertes primeras de las capas le gustaban, sin duda, porque la agilidad de los diestros la inspiraba confianza absoluta en que no podria haber ninguna desgracia. Pero palideció mortalmente, hasta llegar á ponerse del color de la cera, y con aspecto como de muerta así que empezó la parte principal de la corrida, y que vió la sangre teñir el suelo. En uno de estos momentos, cuando parecia que su cabeza iba á ceder á la emocion y á inclinarse inerte sobre el pecho, como una flor marchita, terrible alarido escapado á un tiempo de toda la multitud

que llenaba la plaza, hirió los cielos con su intensidad, y obligó á Ricardo á volver instantáneamente la vista. Un toro habia cogido á un banderillero, y lo manchaba con sus espumas, y lo pateaba con sus pezuñas, y lo heria con sus cuernos. El infeliz iba á morir sin remedio despedazado por la cólera del enfurecido bruto. Ricardo no se cuidó de cosa alguna, dejándose llevar de sus ímpetus. Sin saber cómo, sin saber por dónde, con la fuerza del toro que todo lo arrolla, con la agilidad del tigre que salta como si volara, con la presteza del rayo que luce ántes de sonar, llega hasta donde se encontraba el toro enardecido, sin que pudieran detenerlo y calmarlo los diestros, en su mayor parte magullados, y heridos y maltrechos por tanta pujanzá, y, sobre todo, aterrados, y le arranca la presea como si la caridad le diera fuerzas múltiples, y medio arrastrando, medio en brazos, la levà léjos de sus acechanzas, libertándole, aunque no de heridas ya irreme-

diables, de una muerte segura. El entusiasmo de la plaza fué tan grande como el acto mismo, y tan ruidoso como lo es siempre la expresion de un afecto en numerosas muchedumbres. Todo el mundo aplaudia y admiraba la presteza de aquel movimiento, la heroicidad de aquel acto, el arrojo con que desafiara al bruto, la fortuna con que conjuró quizás maquinalmente su cólera y le arrancó su víctima, la fuerza hercúlea con que arrastró aquel cuerpo inerte á sitio seguro y lo preservó de irremediable muerte. Ricardo, que habia concluido todo este acto en ménos tiempo del que empleo en referirlo, se esquivó al general entusiasmo y se refugió en la enfermería para hacer oficio de cirujano en el pobre á quien habia redimido y salvado. Y apénas acababa de entrar en aquel humilde local, donde algunos toreros daban gracias á la Vírgen de haberlos preservado de todo mal, y le pedian nuevamente su auxilio, oyó la conocida voz del viejo, su vecino de tendido, que

entraba todo azorado y confuso, hablando consigo mismo, como si hablara á la multitud.

—¿Qué le pasa á V.?

Le preguntó con verdadera ansiedad Ricardo.

—Calle V.; esto de los nervios es terrible.

—Acabe V.; ¿qué sucede?

—En mis tiempos las mujeres no tenian nervios. Esa es una invencion móderna.

—¡Ah! Ya sé...

—Elena, Elena...

Ricardo comprendió á la primera palabra y se lanzó fuera de la enfermería, miéntras el conde de la Tafalera se paseaba de un lado á otro, hablando consimo mismo, y diciendo poco más ó ménos estas palabras:

—Vamos, no se puede vivir en mundo tan diverso del mundo que uno ha conocido y tratado. Bien hacian los pueblos aquellos que mataban á los viejos. ¡Miren qué remilgada! Se desmaya por un accidente tan sencillo. En mi tiempo las señoras eran de otra pasta, más fran-

cas, más campechanas, más tratables, y sobre todo, más toreras. Luégo, ¡qué derogacion á todas las leyes del toreo! El señorito que estaba á mi lado, y que parecia una damisela, se lanza de un salto sobre la plaza como si tuviera alas, y detiene al toro como si fuera un perro, y coge á un banderillero como si recogiera una capa; de suerte que, bajo su fina apariencia, se ocultaba un Hércules. Pero debieron haberlo llevado á la cárcel en vez de aplaudirlo tanto, por haber cometido la indignidad de penetrar en el redondel reservado á la cuadrilla, y de meterse donde no le llamaban. ¿Qué falta hacía el chuchumeco allí donde hay diestros, y chulos, y banderilleros como el Minuto, y espadas como Labi, que en un santiamen alejan una fiera y salvan á cualquier desgraciado? La verdad es que ese atolondrado ha venido á deslustrar una de las mejores corridas de esta temporada. Jamás tomó ningun toro tantas varas como ha tomado el segundo esta tarde, ni jamás picó

Calderon ni con tanta fuerza ni con tanta gracia. Y el señorito se ha metido donde nadie le llamaba y donde nada tenía que hacer sino pintarla. Y ya se ve; las señoritas, que ven los peligros de un torero con toda indiferencia, como si no fueran los toreros semejantes suyos é hijos de Adam como ellas, así que han visto un señorito, un individuo de su especie, en peligro, se han asombrado todas y se ha desmayado Elena. Vamos, hasta fea me parece desde que he visto tal remilgo.

En esto entraban á Elena en la enfermería. Traíala sin sentido, en sus brazos, Ricardo. El pensamiento humano es incapaz de adivinar todo el placer que sintió el jóven al conducir aquella hermosa carga y al respirar el aliento que se escapaba de aquel pecho. Una emocion singular, única, inexplicable, corria como misteriosa corriente eléctrica por todo su cuerpo, y agitaba todos sus nervios. En aquella emocion hubiera parado la rueda del tiempo, y se hu-

biera detenido por toda una eternidad. Su vida no estaba en él, estaba en aquel breve cuerpo; allí acaba de huir y de refugiarse para siempre. Así, cuidó de la jóven con tal solicitud; la curó con tanta ciencia, que pronto le devolvió el sentido, recibiendo el mayor de los premios que podia recibir, y alcanzando la mayor de las venturas que podia alcanzar: unas gracias profundamente sentidas y con grande ternura dichas de parte de Elena; y de parte de los condes de la Floresta, y de su tio el sigular anciano, una invitacion á visitar la casa donde encontraria siempre afecto correspondiente al afecto que por todos habia mostrado Ricardo en aquella tarde.

CAPÍTULO VII.

UN BAILE.

Estaba Ricardo algun tiempo despues en su cuarto vistiéndose y arreglándose para ir á un baile, y encontraba tantas dificultades al querer ceñirse con arte y sin arrugas su corbata blanca, que llamó en sù auxilio á su madre. Esta fué en seguida al llamamiento del hijo, y le arregló el nudo con esmero y lo arregló con la solicitud propia de una madre.

—No te conozco, Ricardo.

—Me he vuelto muy calavera.

—No, calavera no. Dios nos libre. Tú siempre serás bueno, como tu natural. Pero vamos,

te diviertes ahora mucho; andas de toros á teatros, de teatros á bailes, de bailes á paseos con un empeño bien extraño en tí.

— Qué quiere V., madre. Alguna vez habia de reclamar la juventud sus derechos.

— No creas que lo siento. Hora es ya de que conozcas un poco el mundo. Criado en esta casa de luto y de viudez, tu juventud ha tenido un carácter bien triste y bien impropio de tu posicion y de tus años. Pero ¿qué quieres? Hay dolores muy acerbos en esta vida, y tu madre es una verdadera Dolorosa.

— ¡Madre mia!

— Yo nunca he intentado oponerme á las expansiones naturales á tu corazon, nada de eso. Te he infundido el sentimiento de la honra y el temor á Dios, y luégo he dejado tu voluntad entregada á tu conciencia. He atendido á tu educacion como á un culto. Cuando has llegado á cierta edad, y he visto y tocado el imposible de celarte como en la niñez, te he dejado libre

y te he dicho que practicaras las máximas aprendidas al dejar la cuna, y que, si sentias inclinacion hácia una obra ó un pensamiento indigno de tí, evocaras la imágen de tu madre. Hasta ahora sólo satisfacciones me has dado. Así es que veo con grande contento despertarse en tí cierta juventud de alma y cierta ligereza de gustos necesarias para no envejecer ántes de sazon. A cada tiempo sus obras: las flores á la primavera; los frutos al otoño.

—No ha habido una madre como V.; pero confiese V. que yo soy un buen hijo.

—Es verdad, Ricardo.

—Y por consiguiente V. una madre muy feliz, muy feliz, muy feliz.

Carolina se turbó por completo al oir esta afirmacion, y se puso á trastear en los muebles y en los objetos de tocador que por allí tenía Ricardo, á fin de ocultarle su emocion y de encubrirle las gruesas lágrimas, por aquellas palabras, llevadas á sus ojos. La punzada de su re-

mordimiento penetró en la conciencia y en el corazon; el recuerdo de su culpa se levantó en la memoria y el cariño de su hija robada á su amor y perdida por siempre para ella en el corazon; las entrañas se le agitaron con un dolor de tal intensidad, que perdió por algunos segundos la luz de los ojos. Pero acostumbrada á dominar, no el dolor, al cual se entregaba en cuerpo y alma, sino la expresion del dolor, volvió bien pronto á reanudar el diálogo ántes empeñado, y á reanudarlo con ademan tranquilo y serena voz.

—Mira, Ricardo, tengo una observacion que comunicarte.

—Dígame V., mamá, cuantas observaciones quiera. Yo las oiré como si bajaran del cielo, que cielo es, y dilatadísimo y luminoso el alma de una madre.

—Pues he notado que cuanto más te diviertes más triste pareces.

—Eso es aprension de V.

—Vamos, sé con tu madre franco.

—No puedo serlo todavía.

—¿Todavía?

—He pesado, santa mamá, todas mis palabras.

Cualquiera que presenciara esta escena viera nublarse la frente y fruncirse el ceño de Carolina al oir este calificativo de santa. Pero cuando estaba con su hijo tenía el hábito ya arraigado de dominar sus emociones, y no dijo ni una sola palabra, devorando aquel nuevo remordimiento, gota de plomo candente llovida sobre su corazon.

—Vamos. Algo te pasa; dijo Carolina con la serenidad que usaba, siempre que no la vencian mucho los dolores, en presencia de su hijo.

—Algo me pasa, madre mia. Así lo ha presentido V. en su corazon mucho ántes de que sucediera; lo ha adivinado, leyéndolo y divisándolo en la frente de su hijo.

—He visto que á medida de tus distracciones crecian tus tristezas. Cuanto más te entregas á

—¿Ro

sabemos

—Sí,

—¡Reb

mire? po

llevaban e

—Estu

—Y tú

guntó á o

—Estud

—¿Y qu

le dije A

—¿Y qu

cas? Lo vo

—¿No lo

—Sí. R

—Pues t

pregunto

mundo será

tiempo de l

en tiempos

la sociedad y á sus goces, más nubes pasan por tus ojos. Ábrele el corazon á tu madre. Díle cuanto te sucede ó puede sucederte.

—Madre mia, por ahora nada; deseos vagos, inquietudes del alma, quizá alguna aspiracion á la felicidad doméstica, miradas que ignoro si son advertidas, suspiros que ignoro si son escuchados, en realidad, algo vago, algo incierto, algo todavía misterioso, como el lejano albor de nueva revelacion, como el anuncio de una vida nueva; suceso de inmensa importancia para mí, que de llegar á la realidad y de encarnarse en la vida, será de V. inmediatamente conocido y á V. consultado, pues todos los actos mios necesitan el amor y la bendicion de mi madre.

—Mira, hijo mio, tu madre desea la felicidad del sér que más ha querido en este mundo, de su hijo, y sabe que tal felicidad no puede existir sin el amor en el hogar, que es la prenda más segura de tranquilidad en la vida.

Pero tu madre te aconseja que estudies profundamente tu corazon, que te cerciores de sus preferencias y de sus inclinaciones, y que te muevas solamente por aquella pasion, que al cabo llega á ser el alma del alma, lo infinito en la existencia, la única insaciable, porque no se satisface con cosa alguna material, la única inextinguible, porque es el fuego mismo de la vida, el amor, el amor, el amor sin el cual no hay ventura alguna posible aquí en la tierra.

—Yo nunca he comprendido el matrimonio sin amor.

—Hijo mio, el matrimonio sin amor es el mayor de los crímenes. Vale más la muerte que un estado cuyas consecuencias trascienden á los hijos. No comprendo tormento más cruel que vivir confundido é identificado bajo el mismo techo, con persona, ó bien indiferente, ó bién odiosa. Mira si te quiero, hijo mio, pues preferiria verte muerto á verte casado, sin que precedan á tu casamiento la inspiracion y las

bendiciones del amor. Ama, ama, ama mucho, y cuando estés seguro de amar mucho, cásate sin dilacion con la mujer á quien ames. Matrimonio sin amor, matrimonio sin amor, matrimonio sin amor, ahí está el infierno verdadero, que no le hay, como no amar y tener que fingir una pasion exaltada en la cual no cabe fingimiento:

En esto, cuando Ricardo iba á confirmar la observacion de su madre, se oyó una voz que decia: «el Sr. D. Jaime ha llegado.» En efecto, el herido, repuesto, dado de alta, trasladado ya á su casa, volvia para ver á su cariñoso amigo y caritativo enfermero, é ir en su compañía al baile, que en obsequio á sus sobrinos los condes de la Floresta, daba el marqués de la Tafalera en su palacio de la Fuente Castellana. Ricardo besó en la frente á su madre, y se dirigió con Jaime á la fiesta. En cuanto se hubo cerrado la puerta, Carolina, que tanto habia sufrido para reprimirse en aquella conversacion,

se echó sobre un sofá, se cubrió el rostro con las manos, y lloró amargamente, hasta el extremo de que sus ojos parecian carbones encendidos, y el sueño tranquilo parecia negado á su triste y desolada existencia, pues toda la noche estuvo en aquella triste actitud, entregada á sus recuerdos y á sus pensamientos, como si fuera la estátua del dolor erigida sobre un sepulcro.

Brillaba el baile de una manera que no podria justamente encarecerse. Un jardin amplísimo le servia de salon magnífico en deliciosa noche de estío. Con decir que lucian á un tiempo las luces en la enramada, las estrellas en el cielo, y los ojos meridionales en la faz de nuestras mujeres, se dice, sin necesidad de nuevos encarecimientos, toda la hermosura y todo el esplendor de aquella fiesta. El acento melodiosísimo de una orquesta de cuerda se confundia con el susurro de los árboles, y el susurro de los árboles con el rumor de las conversaciones, y el rumor de las conversaciones animadísimas

con el eco de los surtidores y de las cascadas. Ricardo habia ido solamente por ver á Elena, y él tan arrojado, siempre que á ella se acercaba sentia un descorazonamiento tan grande, como si desfalleciese su voluntad y se desmayara su ánimo, en la seguridad de no merecer tanta ventura. En cambio Jaime habia pasado toda la noche junto á Elena, y le habia hablado largamente, sin advertir, sin sospechar siquiera que fuese aquella hermosa jóven la amada de su amigo.

Pero el señor marqués de la Tafalera, que desde la célebre tarde de los toros, no obstante sus graves censuras al que habia sobrepuesto su caridad á las leyes y conveniencias del toreo, sintiera por Ricardo una grande amistad, trató de aproximar Elena á su médico, y la llevó al fin del brazo, hasta cederla al brazo de Ricardo, mezclando á su buena accion ese número de frases pintorescas y varias que salian á borbotones de sus labios, y que daban á su vejez

algo de la gracia que tiene el candor y la inocencia de la infancia.

Por fin Elena y Ricardo se quedaron solos al pié de una colinilla bordada de pinos, al borde de una fuente que fluia tan melodiosamente como las canciones de una serenata, á la entrada de una gruta misteriosa que cubrian cortinas de jazmines, cuyas corolas exhalaban ese embriagador aroma que trastorna. La sombra de los añosos y gigantescos árboles hacía resaltar la figura de Elena, vestida de blancas gasas, con una sencillez verdaderamente griega, en cuya virtud no ostentaba más adorno que los rizos de su negra cabellera, natural candor, en artístico desórden sobre sus anchos y desnudos hombros. Si el pobre Werther estuviera allí diria que al borde de las fuentes se arreglan los matrimonios que han de ser felices, y se mecen los génios benéficos que hay en el Universo.

Los dos jóvenes se encontraron frente á frente en una situacion bien difícil, porque ni uno

ni otro acertaban á comenzar una conversacion. Ricardo, tan elocuente, así que veia á Elena callaba como un muerto, y no sabía qué decir, temeroso de alguna indiscrecion ó de alguna de esas traiciones de los labios al corazon ya harto rendido por las estáticas miradas de sus ojos. El viejo, despues de haber andado por algunas alamedas, volvió á su encuentro, y les dijo estas palabras en su tono festivo, franco y bonachon:

—Mire V., caballero lidiador, héroe en los peligros, como un semidios antiguo, melindroso en la sociedad, como una monja mística, no vaya V. á perder el tiempo hablando de astronomía ó de historia con esta perla que gustará de otras conversaciones más dignas de su hermosura y más en proporcion justa con sus años. Yo no acierto á explicar el proceder de la gente al uso. Perder el tiempo de la juventud equivale á perder el capital más cuantioso y más productivo. Y la juventud no puede ejer-

cer sus facultades en cosa más alta y más provechosa que amar, sí, amar: que tal es su destino. Si yo me encontrara jóven, Ricardo, con sus años, con su figura, con su talento ya le hubiera hecho cien mil declaraciones á Elena, y rendido ese su corazon inexpugnable.

Y desapareció de nuevo, despues de haber lanzado esa bomba á los piés de la gentil pareja.

—Dispense V., Ricardo, dijo Elena, poniéndose de veinte mil colores, como en el habla vulgar decimos. Este buen marqués pasa su vida entera en broma, como si el mundo fuese un carnaval perpétuo y la vida un baile de máscaras. Ya comprendo que deben molestar á usted esas gracias. Pero hay que tener con los viejos la misma tolerancia que con los niños. No saben muchas veces lo que dicen.

Despues de estas breves palabras volvieron á caer en profundo silencio, en el mismo en que habian caido algunos minutos ántes. Elena le-

vantaba tanto los ojos que los ponia en las estrellas, pareciéndose su mirada en tales momentos á la de esas Vírgenes de Murillo, que buscan algo invisible y sobrehumano allá en la inmensidad de los cielos. Ricardo los bajaba tanto, que los tenía clavados en el suelo, á guisa de novicio ó de doctrino. Pero de vez en cuando la mirada de Elena bajaba del cielo á la frente del jóven, y la mirada del jóven subia furtivamente de la tierra al cielo de aquellos ojos, y ambos se quedaban inmóviles, como si les doliera salir de aquel éxtasis, y fiar al aire el sentimiento íntimo de sus respectivos corazones. Por fin la jóven tuvo más valor que el jóven, y rompió aquel silencio con estas palabras:

—¿Le gusta á V. el baile?

—¿Qué entiende V. por que guste el baile?

—Pues, que guste.

—¿Asistir al baile ó tomar parte en el baile?

—Me explicaré mejor. ¿Le gusta á V. bailar?

—Diréle á V. Con todo el mundo, como

hacen muchos, que bailan indistintamente é invitan á cuantas encuentran, no. Pero con una pareja de mi eleccion bailaria con mucho gusto.

—Entónces no puede haber aquí pareja alguna de su eleccion.

—¿Por qué?

—Porque no ha bailado V. en toda la noche.

—Y si le dijera que no he sacado á bailar á la que desde el primer momento he elegido por...

—¿Por cortedad?

Preguntó Elena.

—Llámele V., si quiere, cortedad al miedo que tendria á una negativa. Ahora, en la incertidumbre, todavía me queda la esperanza. Si rehusara el bailar conmigo ¡oh! no sé lo que me pasaria.

—No parece sino que el baile sea algun compromiso de mayor cuantía. ¿A quién podria dirigirse que le negara un wals ó un rigodon?

—¿No me lo negaria V.?

—Yo de ninguna manera.

—¿Con que podemos bailar?

—Como V. quiera y cuando V. quiera.

En aquel momento entonaba la música un wals de Strauss, y Ricardo cogió del brazo á Elena, la llevó á la glorieta donde se bailaba, y comenzó á dar con ella vertiginosas vueltas al compás de la música de Strauss, que parece poseer el secreto de acompañar al baile y prestarle una embriaguez que dá verdaderos vértigos. Las manos se tocaban; el brazo se ceñia á la cintura; mezclábanse los dos alientos; sentíanse los latidos de los dos corazones uno junto á otro. Ricardo creyó perder el sentido al estrechar aquella mano que le comunicaba torrentes de electricidad; al ceñir aquel cuerpo que se mecia en sus brazos; al contemplar de cerca aquella mirada que le abrasaba la sangre; al respirar aquel aliento que difundia el amor más exaltado en su pecho; al sentir, rozándole la

frente, los rizos de la negra cabellera; y en las vertiginosas vueltas experimentó el deseo que se experimenta siempre junto al objeto amado; el deseo de permanecer así perpétuamente. Rodaron los dos á compás, y no oian la música; dieron mil vueltas entre las parejas, sin chocar con ninguna, y no veian el baile; ejercitaron sus fuerzas en términos que hubieran cansado á los séres más robustos, más fuertes, más hercúleos, y no se fatigaban. El amor tuvo una expresion y mil satisfacciones de aquellas que en su primera florescencia valen por todas las satisfacciones posibles en la vida; el desahogo de un suspiro, el premio de una mirada, el roce de un vestido, el placer de una palabra, la esperanza de una expansion futura, el bien supremo de un wals, en el cual los dos séres que se buscan y se necesitan, se han dulcemente encontrado en estrechísimo abrazo. Estaban fuera del mundo; movíanse impulsados del deseo en espacios fingidos por sus almas; no sabian

nada de cuanto les rodeaba, como si el Universo entero hubiera desaparecido á sus ojos; y por una eternidad continuaran en semejante éxtasis, á no llamarles á volverse á lo real y lo cierto la suspension del wals y la interrupcion de la música.

Pero los dos jóvenes, á la verdad, no se cansaron de la soledad que tuvieron durante el baile; necesitaban más, é instintivamente, sin curarse de nada ni de nadie, cogiéronse del brazo y se entregaron á pasear por aquellas alamedas. Durante algunos minutos no se dijeron ni una sola palabra. Luégo, la tibieza voluptuosa de aquella noche; el resplandor de los astros entre los pliegues del cielo y de las luciérnagas entre las hojas del follaje; la vibracion casi imperceptible de las tranquilas auras y el acento armonioso de la música; esa inspiracion que cae de las alturas y que se respira en los aires durante estas orientales noches de nuestro estío, tan propicias al deseo, llevaron

casi insensiblemente la conversacion de los dos jóvenes á lo que llenaba su corazon y su inteligencia, al tierno coloquio de amor. Guardáronse muy bien de decir ni de revelar lo que sentian mútuamente aquellos dos séres el uno por el otro, y departieron como si de un tema ajeno á su corazon se tratase, pero con grande calor y con vivísima elocuencia, como habla siempre la pasion.

—El mundo, decia Ricardo, envia contra cada uno de nosotros muchos enemigos; pero basta el sentir una pasion profunda y la seguridad de una correspondencia cierta para probar la felicidad en medio de las más agudas espinas. El amor puede embellecer hasta un calabozo y convertirlo en cielo. La pena de un desengaño puede trocar en calabozo los edenes más bellos de la tierra.

—Pero permítame V. decirle, replicó Elena, que para mí el amor sólo existe en el corazon de la mujer. Nuestra alma necesita como cier-

tas delicadas aves arrullar perpétuamente y ser arrulladas. El hombre tiene otras muchas pasiones que divierten su ánimo del amor. Nosotras sólo entendemos las vibraciones de esa arpá eólica que forma la melodía de la vida. Ustedes, aunque tengan su corazon cautivo, y estén á una beldad rendido, se enardecen como el caballo cuandó oye el clarin guerrero que les habla del ódio, del combate y de la matanza.

—Casi estoy por concederle á V. cuanto dice. El amor vive en el corazon de la mujer. Pero no puede V. imaginarse cuánto en el conocimiento y en la experiencia de esa pasion progresa el hombre, si encuentra en su camino la mujer que le está predestinada. Entónces lo olvida todo, lo arroja todo léjos de sí, los gustos, las pasiones, las artes guerreras, las glorias, las luchas, y se rinde y se entrega exclamando: todo eso es vanidad y sombra; la vida, amor mio, está en tí, ó mátame de un desprecio ó hazme feliz para siempre.

—Es verdad, dicen eso. Pero, ¿lo cumplen? Yo creo que damos nosotras todo el corazon á cambio de medio corazon, si acaso, que nos entregan. Para los hombres hay la plaza, el campo de batalla, la tribuna, la autoridad, el poder; para nosotras sólo hay el rincon de la casa, el culto de la familia, la devocion perpétua al sér á quien una vez hemos amado; para nosotras sólo existe el amor. Y por eso yo aconsejo que ántes de ceder al vértigo y de adorar al hombre, como sólo nosotras adoramos, comencemos por enterarnos un tanto del espacio que en su corazon, lleno de afectos contrarios, nos ha podido dejar.

—Esos recelos son como las ausencias, como las riñas, como las tempestades del amor, incentivos que acrecientan su fuerza, combustibles que avivan su fuego.

—Ciertamente, al fin y al cabo un corazon lleno de amor lo perdona todo. El pobrecito se resigna muchas veces á que lo engañen. ¡Nece-

sita tanto del engaño! Como él ama cree que lo aman, y es feliz y venturoso. Y muchas veces se funda su ventura sobre una mentira; no quiere averiguarla, porque sería la verdad más triste que la muerte.

—Los sentimientos no se comprenden hasta que no se experimentan. Si la vida no los enseña, jamás los enseña la idea. De aquí la imposibilidad en que estamos cuando no sabemos si somos ó no correspondidos de entreveer la delicadeza y la ternura capaces de penetrar en nuestra alma, á virtud de un amor correspondido, y por consiguiente, satisfecho y feliz. Las otras pasiones son como sorpresas que al descuido nos asaltan, como estremecimientos que nos sacuden, como relámpagos que pasan; la única pasion perenne, la que está en la primavera, en el otoño, en el invierno de la vida, como la savia en el árbol, aunque no tenga ni hojas, ni frutos, ni flores, como la sangre en el cuerpo, como la luz en el Universo, es el amor.

Y Ricardo miró con tanto afecto á Elena despues de esta afirmacion soberana, que la jóven sintió encenderse sus mejillas, anunciando la aurora del amor, como los horizontes sonrosados anuncian la aurora del dia. Y este rubor no fué parte á que el enamorado saliera de sus vaguedades generales y entrara en una declaracion concreta, á causa de la timidez que inspiran siempre al hombre una belleza adorable, una pasion naciente y el temor á no ser correspondido. Las abstractas discusiones que habian empeñado avivaban su amor; y desde el punto en que tomó esta vivacidad ya no pudo encontrar palabras, sino suspiros, miradas, expresiones reveladoras de un estado del ánimo que por necesidad ocultaba el labio, al mismo tiempo que debian revelarlo claramente los ojos, esos soles del amor, que atraen las almas y las tienen como suspensas de la virtud de su atraccion. En realidad, Ricardo estaba preso de la pasion que Elena en él despertára. En cuanto

á ésta, conocia ya la pasion, y comenzaba á corresponderla ántes de revelársela de palabra, si no con la voluntad toda entera, con el instinto propio de su sexo, ese primer grado del amor. Para Ricardo, Elena era lo visible y lo invisible, el tiempo y la eternidad, la naturaleza y el arte, la tierra y los cielos, todo el sér, como acontece al jóven de gran corazon siempre que por vez primera ama. Todas sus ideas habian caido en aquella viva llama del amor, evaporándose éstas, rompiéndose aquéllas, trastornándose todas, como le sucederia á los planetas si cayeran de pronto sobre la superficie del sol. Pero hay que decirlo en su honra; si respecto á su vocacion y á su destino conocia haberse engañado, pues en lugar de ser padre de todos los desgraciados exclusivamente cual pensó en cierto tiempo, iba á ser padre de familia, esposo amante, sobre todo, el amor exaltó sus virtudes con verdadera exaltacion. Cuando se sintió mejor quiso que todos sus semejantes fueran mejores;

cuando se sintió más feliz quiso que todos fueran felices. Una nueva alma entró en su seno; pero sin perder y sin deslustrar á la antigua. Aquel amor que comenzára por una inspiracion súbita, como esas nubes formadas de súbito en cielo sereno, aspiraba ya á la correspondencia y necesitaba ser correspondido. El único temor que le asaltaba era el recelo de una negativa, á la cual no hubiera podido en manera alguna resistir una vida reconcentrada en el amor. En aquella noche del baile no se atrevió á una declaracion, la aplazó para otro momento, puesto que tenía abiertas de par en par las puertas de la casa de Elena, y segura la amistad de la familia, á pesar de la ausencia del padre, que en cuanto conociera á Ricardo contribuiria sin duda á este afecto. Ricardo adivinaba que Elena se habia enamorado de él; pero no adivinaba que Jaime se habia enamorado de Elena.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.





